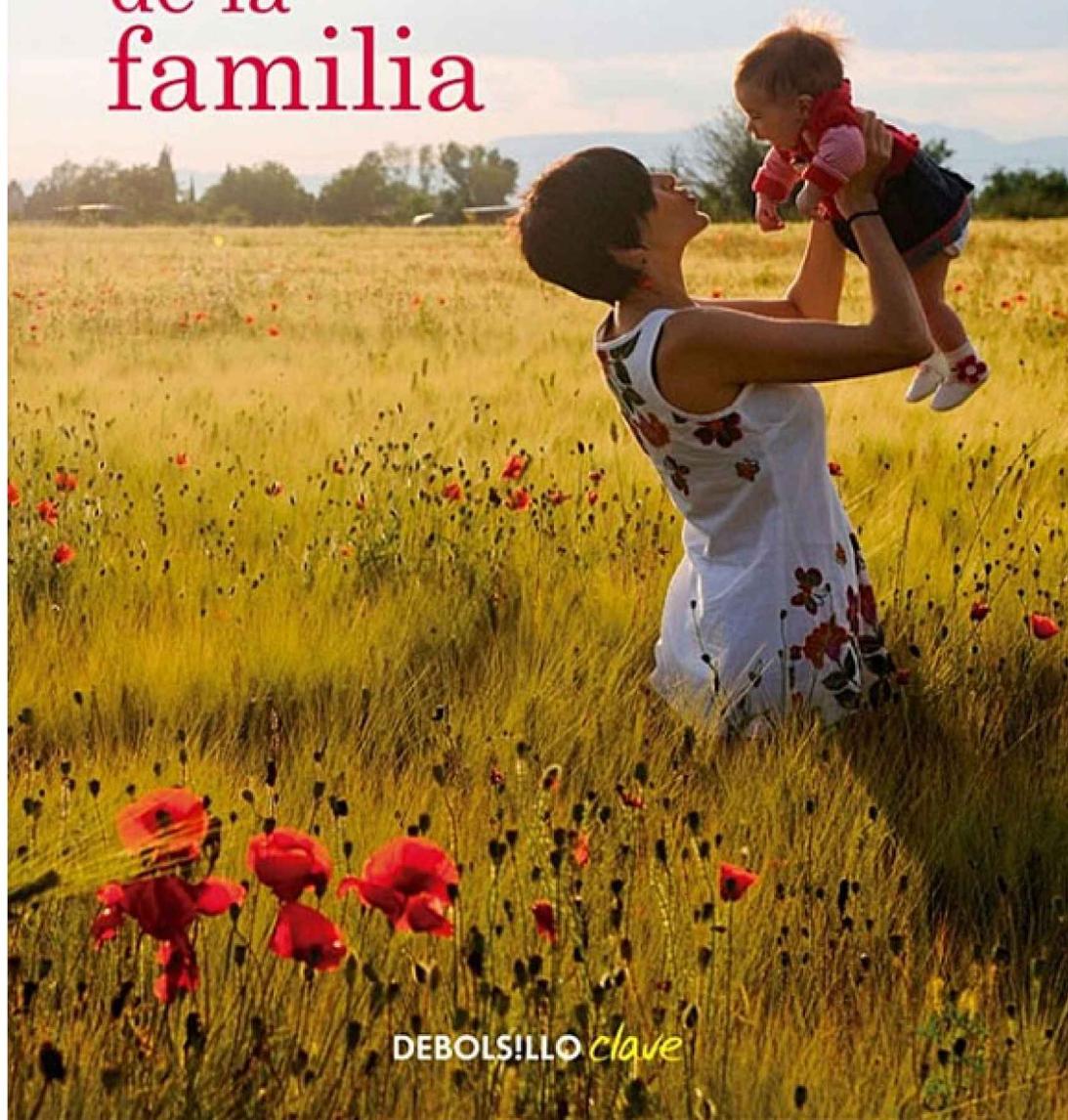


Lauro Estrada Inda

El ciclo vital de la familia



DEBOLSILLO *clave*

Lauro Estrada Inda

El ciclo
vital
de la
familia

DEBOLSILLO *clave*

Primera parte
El sistema familia

La familia

El progreso alcanzado en los campos de estudio de la psicología profunda y el análisis de los fenómenos psicodinámicos que ocurren en los pequeños grupos, ha dado lugar al entendimiento y comprensión del núcleo original y primario en que se desenvuelve el hombre: la familia.

Tal adquisición, lograda en los últimos 20 o 25 años, permite en la actualidad manejar una de las técnicas más efectivas y poderosas en la psicoterapia.

La familia, también desde un punto de vista útil a nuestros fines, puede ser considerada como una célula social cuya membrana protege en el interior a sus individuos y los relaciona al exterior con otros organismos semejantes.

La familia es justamente la sustancia viva que conecta al adolescente con el mundo y transforma al niño en adulto.

Conocer, pues, las estructuras de la familia y conceptualizar sus funciones, no sólo ayuda a integrar mejor un diagnóstico, sino que ofrece nuevas luces en el tratamiento, prevención e investigación de los problemas emocionales. La familia puede ser en sí, un elemento de salud o de origen y causa del problema.

Tomando esto en cuenta, es posible utilizar dentro de un ambiente de terapia, las ventajas que ofrece la familia como instrumento de cura, para lo cual es requisito hacer una disección que nos permita su estudio.

En forma muy escueta, puede decirse que la familia, como todo organismo vivo, tiene una historia, un nacimiento y un desarrollo. Se reproduce, declina y también muere. Confronta diferentes tareas en cada uno de estos pasos: la unión de dos seres con una meta común; el advenimiento de los hijos, el educarlos en sus funciones sexuales y sociales, el soltarlos a tiempo para la formación de nuevas unidades y el quedar la pareja sola nuevamente. Si la familia cumple con estas funciones, será una familia sana, y si en alguna de ellas fracasa o se detiene, será un sistema enfermo.

A través de dos mecanismos principales regula su funcionamiento: a) el primero es un control homeostático y b) el segundo, una red de comunicaciones.

La homeostasis utiliza fuerzas directrices y la comunicación, mensajes.

Ambos mecanismos dan lugar a la formación de funciones, la del padre, de la madre, de los hermanos, etc., y son estos elementos precisamente los que nos ayudarán a entender y manejar al sistema de manera tal que nos permita la extracción de sus ingredientes curativos.

a) Para entender el proceso homeostático es conveniente pensar en él como en un sistema de fuerzas organizadas entre sí, de tal manera que le confieren al "organismo familiar" una estructura temporoespacial *sui géneris*, es decir, que cada uno de sus miembros estará colocado en una posición especial respecto a los otros, la cual nadie puede abandonar, puesto que de hacerlo, entrarán en juego reacciones de todos los miembros de la familia de tal forma que obligarán necesariamente a la conservación de dichas posiciones, tendiendo siempre a conservar la misma estructura geométrica del sistema.

Debido a esto es difícil obtener una respuesta terapéutica que implique un cambio de estas posiciones. Asimismo, se entiende también por qué algún miembro del sistema que ha sido seleccionado para actuar ciertas funciones, no pueda salvarse fácilmente, puesto que caerá presa de este mecanismo. Por sus características especiales, el adolescente suele muchas veces ser dicho miembro.

b) En cuanto a la red de comunicación, sabemos actualmente que

tiene un papel preponderante en la salud o enfermedad del individuo. Una familia formula su propio código de mensajes y, so pena de sufrir las consecuencias de rechazo o abandono, será necesario que cada miembro siga fielmente dicho código para ser aceptado plenamente en el seno del sistema. La comunicación a todos sus niveles, ya sea verbal o no, activa o ausente en apariencia, tendrá siempre un efecto de fenómeno generalizado donde no importando cómo ni a quién sea dirigido el mensaje, producirá en todos una respuesta y retroalimentará respectivamente a quien lo manda. La comunicación también es de gran importancia en la producción o reforzamiento de procesos psíquicos, donde los mensajes oscuros, confusos e indirectos, tendrán que ser validados como formas de entender la vida, ya que de ser aclarados y confrontados podrían producir una ruptura con las fuentes de amor y seguridad que representan los miembros del sistema familiar; los dobles mensajes y los dobles vínculos son ejemplos de ello.

Finalmente tenemos como resultado de la homeostasis y la comunicación, la aparición de roles en la familia, lo cual determina igualmente que marchen bien las cosas o que el sistema se enferme. La ausencia de una función clásica como la del padre o la madre, o bien el que un miembro tome el papel del otro, determinará que todos sufran las consecuencias. Pareciera ser que son necesarios tres subsistemas: el marital, el de padres-hijos y el de los hermanos, y que cada quien esté ubicado en su propio nivel y cumpla con las funciones que su sexo y edad determinan. Pueden además existir funciones idiosincráticas, como por ejemplo: el actuar como el “tonto” de la familia o el ser “chivo expiatorio”.

En esta forma nos damos cuenta que todos los conflictos necesariamente son interdependientes e interpenetrantes, que un individuo necesita a su familia y que cada familia necesita a todos y cada uno de sus miembros. No se puede pensar en un adolescente aislado de su matriz familiar, sea cual fuere el caso. Es indispensable desde luego, considerar, por otra parte, las características propias de un determinado individuo, como son su edad, sexo y etapa del

desarrollo psicosexual en que se encuentre, para aquilatar propiamente la naturaleza de su trastorno; del mismo modo, la fuerza de su yo se mostrará a través de sus capacidades de adaptación y cambio.

Es diferente, por ejemplo, la oposición de un púber, asediado por los cambios físicos y confrontado con la tarea de resolver una situación edípica que lo adapte a las expectativas de su función social, a la de un joven que trabaja ya en los primeros intentos de separación, o a la de un adolescente que francamente se encuentra ya en búsqueda de un compañero fuera del seno familiar para iniciar la formación de un nuevo sistema. No es lo mismo, igualmente, la situación de un adolescente que, aunque esté trastornado, cuenta con la matriz de contención y de modelo que le ofrece su familia, que la de otro que ha perdido toda liga con ella y por lo tanto no tiene un punto de referencia ni un parámetro importante, o bien, que el caso del adolescente cuya familia ha perdido toda fuerza o cohesión y se encuentra desintegrada.

La familia, a manera de pequeña sociedad, es la arena donde se permite toda suerte de ensayos y fracasos en un ambiente de protección, de tolerancia, de firmeza y de cariño. Es un medio flexible y atenuante, que limita y que contiene, y al mismo tiempo que sirve de traducción de los impulsos de un mundo interno caótico, a uno más claro y significativo y de los estímulos masivos de una sociedad incomprensible a un mundo más organizado. Es la línea de continuidad entre niño y adulto y el mejor medio de comunicación entre dos o más generaciones. También es el organismo liberador que se encarga de soltar al adolescente maduro que se encuentra listo ya para la formación de otra unidad.

Introduciendo el ciclo vital

El propósito fundamental de este libro es enfocar a la *familia* desde el punto de vista del ciclo vital, proceso por el que todas, de alguna manera, tendrán que cruzar.

Ante todo, ¿qué es el ciclo vital de la *familia*?

La *familia* es en esencia un sistema vivo de tipo “abierto”, tal como la describió Bertalanffy en 1968. Al conceptualizarlo así, veremos que dicho sistema se encuentra ligado e intercomunicado con otros sistemas, como el biológico, el psicológico, el social y el ecológico. Además, la familia pasa por un ciclo donde despliega sus funciones: nacer, crecer, reproducirse y morir, las cuales pueden encontrarse dentro de un marco de salud y normalidad o bien adquirir ciertas características de enfermedad o patología.

Al enfocar el “sistema familia” atravesando por un ciclo vital, podemos hacer algunas consideraciones, ya sean de tipo práctico, teórico o clínico, para su mejor comprensión y entendimiento. De tal suerte que, dado el caso, tengamos la posibilidad y la oportunidad de tomar medidas —ya sean preventivas o de tratamiento— que contribuyan a salvaguardar este “sistema” tanto de la enfermedad como de su destrucción total.

Las ventajas que ofrece trabajar con esta herramienta del “ciclo vital” son primordialmente dos:

1. El concepto de ciclo vital ofrece un instrumento de organización y

sistematización invaluable para el pensamiento clínico que permite llegar con menos tropiezos al diagnóstico.

2. Brinda, además, la oportunidad de revisar casos clínicos que suelen dar la pauta para reconocer fenómenos similares en otras familias y que indican también las vías que conducen a la intervención terapéutica oportuna.

La aplicación del psicoanálisis al sistema familia

A lo largo de su genial obra, Freud dejó prácticamente apuntados todos los caminos que llevan al estudio del hombre, tanto en su estructura psíquica interior como en sus relaciones con el mundo exterior. Hizo, sin embargo, mayor hincapié en el mundo de los objetos internos que en el de los objetos reales, aparentemente más visibles, aunque no por ello menos complicados.

El psicoanálisis centró su estudio en el funcionamiento psíquico del adulto a lo largo de varios años. Pero no fue sino hasta hace aproximadamente dos décadas que se desarrolló una de sus aplicaciones, tal vez la más importante desde Freud: aquella que apunta hacia la comprensión del misterio que encierra el psiquismo infantil. Al hablar de infancia me refiero aquí a una etapa que abarca posiblemente desde que los padres conciben la idea de procrear, hasta la aparición de la pubertad y con ella de la adolescencia.

Al ver esto, nos es fácil deducir que un enfoque de investigación meramente individual, por lo general utilizado en el psicoanálisis clásico para registrar el movimiento psíquico del adulto, debe ampliarse para valorar y medir los elementos que se encierran en fenómenos tales como la relación de la pareja madre-bebé. De aquí que el enfoque individual tuviera que modificarse al de pareja, incluyendo

forzosamente a la madre en la órbita simbiótica dentro de la que transcurren los primeros años del niño.

No pasó mucho tiempo para que fuese evidente que igualmente el padre se encontraba inmerso desde el principio en una multiplicidad de interrelaciones que también deberían ser tomadas en cuenta; y así, sucesivamente, se fue aceptando dentro del terreno clínico, la influencia de otras personas (hermanos, tíos, abuelos, sirvientes, vecinos, etc.) sobre la formación de este complejo sistema que llamamos familia. Entonces, de ser un estudio con enfoque individual al principio, se tuvo que pasar a un enfoque global, de sistema.

El psicoanálisis acudió a pedir ayuda de otras disciplinas, como la sociología, la cual, entre sus postulados, sostenía la tesis de que tanto la sociedad entera como su célula fundamental, la familia, tenían una influencia decisiva en la producción de elementos que determinaban en el individuo estados de salud y fuerza o bien de enfermedad psíquica y emocional.

Después de varios años de experiencia también se llegó a la reflexión de que el enfoque psicoanalítico individual, que en su forma clásica presta atención a un solo individuo de la familia, no siempre lograba el beneficio para los demás.

Por otra parte, cuando se hablaba de una pareja se descubrió que no se podía, desde el punto de vista clínico, responsabilizar de la discordancia *marital* a uno solo de sus miembros.

Era, por tanto, necesario pensar en términos de un problema que se producía en un sistema social en miniatura, donde además era indispensable no perder de vista el enfoque individual de cada uno de sus elementos. En esta forma los dos sistemas psicológicos de la pareja habrían de recibir igual atención diagnóstica.

A partir de esto, se buscó un marco teórico que enlazara tanto al individuo como al sistema al que pertenecía. Para ello, los sociólogos trabajaron intensamente tratando de solucionar el problema siempre presente de confundir el fondo con la figura, es decir, resolver las dicotomías entre el individuo y el medio ambiente, entre el hombre y su familia. A partir de esto se idearon los siguientes conceptos

fundamentales, los cuales nos permiten examinar, además de lo que pasa psíquicamente dentro de la persona, lo que sucede entre esa persona y su ambiente humano y lo que está perturbando el proceso social del ambiente mismo.

La interacción

Este concepto nos indica la necesidad de tomar en cuenta las relaciones psíquicas de una persona con su ambiente, aunque es muy difícil determinar dónde termina la persona y dónde comienza el ambiente. Los orificios del cuerpo, la piel, la actividad de los órganos internos y sistemas musculares pueden ser considerados no sólo como zonas de experiencia de placer y de dolor, sino, como dice Ackerman, como agencias somáticas para el intercambio de energía entre el ambiente interno y externo, o como medios no verbales de comunicación interpersonal.

El ser humano es un animal social. Busca a los de su misma especie. Desde el nacimiento, el impulso primario va hacia el mantenimiento del contacto y comunicación interpersonal, y por tanto se encuentra en constante interacción consigo mismo y con los otros.

El compromiso emocional de una persona en uno u otro tipo de relaciones humanas moviliza predominantemente las tendencias enfermas o sanas. La forma en que estas tendencias actúan en las relaciones personales determina considerablemente cómo reaccionan los otros.

El sistema social y el grupo

En cuanto al sistema social y al grupo no debe olvidarse que en todo momento el individuo es el depositario de una experiencia de grupo. Su identidad es al mismo tiempo individual y social. Es una imagen en espejo, un microcosmos de su grupo familiar. En un momento dado de

la vida, se compendia toda una escala de configuraciones familiares, cada una de las cuales corresponde a su personalidad individual en un estadio particular del desarrollo. Sólo puede lograrse una concepción significativa de la salud mental cuando relacionamos el funcionamiento del individuo con las pautas de relación humana de su grupo primario.

No puede considerarse al individuo, a la familia, a la estructura social —ni siquiera a las mismas pautas culturales— como sistemas cerrados o como entidades separadas e independientes, sino que son partes interrelacionadas e interactuantes de un todo que cambian y se transforman a lo largo del tiempo. Vemos pues que el individuo y el grupo actúan recíproca e interdependientemente. Ambos se influyen selectivamente en el proceso de cambio. El hombre es un sistema abierto a un continuo intercambio de energía entre su organismo y el ambiente exterior.

Cualquiera de nosotros, si nos lo proponemos, podemos observar cómo la fresca espontaneidad de un niño de cinco o seis años de edad que entrevistamos a solas, cambia de inmediato si su madre se hace presente y cambia aún más si el padre lo hace también. No somos los mismos cuando estamos solos que cuando nos encontramos bajo alguna influencia. Así pues, los males del individuo, de la familia y de la sociedad forman un continuo.

Por su parte, la teoría psicoanalítica aportaba sus experimentados conocimientos sobre:

- *la ambivalencia*: es decir, la coexistencia de dos impulsos, deseos o sentimientos o emociones opuestas hacia la misma persona, objeto o meta. Pueden ser conscientes o inconscientes ya sea total o parcialmente según el caso.
- *el conflicto intrapsíquico*: el choque determinado principalmente por factores inconscientes entre dos fuerzas emocionales opuestas. El conflicto es básico para explicar la vida psíquica y fundamental para explicar la etiología de los trastornos psicológicos.
- *la motivación inconsciente*: la cual se refiere a los impulsos

psíquicos, que dan origen a diferentes actividades mentales, por ejemplo, a los componentes eróticos o destructivos.

Todos éstos son conceptos operacionales que ayudan a entender y a sistematizar el trabajo de la mente en sus diferentes funciones.

Cuando estos estudios se iniciaron, la combinación de ambos esquemas significó indudablemente una verdadera osadía para la ortodoxia del psicoanálisis; sin embargo, fueron los mismos psicoanalistas quienes dieron el primer paso.

Al fin se logró la armonización de conceptos gracias a estos esfuerzos. El resultado fue la visualización de “la familia nuclear” —es decir, los seres que viven bajo un mismo techo y que tienen un peso emotivo significativo entre ellos— como un sistema que incluye en su órbita a tres subsistemas principales:

1. El subsistema marital (la pareja).
2. El subsistema padres-hijos.
3. El subsistema hermanos.

Sin ignorar la existencia de otros miembros que pudiesen en un momento determinado formar parte de alguno de estos subsistemas. Por ejemplo, abuelos, nietos, tíos, parientes políticos, sirvientes, vecinos, e incluso algunos animales domésticos capaces de responder intensamente a la relación humana con toda su complejidad.

Características internas de la familia

Una vez lograda esta primera integración, y sin olvidar que estamos conceptualizando al sistema familiar como si se tratase de una célula o tal vez de un “cromosoma social”, no nos queda más remedio que atribuirle características que le son propias a dichas entidades, como nacer, crecer, tener problemas, reproducirse y morir, además de cruzar por ciclos o periodos vitales donde se presentan alternadamente épocas de salud o de enfermedad con características especiales según la etapa de su existencia.

La familia, en este nuevo enfoque, puede verse como la unidad fundamental de la sociedad, recorriendo su “ciclo vital” entre penas y alegrías, donde puede seguir armónicamente su camino o bien pretender dar zancadas, avanzar a grandes saltos, brincarse etapas, regresar a pautas emocionales anteriores o detenerse para siempre en alguna parte del camino.

A estas alturas es imposible negar que el concepto de “ciclo vital” es bondadoso puesto que nos permite utilizar los postulados psicoanalíticos enriquecidos y apoyados en otras disciplinas, además de abrir nuevos derroteros en la clínica e importantes avenidas en el campo de la investigación.

Esta pequeña organización social llamada familia se puede describir, esencialmente, como una unidad de personalidades interactuantes que

forman un sistema de emociones y necesidades engarzadas entre sí, de la más profunda naturaleza. Por ello se supone que tanto niños como adultos en algún momento buscan dentro de su seno la satisfacción casi total de sus necesidades emocionales. Viéndolo así se puede encontrar que la mayor parte de los esposos se casan debido a necesidades recíprocas o complementarias de primer orden, situación que rara vez llega a ser armónica en forma total y mucho menos perfecta. De aquí se puede deducir que necesariamente aparecerán conflictos que irán de menos a más, según el caso, debido a las luchas o esfuerzos por obtener el poder o la supremacía. Aparte de que las dependencias mutuas se entorpecerán en los diferentes subsistemas y aparecerán las demandas y los consecutivos rechazos. Desde luego, todo esto determina la duración, el éxito o el fracaso de una pareja.

Las luchas y las tensiones dentro de la familia pueden llegar a ser intolerables o bien persistir a través de toda una vida llegando, en este caso, a afectar, si no son solucionadas, a todos sus miembros.

El problema podría ser más fácil si la pareja, en el momento que se encuentra, pudiera buscar y trabajar su propio ajuste, sin presiones ni demandas del exterior, sin sufrir las tremendas exigencias provenientes tanto de las familias paternas como de las circunvecinas, cosa por demás difícil de pedir puesto que la familia es un sistema, por definición, íntimamente ligado a otros sistemas.

Por lo general las demandas provenientes de la comunidad, de la sociedad y de la cultura, son factores determinantes que interceptan y dificultan el ajuste de la pareja. No es fácil reunir a dos familias que, aunque tengan historias semejantes, siempre tendrán su propio código de mensajes y señales ya establecidos, de tal suerte que los defenderán e implantarán como la misma esencia de su vida. De aquí que muchos investigadores describan tal situación como una constante crisis: un sociólogo canadiense definió a la familia como una forma colectiva de encarar una crisis tras otra.

A tal efecto, podemos observar que cualquier grupo de personas que pretendan vivir juntos, necesita, para obtener la cooperación de todos, ser capaz de anticipar las respuestas de cada uno de los que forman el

grupo y de predecir razonablemente el comportamiento de sus miembros. Para que esto suceda, es necesario que se produzcan determinadas rutinas dentro de cierta estabilidad. De alguna forma, podría afirmarse que todas las familias, por el simple hecho de serlo, poseen ya una cierta estabilidad.

Sin embargo, la familia es un sistema que sólo a través de largos años ha podido manifestarse como una institución sofisticada que ofrece un sinnúmero de ventajas y servicios; entre otros, la posibilidad de que se desarrollen el amor y la ternura, cosa que —aunque parezca inaudito— en algún tiempo fue muy difícil de lograr.

A este respecto, Rousseau (1712-1778) nos da luz en la segunda parte de su obra *Discurso sobre los orígenes de la desigualdad*; que a continuación parafraseamos:

Al principio el hombre se preocupó por sobrevivir; el hambre y otros apetitos modularon sus formas de existencia. Se vio urgido a propagar la especie, una ciega propensión que no tenía nada que ver con el corazón sino que meramente reproducía un acto animal. Una vez gratificado el acto no se conocían más los dos sexos y aún la descendencia no significaba nada para su madre, tan pronto se bastaba a sí misma...

... Aprendió el hombre a exprimir de la naturaleza sus frutos y a competir en agilidad y destreza con los otros hombres y animales. Hasta que finalmente apareció la necesidad de relacionarse entre ellos y de obtener una superioridad sobre los animales...

... Las primeras expresiones del corazón unieron hombre, mujer y niños bajo el mismo techo y esto dio lugar a sentimientos más finos. La mujer se volvió más sedentaria para cuidar la casa y el hombre más móvil para buscar el alimento.

Apareció la familia, y con ella una estupenda *arena* para dar vida a los sentimientos.

En la Edad Media se desarrolló una constante inconformidad porque los “sistemas familiares” eran instituciones que se hacían con propósitos de poder y supervivencia y que no permitían la espontaneidad que es posible lograr en nuestros días. Sin embargo, no podemos descartar que estas primeras y primitivas motivaciones aún son vigentes.

De hecho, no es tarea fácil la función que el “sistema familia” debe cumplir para ser efectivo. Por ejemplo, deberá ser capaz de dar cabida

a todos los impulsos de sus integrantes y permitir la expresión y satisfacción de todas sus necesidades. Además, la capacidad de una familia para permitir a sus miembros el desarrollo y expresión del amplio espectro de las emociones humanas es lo que, en última instancia, podemos utilizar como medida más o menos confiable acerca del éxito o el fracaso del sistema.

Por ejemplo, si la familia es capaz de permitir y contener la expresión de emociones tales como el miedo, la rabia, la tristeza, el amor, los celos, etc., el individuo se verá más tranquilo y capacitado para su desempeño social, puesto que sus errores y fracasos ya fueron ensayados en un grupo social pequeño —la familia— que es más predecible y manejable que la amplia sociedad.

Desde luego, existe la posibilidad de algunas familias que no puedan, por ejemplo, permitir la expresión de ciertos afectos, como podría ser la rabia, haciendo difícil el aprendizaje de estos aspectos a sus miembros, siendo en detrimento de toda la familia en su crecimiento de grupo. Otro ejemplo sería la familia que no está capacitada para permitir la expresión libre de la ternura; y así podríamos enumerar el amplio espectro de las emociones.

Sabemos, gracias a la experiencia de la clínica, que cuando se expresa sólo una parte de la vida emocional, hay que ser especialmente cautos en el diagnóstico, puesto que las emociones son complementarias. Por pensar en alguna de ellas, mencionemos el afecto que, sin hostilidad, no sería realmente afecto sino algo blando que lo remeda, que pretende ser, pero que resulta chato y vacío, o en el mejor de los casos solamente una forma de esconder lo que se niega. Por ello, las familias que niegan cualquier matiz del espectro emocional se encontrarán asimétricas y desbalanceadas, llegar a producir niños con zonas emocionales ciegas o apagadas.

Ahora bien, si tomamos estos ejemplos sólo como una muestra, podremos ver que la unión familiar es una especie de respuesta a las diferentes presiones que un ambiente dado ejerce sobre el individuo. Podemos pensar incluso que se trata de algo semejante a una lucha por encontrar un equilibrio, o bien un intento de alcanzar alguna forma

de organización capaz de proveer satisfacciones —al menos mínimas — a las necesidades individuales. Esto dará lugar a un ajuste psicodinámico adecuado, al mismo tiempo que el sistema alcanza un funcionamiento eficiente al permitir un ejercicio comunitario saludable.

Cuando la organización familiar es tal que puede enfrentar las diferentes presiones y demandas, el ambiente que privará en la familia será, por lo general, firme y estable. Pero es necesario aclarar que una fachada de armonía y firmeza mantenida a través de mecanismos de simulación y control no asegura en forma alguna la presencia de la satisfacción y la felicidad.

En realidad, muchas veces la familia permanece junta en momentos en que la separación puede ser necesaria debido a que sus miembros están demasiado enfermos, debilitados o asustados para hacer algo acerca de sus problemas y relaciones de dependencia malsana con los otros.

No es fácil describir la estructura emocional de la vida familiar. Sería como tratar de atrapar una serie de luces y sombras en constante movimiento. Lo podemos entender mejor si pensamos solamente en la complejidad que implica describir lo que son los roles emocionales. En la textura de las relaciones finas que se suscitan entre sus miembros, en la capacidad para resolver sus problemas y en las formas infinitamente diferentes de hacerlo; en el clima de sus estados anímicos, en sus comunicaciones y en su capacidad de ejercer funciones tan intangibles como la libertad, la autonomía, la individualidad y la independencia.

Todas estas facetas y otras más, para las cuales no existen palabras, son parte de la estructura y textura de la fibra emocional que forma una familia.

Sin embargo, existen algunas categorías útiles para investigar una familia:

- a) La capacidad para reconocer y resolver problemas emocionales.
- b) La intensidad y calidad de la comunicación.
- c) La clase y graduación de la expresión afectiva.

- d) El nivel de autonomía que se permite a sus miembros.
- e) La presencia o ausencia de problemas psicopatológicos en tres o más miembros de una familia.

Se busca, además, desde el punto de vista clínico, el grado de ternura y afecto entre sus miembros, el balance existente entre el dominio de los padres y la clase y grado de proyección de roles, principalmente el de éstos hacia los hijos.

Si tomamos estos conceptos y visualizamos al “sistema” recorriendo un ciclo vital encargado de una misión, tendremos que cuestionarnos cuáles son sus objetivos principales en cada una de las etapas del ciclo; objetivos que podríamos dividir en dos grandes grupos:

1. Resolver las tareas o crisis que van confrontando a la familia en las subsecuentes etapas del desarrollo.
2. Aportar los complementos a las necesidades de sus miembros con objeto de que puedan lograr una satisfacción en el presente y una preparación segura y adecuada para el futuro.

Las fases de la pareja

Pollak (1965) describe cuatro fases por las que atraviesa una pareja:

1. Antes de la llegada de los hijos.
2. La crianza de los hijos.
3. Cuando los hijos se van del hogar.
4. Después de que los hijos se van.

He encontrado de gran utilidad apoyarme en este concepto y ampliarlo de tal manera que me permita, como terapeuta, hacer diagnósticos más finos e intervenciones más cercanas a lo que está sucediendo en ese preciso momento en que la familia transita por su ciclo vital. Debido a esto, delimito fases críticas que encierran momentos especiales de dificultad para toda la familia:

- a) El desprendimiento.
- b) El encuentro.
- c) Los hijos.
- d) La adolescencia.
- e) El reencuentro.
- f) La vejez.

Precisamente sobre estos conceptos baso el presente trabajo, como más adelante se irá describiendo, puesto que en cada una de estas

fases encontramos tareas específicas con las que la familia se encuentra y que debe resolver para continuar su crecimiento saludable.

Dentro de cada una de estas fases existen incesantes interacciones entre los miembros de la familia, que para fines prácticos dividiremos en cuatro grandes áreas:

Área de identidad

Éta se refiere a la constante reorientación interpersonal que ofrece el medio familiar, mediante la cual se fortalece el desarrollo de la personalidad, en especial de ciertos aspectos del superyo.

El sentimiento de ser uno mismo durante toda la vida requiere de una alimentación continua que rectifique a cada paso la edad y circunstancias apropiadas. Por ejemplo, el proveer al compañero de un anclaje capaz de sustituir al anterior de los padres, facilita la resolución de los restos del problema edípico y favorece la relación saludable con los hijos. Igualmente, ayuda a elaborar los duelos cuando esto sea necesario, sin sufrir menoscabo alguno en la importancia del *self*.

Área de sexualidad

Aquí, es importante observar que la interacción proceda hacia la búsqueda de una armonía que busque completar las áreas psíquica y biológica. Además, deberá promover la maduración del *self* a través de la reproducción y brindar un apoyo cuando aparezcan los conflictos edípicos frente a los hijos adolescentes. También deberá ayudar a soportar los efectos del declinar en las funciones sexuales al llegar al ocaso de la vida.

Área de la economía

Resulta importante que exista en esta área la posibilidad de dividir las labores entre el proveedor y el que cuida del hogar, y que la pareja sea lo suficientemente capaz de adaptarse a los cambios sociales, así como a los de la propia familia. Por ejemplo, cuando los niños nacen, y con ellos arrecian las demandas económicas, en ocasiones resulta necesario que ambos miembros de la pareja trabajen.

Deben saber prepararse para la hora de la jubilación y poder apoyarse mutuamente en aquellos casos en que sea necesario y difícil encontrar trabajo, cuando ya se es de avanzada edad.

Área de fortalecimiento del yo

Se requiere de una ayuda mutua para aprender el papel de esposo o esposa, además de la libertad para expresar la propia personalidad y mantener así el sentimiento de identidad. Es necesario reforzar mutuamente las defensas sociales adaptativas, es decir, la interacción entre la familia y la sociedad.

En esta área, la pareja debe aprender el papel de padre y madre así como la manera de protegerse mutuamente para no usar a los hijos con fines de satisfacer las propias necesidades o de llenar sus vacíos de identidad.

Es necesario saber intercambiar los papeles de padre y madre cuando esto sea necesario, y apoyarse en las horas finales, cuando aparezcan los deseos de la propia muerte. Es importante, también, lograr la suficiente libertad y capacidad de expresión propia para soportar la soledad cuando se ha ido para siempre el compañero.

Todas estas áreas difieren en peso y contenido de acuerdo con la fase del ciclo vital por el que atraviesa la constelación familiar. La relación saludable se basa en el suficiente intercambio de satisfactores materiales y emocionales que permitan solucionar los problemas y tareas que se presentan a lo largo del ciclo vital.

Sin embargo, en una pareja, como en cualquier otra relación

humana, esto puede infringirse de varias formas. Se puede llegar, por ejemplo, a un estado de inanición cuando existe una falla en la capacidad de proveer mutuamente los satisfactores necesarios para lograr un estado saludable. Se puede fallar, también, en proveer un anclaje lo suficientemente fuerte para soltar el anclaje paterno de la etapa anterior, o también pueden no darse mutuamente las gratificaciones sexuales o no aceptarse la división de labores entre el que cuida el hogar y el que sale a buscar los medios económicos. Asimismo, pueden también destrozarse mutuamente las defensas sociales adaptativas.

Desde luego, todas estas fallas producirán síntomas, según el caso. Por ejemplo, los problemas de separación de la familia paterna, al entrar al matrimonio se manifestarán al no haber los anclajes apropiados que los sustituyan.

En el caso de fallas en el área sexual, podrá presentarse la masturbación, las aventuras amorosas y segundas familias.

Si no existe la capacidad de confrontación, puede darse una negación mutua de la edad psíquica y fisiológica.

Todos estos problemas impiden que se desarrolle apropiada y congruentemente la fase del ciclo por el que se transcurre.

Existen otras situaciones que pueden desplazar la falla de un área a otra, entorpeciendo la labor diagnóstica.

Además podrían producir una destrucción de las defensas sociales adaptativas, tal como si una célula perdiese las propiedades defensivas de su membrana.

Hay tres tipos principales de fallas que suelen identificarse:

- a) El no darse mutuamente (no proveer).
- b) La desarmonía de la relación.
- c) Las llamadas “trampas” de la relación.

El no darse mutuamente (no proveer) de acuerdo con la fase apropiada del ciclo vital produce fijaciones o regresiones que pueden expresarse tanto a nivel grupal como individual.

La desarmonía en la relación marital generalmente se produce entre los ideales de cada uno (fantasías) y las verdaderas demandas del rol social que se mueve de acuerdo con los cambios sociales y culturales del momento.

A este respecto podemos ver por ejemplo cómo, en cierta medida, la exigencia social y cultural cada vez presiona más para que el intercambio entre roles masculinos y femeninos sea mayor y se lleve a cabo en terrenos más amplios. Se diría que el comercializado unisex va tendiendo precisamente a eso, a obtener un solo sexo. Sin hablar aquí de los daños que esto pueda producir en el área identidad, por mencionar sólo una.

En algunos grupos, la identidad e identificación sexual se ha reducido cada vez más al aspecto biológico. La mujer hace lo mismo que el hombre. Resulta difícil para ambos conservar sus propias imágenes y darles un sentido en el hogar. El conflicto es serio y la solución no es sencilla.

Por ejemplo, un esposo que no permite en un cierto tiempo y lugar que la esposa comparta la carga económica de la familia produce de inmediato un mal funcionamiento en el área de economía, o por lo menos es ahí donde se manifiesta el problema, aun cuando en forma encubierta él esté peleando por conservar su propia imagen de hombre, pues si acepta las demandas de la vida real de que uno solo ya no puede con la carga económica del hogar, se verá privado de la gratificación de ser "todo un hombre" ante sus propios ojos.

O bien, una mujer que rehúsa tener hijos y por lo tanto rechaza las relaciones sexuales con su esposo, puede estar explotando a su pareja en el área sexo. Sin embargo, si él lo acepta, muchas veces se estará amparando ante la responsabilidad de ser padre y de tener que procurar un ingreso mayor, así como de tener que compartir los cuidados y atenciones de su esposa con el hijo.

Cuando esto sucede, la familia detiene su maduración y progreso en un ciclo vital saludable.

Con este marco, pasemos, pues, a revisar cada una de las fases

propuestas por las que atraviesa la pareja, que nos permitirán acudir a algunos ejemplos de la experiencia clínica.

Segunda parte
Fases del ciclo vital
de la familia

Primera fase: el desprendimiento

A sabiendas de que la familia es una unidad con características propias y pasa por un ciclo vital cuyas fases son:

- a) Desprendimiento.
- b) Encuentro.
- c) Los hijos.
- d) La adolescencia.
- e) El reencuentro.
- f) Soledad y muerte.

Sabemos bien que, en el humano, todo desprendimiento es doloroso, sobre todo si se trata de relaciones emocionales significativas que se extinguen o que cambian su carga y su representación psíquica.

De no ser por la fuerza vital extraordinaria con que el niño viene dotado, tal vez nunca tendería a desprenderse de su madre para lanzarse solo a la aventura de la vida. De hecho hay algunos que se quedan adheridos a ella para siempre.

Pues bien, lo mismo sucede en la adolescencia cuando el joven tiene que abandonar el hogar paterno y salir en busca de un compañero fuera de su familia. Si el proceso resulta doloroso para el joven, no lo es menos para los padres.

De este simple hecho podemos deducir que constantemente se

encuentran dos corrientes en pugna, la una que va en favor del desprendimiento y de la vida; y la otra que tiende a fijar, a detener o a regresar el proceso creativo a etapas anteriores.

La meta del clínico, por lo tanto, no es lograr una homeostasis estática en la familia sino un sistema con la capacidad de moverse progresivamente de una etapa a la siguiente, por más doloroso que esto pueda resultar.

Tomemos por ejemplo la situación de algún adolescente que se encuentra en la encrucijada de tener que depender de sus padres por una parte, y por la otra con una gran necesidad de independencia que va de la mano con su crecimiento normal.

Supongamos que sus padres no estén listos para dejarlo ir paulatinamente y que, por medio del control y la dominación, intenten que el joven haga lo que ellos quieren tanto en su trabajo o elección de carrera como en la selección de un compañero marital.

Tendremos como resultado una pugna que detendrá el proceso del desprendimiento. Los padres jalarán al joven para que no se suelte de los lazos paternos, y él tenderá a liberarse de mil formas, las más de las veces infructuosas. Aunque claro, dependerá de cada caso en particular.

Se necesita, pues, la concurrencia de este primer paso del desprendimiento para que el ciclo vital familiar vaya por buen camino.

Existen otras complicaciones. Sabemos por ejemplo que cada cónyuge de preferencia deberá llegar a la unión marital con una identidad personal ya formada, aun cuando todavía sea incompleta. A decir verdad, una de las fuerzas que posee la atracción mutua es la de completarse mediante la unión íntima y profunda con el compañero.

Aquí resulta pertinente hacer un comentario acerca de que en la búsqueda de un compañero pueden intervenir dos factores:

- a) Una búsqueda de cercanía y compañía.
- b) Una búsqueda de fusión.

Cuando hablo de fusión, me estoy refiriendo a ese estado inmaduro en

donde no se ha logrado adquirir una individualidad. Pueden existir parejas en búsqueda de este tipo de relación; parejas de jóvenes que fallaron en resolver su relación con los padres, la cual debió cumplir con su cometido de prepararlos para formar una nueva relación, basada en la libertad de llegar a ser un individuo en sí mismo con la capacidad de apreciar al otro en todo lo que es.

Cuando dicha relación funciona mal, entonces se trata de resolver buscando realizar la propia imagen: mecanismo que se basa en negar las diferencias del otro, lo que produce distorsiones severas en la comunicación.

Hay parejas que mediante esto, logran mantener por largo tiempo el mito del “siempre estar de acuerdo en todo”, sin saber que lo que va moldeando la identidad de la nueva familia es la interacción, fusión, defusión y rediferenciación de las individualidades que forman las partes de la nueva pareja.

Así al formar su personalidad el niño internaliza algo de cada progenitor a la vez que produce algo nuevo, igualmente la identidad de la nueva familia incorpora parte de la propia imagen, así como parte de la de sus respectivos familiares con lo que une algo de sí misma a la vez que desarrolla sustancia nueva y única.

El matrimonio además cambia la relación que hasta entonces ha sido entre dos seres, a una más panorámica y compleja al reunir oficialmente a dos familias, situación que indudablemente agrega una dificultad más a la joven pareja.

Al llegar el momento de la separación de las familias de origen puede sobrevenir otro tipo de conflictos, por ejemplo aquel que se presenta cuando alguno de los cónyuges tiene la firme esperanza de que es el otro quien le solucionará sus problemas personales; o bien cuando alguno se siente a veces lo suficientemente prepotente para solucionarle los problemas al otro y en ocasiones hasta piensa que podrá cambiarlo o reformarlo.

No se trata aquí de juzgar lo bueno o malo de las intenciones, sino de valorar la problemática existente.

Vemos frecuentemente cómo, conforme progresa un joven

matrimonio, se pueden ir adjudicando al compañero ya no sólo cualidades e idealizaciones, sino también se le responsabiliza de muchos problemas personales que se encontraban ya ahí, aun antes de conocer al otro. Esto lo podemos observar en algunos casos de depresiones individuales donde, claro está, no puedo responsabilizar de “mi depresión” a alguien a quien apenas acabo de conocer. Pero cuántas veces sucede que con el tiempo suele llegar a pensarse que o bien mi compañero es el culpable de que yo esté deprimido o que yo soy el autor de la depresión del otro, y, claro está, con la consabida culpa que acompaña a dichas situaciones. En esta forma una relación puede empezar a presentar dificultades, por ejemplo, al favorecer la progresiva necesidad de evitar la cercanía emocional, ya sea para no recibir la culpa o bien para no sentirse responsable. Desde luego, esto le quita flexibilidad y movimiento a la relación, a la vez que reduce grandemente la comunicación.

Citemos otro de los factores que amenaza a esta primera fase del desprendimiento: la idealización. Es bien sabido que en los primeros años del matrimonio persiste gran parte de la idealización hacia la persona con quien se formará pareja, que aparece en el noviazgo. Esta idealización se rompe bruscamente como a veces suele suceder, ya sea por ligas emocionales de gran intensidad hacia los padres o bien por dudas y temores hacia el compañero que no han podido ser detectados y manejados. Entonces la ruptura brusca de esta idealización, que no es otra cosa que la señal de alarma que invita a abandonar el proyecto de una nueva relación, da paso a la desilusión y al desengaño produciendo muchas veces que se disuelva el joven intento de formar una familia.

A continuación presentamos una serie de viñetas que de alguna forma ilustran estos problemas.

Las tres van dirigidas propositivamente a mostrar algunas de las causas que dificultan dar este primer paso de la “separación”. Antes de pasar a dar esos ejemplos clínicos, debo insistir en el hecho fundamental de que las fibras vitales que forman el corazón de la familia se encuentran situadas en la “alianza de la pareja”. Sin esto, es

muy difícil que la familia persista a través del tiempo.

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

Consiste en una joven pareja. Él, de 23 años de edad, hijo de un famoso y acaudalado contratista, recién acababa de recibir su título de ingeniero. Había decidido casarse con la joven que era su novia desde ocho meses atrás. Tenía planeado salir ya casado a una provincia para cumplir con un contrato de trabajo.

Ella, de 19 años, era aún más joven desde el punto de vista psicológico, pues, entre otras cosas, una relación demasiado estrecha con su madre le había impedido desarrollarse adecuadamente en algunas áreas de su personalidad.

Fue un placer trabajar con ellos puesto que ambos eran inteligentes, agradables y sobre todo porque gran parte de su atractivo residía en el hecho de que se habían lanzado a la aventura de formar una nueva familia, con tal ímpetu y decisión que a primera vista daba la impresión de que no habría poder humano que lograra detenerlos... sin embargo, ahí estaba ya presente la inevitable "idealización", sólo que en este caso se había ido acumulando hasta hacer las veces de una importante sobredosis letal.

La idealización indudablemente en un principio los impulsó e inclusive les funcionó bien durante los primeros nueve meses de matrimonio, al cabo de los cuales se rompió bruscamente.

En ella se produjo una tremenda desilusión, que manifestó como una gran necesidad de mantenerse aislada. Olvidó las amistades que apenas empezaba a cultivar y, lo más grave, perdió todo deseo de agradar a su esposo, tanto física como espiritualmente.

Él, por su parte, se sintió triste y sin ánimo para sacar adelante su trabajo y encontró un falso alivio en los amigos y en los paseos.

Ya que los dos eran de inteligencia despierta, pronto se percataron del problema; decidieron hacer algo por ellos mismos y acudieron a una consulta profesional.

Cuando los vi por primera vez me enteré de algunas cosas que indiscutiblemente habían contribuido a formar la sobredosis de idealización que detenía a esta joven pareja de dar el paso a la siguiente etapa de su ciclo vital: “el encuentro”.

Ella había sido desde pequeña la preferida de mamá. De hecho se había establecido entre ambas una de esas relaciones que de tan íntimas llegan a ser sofocantes: una especie de simbiosis. Esto había desarrollado en la joven fuertes sentimientos de ambivalencia hacia su madre, y sin duda alguna a la mamá le ocurría algo semejante con respecto a su hija. Ambas estaban atadas por fuertes lazos afectivos, lo cual le impedía a la joven entregarse por completo a la tarea de formar una pareja.

La madre, por su parte (una mujer frustrada, dominante y controladora), tampoco había sido capaz de entregarse a su esposo. Sobre todo, controlaba a su esposo y le impedía que tuviese una buena relación con su hija. Cada vez que esto sucedía, se ponía extremadamente celosa volviéndose furiosa y punitiva con ambos. La muchacha, por lo tanto, no había tenido la oportunidad de desarrollar emocionalmente una imagen masculina del padre, buena, cercana, confiable y fuerte. Como resultado, la joven esposa de nuestra viñeta había quedado presa en las necesidades patológicas de su familia paterna que no le permitían aflojar las ligas emocionales y “separarse”. No podía funcionar como un ser libre, completo e individual; sentía intuitivamente que algo le faltaba, y no podía entregarse a un extraño.

El joven esposo, por su parte, había sido y era aún el favorito del padre, quien a su vez era un hombre enérgico, ególatra, acostumbrado a que todo el mundo le rindiera pleitesía; adicto a que todas las cosas y las personas giraran a su alrededor. Había consentido en el casamiento de su hijo, pero con la silenciosa certeza de que todo funcionaría al final de cuentas como él pensaba que debería de ser. Unos cuantos meses de trabajar fuera y después, de vuelta al seno paterno con todo y esposa e hijos, si acaso los hubiera. Además demandaba esto a través de cartas, telefonemas y mil otras formas cuyo mensaje indicaba su necesidad de que ellos permanecieran girando en torno a la familia

paterna, anclados a su voluntad y obedeciendo sus decisiones, como todos los otros miembros de la gran familia.

Bástenos con esto para comprender que este joven profesionalista no había logrado tampoco adquirir una autonomía y una libertad que le hubiesen permitido afirmarse en su movimiento de separación y hasta tal vez en un momento dado ofrecer un punto sólido de rescate para su esposa.

La crisis llegó a ser para estos jóvenes esposos lo suficientemente fuerte como para que ambos pensaran que el único camino abierto para ellos era el divorcio y acudieron como última esperanza a esta consulta.

Antes de hablar acerca de las maniobras que estructuraron el tratamiento, aclaremos algunos de los puntos clave que sirvieron como guía para diagnosticar el mal que les aquejaba.

Recordemos que son cuatro las áreas propuestas de reorientación:

1. Identidad.
2. Sexualidad.
3. Economía (instrumental).
4. Funciones del yo.

Área de identidad

Dentro de esta área vemos que resulta necesario e indispensable que los jóvenes que forman una nueva pareja se encuentren preparados y sean capaces de proveer un punto de anclaje en la relación emocional que replazce al de los padres. Es necesario que cada uno por su parte haya resuelto en forma satisfactoria, y ayudado por sus padres, la conflictiva edípica con objeto de que puedan ser cumplidos los siguientes requisitos:

- a) Adquirir la capacidad de aceptar y tolerar las regresiones no patológicas del compañero (por ejemplo, los aconteceres de ciertos momentos de nostalgia y de tristeza).

- b) Que esté presente la seguridad de ofrecer y obtener consideración y cuidados del compañero.
- c) Que exista la seguridad de poder compartir un amplio espectro de intereses comunes.

Área de sexualidad

- a) Es conveniente que exista como meta lograr la armonía al encontrar en el compañero un complemento biológico.
- b) Lograr establecer un clima de permisibilidad en las experiencias sexuales de tal forma que cada quien se pueda expresar según sus necesidades sin que sea coartado por el otro, hasta encontrar una armonía.
- c) Encontrar en la relación la promesa de continuarse a través de la reproducción. Sabemos que los hijos complementan a los padres al permitirles realizar sus funciones de paternidad, lo cual completa la identidad consigo mismos.

Área de la economía

- a) Capacidad para lograr dividir y en ocasiones intercambiar las labores del trabajo y de la casa.
- b) La promesa de lograr alguna seguridad, mediante la adquisición de bienes que pueden ir desde los más sencillos (cama, muebles, estufa, etc.) hasta los más sofisticados.

Área de fortalecimiento del yo

- a) La presencia de una ayuda mutua para aprender los roles de cónyuge, lo cual irá completando y madurando el aprendizaje de los roles de hombre y de mujer al mismo tiempo.
- b) Será conveniente buscar la libertad suficiente para expresar la

individualidad, sin que en ningún momento esto sea percibido como en detrimento del otro.

- c) Será necesario el apoyo mutuo y decidido para mantener y fortalecer las defensas sociales adaptativas. Cada vez que aparece una nueva pareja para formar una nueva familia, entra de inmediato en el gran y complejo mundo de la sociedad adulta, por lo que recibe desde un principio los embates de la cultura y de la sociedad. No es lo mismo un joven soltero que vive en casa de sus padres o en un apartamento, que una pareja que requiere de un lugar apropiado, donde se tendrá que relacionar bien o mal con sus vecinos, donde tarde o temprano tendrá tanto que visitar, como recibir en su casa, al mismo tiempo que cumplir con todos los requisitos de protocolo y legales que impone una sociedad a sus miembros adultos.

El cambio a un mundo diferente muchas veces puede destruir al joven organismo si no ha logrado fortalecerse eficazmente.

Volviendo a la joven pareja, ejemplificaremos lo anteriormente expuesto, con objeto de estudiar la estrategia terapéutica que se siguió en este caso:

Primero se trabajó en un punto que yo considero fue el que abrió la puerta del cambio. Se les hizo ver que no era un divorcio realmente lo que ambos querían. Que las primeras motivaciones de formar una nueva familia se encontraban aún presentes tan fuertes como en un principio, sólo que el miedo y el temor de sentirse imposibilitados para la entrega completa del uno con el otro, las habían oscurecido momentáneamente. Rompiendo bruscamente la idealización del uno con el otro.

Después lograron entender que aún no habían logrado desprenderse por completo de las familias paternas y que la consecuencia de esto era precisamente el no encontrarse libres e independientes para ofrecer al compañero un anclaje emocional fuerte en sustitución del previo paterno. Se encontraban detenidos en la primera parte de su ciclo vital y lógicamente se sentían incapacitados

para avanzar a la siguiente fase: el “encuentro”, llegando a suponer que sólo una separación resolvería sus conflictos.

Debido a esto, fue necesario recurrir a un segundo paso terapéutico. A ella se le ayudó a resolver la problemática con su familia de origen. Sabemos que los lazos emocionales que unen al niño con sus padres durante los primeros años de la vida son sumamente fuertes y poderosos puesto que así lo exige la supervivencia. La madre es la encargada de proporcionar una fase simbiótica que dura desde las primeras semanas de nacido el bebé hasta los 2 años aproximadamente, en que ya el niño se empieza a soltar de la madre y a individuar. Sólo que cuando en la madre falta el mecanismo liberador encargado de impulsar hacia la independencia y la búsqueda de nuevas situaciones madurativas, con gran frecuencia el niño queda aprisionado en mayor o menor grado entre los fuertes lazos simbiotizantes de la madre. De esta forma se alarga indefinidamente la estructuración de un rol de niño frente a otro de madre, que no permite la mutación de niño a joven y de joven a adulto capaz de convertirse asimismo en padre o madre.

Ésta era la situación de nuestra joven esposa por lo que fue necesario ayudarle en lo personal a que disolviera las ataduras emocionales con la madre. Se le apoyó fuertemente para que hiciera una alianza con sus motivaciones genuinas y fuerza vital de crecimiento y abandonara la órbita simbiótica materna afirmando su posición de mujer y de esposa a cambio de sus roles anteriores de niña e hija. Una vez que se hubo logrado esto, pudo acercarse a su padre como nunca antes lo había hecho, puesto que la misma situación de estar simbiotizada con una madre le impedía cualquier otro movimiento de emociones y afectos. En otras palabras, todo estaba detenido por la simbiosis. Al acercarse a su padre pudo obtener de él una fuerza adicional que anteriormente no había sido posible utilizar; éste le otorgó no sólo su consentimiento y aprobación, sino que la estimuló decididamente para que continuara defendiendo su matrimonio y su crecimiento.

Por otra parte, hubo que intervenir con la madre para ayudarle

también a que cumpliera adecuadamente con su parte y que lograra aflojar sus propias ligas emocionales con la hija sin que esto se sintiera como una destructiva derrota para ella misma. Al final de cuentas se logró que diese su aprobación y consentimiento para que la muchacha pudiese tomar un rol de mujer y de madre dentro de un marco emocional de amistad, donde la relación no solamente no se terminaba sino que se enriquecía grandemente.

Como tercer paso, se trabajó intensamente con el joven esposo para que lograra vencer la ambivalencia que sentía frente a aceptar el papel de hijo consentido, situación que aún le ofrecía las mil y una maravillas, a cambio solamente de renunciar a sí mismo y obedecer las demandas de su padre.

Como se trataba de un joven valiente y decidido, no tardó mucho tiempo en lanzarse a recorrer el doloroso proceso de desprenderse de su familia paterna.

Finalmente, se pudo proceder a la búsqueda de aquellas normas y reglas que pudieran favorecer la aparición de un fuerte anclaje emocional entre los dos esposos y que sirviese de protección al incipiente sistema matrimonial, para de ahí, al convertirse en una unidad con vida propia e independiente, pudiese avanzar hacia la siguiente etapa de su ciclo vital.

Debemos aclarar que no todos los casos resultan como éste, donde en un tiempo relativamente breve de tratamiento se obtuvieron cambios muy importantes.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Se trata también de dos jóvenes esposos. Él, de 27 años de edad, hijo último de una familia de tres hermanos y dos hermanas; con un padre inmigrante, proveniente de familias sumamente tradicionalistas y estrictamente religiosas de un carácter paternalista absoluto. Una madre abnegada y subyugada que ejerce su poder mediante maniobras indirectas culpígenas o bien de tipo histriónico.

La joven esposa es la mayor de tres hijos. En la actualidad tiene 23 años y estudia decoración. Proviene de una familia en la que la madre casi siempre ha sido quien lleva las riendas del hogar. Ciertamente, menos tradicionalistas y conservadores, han permitido que exista entre sus miembros una mayor individuación e independencia; por lo tanto ella es un poco más libre y más adaptable que él. Sin embargo, la influencia materna ha sido muy fuerte y demandante y exige, entre otras cosas, que en este nuevo matrimonio se cumplan también las pautas matrimoniales que han venido desde varias generaciones atrás.

Estos jóvenes esposos llevan aproximadamente cuatro años de matrimonio y un año de estar asistiendo a tratamiento conyugal.

Aquí nuevamente el esquema de ciclo vital de la familia nos es muy útil para referirnos de inmediato a la fase de este ciclo a que se está refiriendo la problemática.

En este caso vemos que también la patología se centra en la primera etapa del “desprendimiento”, puesto que ninguno de los dos esposos ha sido capaz de liberarse de sus sistemas familiares originales, que les permita iniciar la formación de una nueva familia.

Aquí, los aspectos culturales y religiosos tienen un papel primordial. Por ejemplo, tener que cumplir con ciertos preceptos religiosos semanalmente, es motivo de reuniones frecuentes con toda la familia. Esta situación se aprovecha efectivamente para impedirles el despegue infundiéndoles, entre otros, sentimientos de culpa, que resultan ser uno de los pegamentos más efectivos para continuar y, muchas veces, perpetuar la dependencia.

Por lo tanto, aquí volvemos a ver claramente cómo no se ha logrado la disolución de las ligas emocionales que forman la encrucijada edípica y los jóvenes esposos no pueden proveerse mutuamente del anclaje emocional necesario para prescindir de los demás familiares.

Presento este caso para hacer énfasis sobre una maniobra que fue necesario utilizar, una especie de artificio al que hubo que recurrir, después de haber trabajado horas enteras en un problema de comunicación que no les permitía percatarse de cuál era el obstáculo con que ambos se topaban una y otra vez sin poder evitarlo.

Una vez superado el impedimento que representa la comunicación deficiente, los tres pudimos ponernos de acuerdo en la necesidad de que ellos “se aislaran” totalmente en forma premeditada y desde luego artificial, por el tiempo que fuese necesario, de los familiares de ambos. Mientras tanto, con esto podíamos trabajar en algunos aspectos básicos que permitieran establecer normas y reglas para cimentar su matrimonio y permitirles pasar —digámoslo así— ¡clandestinamente! a la siguiente etapa del ciclo vital: el “encuentro”.

A decir verdad, la labor más difícil en este caso ha sido mantener a raya y alejados a los familiares, sobre todo a los del esposo, que a través de cartas, mensajes, telefonemas, recados y demás... continúan fomentando la culpa y la dependencia, cosa que en la actualidad ya sólo logran momentáneamente, puesto que el anclaje con su pareja se ha ido estableciendo paso a paso, e inclusive algunas de las áreas afectadas —como la sexual— empiezan a recuperarse y a madurar.

TERCERA VIÑETA CLÍNICA

José y Carmen son dos jóvenes que tratan de formar una nueva familia, en un entorno socioeconómico muy alto, que si bien tiene elementos que le son comunes a los ambientes familiares universales tiene también aquellos que le son únicos a este caso en particular.

José proviene de una familia española conservadora, donde son cuatro hijos, y él es el menor, tiene 26 años de edad. Su padre, a su vez, proviene de una familia donde el padre fue una persona débil en el sentido estricto de la palabra, y muere joven, a los 40 años (abuelo paterno) y la madre (abuela paterna) fue dominante y estricta pero supersticiosa y llena de miedos y temores religiosos; ella fue quien se hizo cargo de los hijos.

Atendiendo a algunos aspectos trigeracionales vemos que el padre de José, a quien llamaremos don Juan, de 65 años de edad, resulta ser un individuo temeroso, apegado a su religión y costumbres con lo que logra afirmarse un poco, en una identidad sexual

tambaleante que lo inclina a estudiar una carrera humanista, donde con base en una entrega obsesiva y de sometimiento logra un lugar y una posición, con lo que consigue ligarse a una mujer enormemente rica, a quien llamaremos doña Elvira, de 58 años de edad, heredera e hija única. Dicha mujer lleva junto con su fortuna la consigna inalterable de protegerla y defenderla a toda costa; su padre-magnate (ya muerto) se encargó de imbuirlo profundamente en su mente. Sabemos que existen mecanismos en la mente humana que son de tal fuerza y efectividad, que sólo así se logra cumplir con tales consignas, como ésta de defender fortuna, tradición, patrimonio y poder de una familia; me refiero a los mecanismos simbiotizantes que actúan entre hombre y mujer y entre madre e hijo de tal forma que una persona, una mujer, doña Elvira en este caso, logra que su esposo don Juan, piense, actúe y decida en casi todos los aspectos de su vida a través de ella y sólo con base en lo que ella quiere, piensa y decide como deseable y bueno para toda su familia. Así pues, doña Elvira, poseedora de una fuerza simbiotizante extraordinaria, logró que su esposo don Juan, padre de José, se convirtiera en un verdadero esclavo de sus más íntimos deseos; ¡eso sí! sin restarle a una fachada de bonhomía y respetabilidad que su esposo proyectaba exitosamente a sus cuatro hijos y al círculo social donde se relacionaban.

Los cuatro hijos, de los cuales José era el menor, también se encontraban en una posición semejante a la del padre, o sea, acatando fervientemente los deseos maternos, y desde luego, siendo a su vez los guardianes de tal sistema familiar de valores. Para lograr esto, la madre infundió en ellos desde pequeños la necesidad de pensar como ella, sentir como ella y actuar como ella. Por ejemplo, respetaban en la superficie al padre, aun cuando profundamente sentían una gran rabia hacia él y aún más, lo despreciaban sabiendo que como ellos, no era más que un títere de la poderosa doña Elvira, que cumplía con sus designios de controlar a los hijos, limitarlos tremendamente sin dejarlos crecer ni desarrollar sus potencialidades. En alguna ocasión don Juan, ya inductado por doña Elvira, le decía a su hijo José, de 26 años de edad: "Necesitarás toda una vida para poder administrar lo que te toque

de nuestra fortuna y tal vez nunca lo logres; sólo yo que me he pasado la vida estudiando, he podido hacerlo”. (Aquí podemos observar cómo el amor y la aceptación del hijo están condicionados al sometimiento.)

Don Juan, el padre, actuaba como director general de una gran cadena de tiendas, donde ninguno de sus hijos tenía un puesto de importancia. A todos les había dado trabajo, empezando siempre desde abajo, diciéndoles que sólo con muchos años de experiencia lograrían ser como él, y que entonces, tal vez, en un lejano futuro podrían escalar puestos de importancia. (Esto nos permite ver como existe una colusión en la diada marital, para someter a los hijos, puesto que el padre es instrumento de los deseos maternos.)

Los dos mayores habían logrado casarse y ambas esposas eran también esclavas incondicionales de doña Elvira, la madre poderosa, por lo cual habían logrado conservar sus lugares en esta familia. El tercero, soltero, tenía fuertes componentes homosexuales y sufría severas depresiones que rayaban en intensos pensamientos suicidas, y tal vez en alguna ocasión hasta había llegado a intentarlo (vemos en él la depositación de las partes escindidas del *self* paterno).

Finalmente, José se había casado con Carmen, una chica de 22 años de edad. Carmen y José llevaban aproximadamente dos años y medio de difícil matrimonio, él sufría de intensas jaquecas que lo obligaban a tomar constantemente analgésicos de todos tipos, y desde luego, era impotente, tanto física como emocionalmente; no podía aproximarse cariñosamente a su esposa ni mucho menos expresarle amor y ternura (no es difícil entender aquí la agresión hacia la mujer).

José, que era el menos limitado de los cuatro hermanos, se rebelaba hasta cierto punto al padre, reclamándole en forma organizada y con suficiente lógica el derecho que él tenía de tomar un puesto de importancia en el negocio, igualmente le demandaba que fuese más generoso con el dinero que le daba o bien que le adelantara algo de su patrimonio (podemos ver las demandas orales de núcleos maternos, escindidos y depositados). José había estudiado la carrera de administración de empresas, que no ejercía, pero que le daba suficiente estima como para considerarse capaz de salir adelante por sí

solo. No obstante, José nunca había hecho intentos verdaderos para lograrlo, más bien su actitud era de permanecer al acecho, esperando pacientemente a que el padre flaqueara, tuviera un descuido, enfermase o muriese, para que pudiese tomar lo que tanto anhelaba, el dinero, el poder, la posición, la riqueza.

A doña Elvira, madre poderosa, nunca osaba enfrentársele, puesto que sabía en lo profundo de su ser que era ella quien controlaba el sistema familiar y por ello, se sentía identificado con ella, soñando en ser fuerte algún día. No obstante, la madre poderosa ordenaba a su esposo en forma imperceptible que tratara a José como a un niño, que lo minimizara y que lo infantilizara, impidiéndole crecer, madurar y enfrentarse así a las responsabilidades del gran negocio y de la vida. (Nuevamente vemos la colusión parental.) En una ocasión, por ejemplo, eligieron a una persona de confianza para que ocupara el lugar del negocio destinado a José, explicándole a éste que aún no estaba apto y maduro para semejante puesto. En otras ocasiones, José se atrevió a expresar odio y desprecio por su madre considerándola como un ser extraordinariamente egoísta y excéntrico, quien llegaba a despilfarrar verdaderas fortunas en viajes y fiestas extravagantes (lo cual muestra la ambivalencia de éste hacia la madre).

José acudió al psicoanálisis con la esperanza de liberarse de su condición sometida y de adquirir el poder fálico de que carecía su padre, don Juan.

Su analista me lo refirió para tratamiento familiar, diciéndome que encontraba en él una personalidad narcisista, con una hipercatexia del *self* grandioso en respuesta a la desilusión en sus objetos parentales idealizados, con manifestaciones de frialdad y distancia en su trato, una tendencia a hacer disertaciones seudofilosóficas de cualquier tópico y actitudes de superioridad, con una marcada tendencia a la hipersensibilidad, vergüenza e hipocondría. (Defensas maníacas típicas de una estructura depresiva y devaluada subyacente.)

Había en José una tendencia a buscar amistad con grupos de homosexuales y de vez en cuando aparecía una rabia infinita aunque

expresada en un tinte azul y frío. (Rechazo a la figura femenina e identificación con los aspectos castrados del *self* paterno.)

En seguida vemos cómo se repite transgeneracionalmente la elección de una hija única como pareja: en efecto, su esposa Carmen, la cual tenía 22 años, era hija única y sus padres eran divorciados. Carmen había tenido poco contacto con su padre, el cual contaba con 50 años de edad, y que por razones de su trabajo, se pasaba la mayor parte del tiempo viajando. Era una persona de buen talante y asequible al trato, aun cuando poco capaz de responsabilizarse por sus familiares, como lo probaba el hecho de haberse divorciado de su esposa enferma y haberse ocupado poco o casi nada de Carmen, su única hija. La madre de Carmen tenía 44 años de edad y aun cuando era todavía una mujer joven, se encontraba seriamente enferma, en fases avanzadas de una esclerosis cerebral múltiple; por lo cual y dado que se trata de una enfermedad crónica que reclama varios años de la vida de una persona, le había impedido desarrollar adecuadamente sus funciones maternas con Carmen. Razón por la cual su joven hija había estructurado un *self* endeble y falso; situación que ocurre frecuentemente en el niño que no recibe adecuadamente y a tiempo los estímulos y cuidados por parte de los padres que le ayuden a estructurar un *self* maduro y sano durante las etapas críticas de su desarrollo. Carmen había pasado superficialmente por una psicoterapia que no consiguió ni levemente tocar su estructura intrapsíquica; era ella un ser que pretendía, al igual que su esposo, desde una posición grandiosa que cubría sus inseguridades, ser una mujer madura segura de sí misma y conocedora del entorno en que se movía y capaz de manejarlo. Carmen había pasado la mayor parte de su vida cuidando de su madre enferma y prácticamente no había tenido la oportunidad de vivir su infancia, cosa que anhelaba intensamente, puesto que aquello que no se ha tenido se continúa deseando el resto de la vida. Ante la imposibilidad de lograrlo, sentía una rabia enorme que ocultaba ante los ojos de los demás, frustración, enojo y celos que la obligaban a defenderse con un fuerte control interno, omnipotente, y la hacían aparecer como una joven reposada y dulce. Todo esto le ayudaba a

esperar pacientemente a que doña Elvira, la madre poderosa de José, abdicase al trono y fuese precisamente José, a quien Carmen imaginaba poder controlar, quien asumiera la ansiada posición del trono y con ello fuese un ser supremo y máximo que a ella le diese estima, valer y un verdadero *self*. Solía ser raro que Carmen desobedeciera sus controles internos. Sin embargo, en ocasiones explotaba en rabietas infantiles y episodios de furia contra su esposo, inclusive llegó en una ocasión a hacer las maletas e irse de su casa por algunas semanas, frente a las amenazas de abandono. Para esto Carmen lloraba sin sentirlo y proyectaba su estudiada imagen de mujer madura, ultrajada y segura de sí misma. Desde luego regresó; justo a tiempo de que su omnipotencia no sufriese un descalabro, enfrentando el hecho de que José no le pertenecía a ella, tanto como a doña Elvira, la poderosa madre. (Aquí vemos la rivalidad entre ambas mujeres: Carmen y doña Elvira.) Otra conflictiva de la que Carmen se quejaba constantemente era el abandono sexual por parte de su esposo y de la fuerte competencia que representaban las amistades homosexuales de José.

En estas condiciones inicié lo que fue un breve tratamiento de esta joven pareja.

Tratamiento

Con lo primero que me enfrenté, desde que los vi juntos por primera vez, fue ese mecanismo defensivo que una pareja y una familia entera erige alrededor de sí misma para protegerse de las interferencias externas, y al mismo tiempo para evitar que sus miembros salgan del sistema y sean absorbidos por el ambiente, sea el que fuere: pretendientes, comunidad, escuela, amigos, maestros, terapeutas, religiones, sociedades, etcétera.

A dicho mecanismo defensivo del sistema familiar, algunos autores (Lyman Wyne) le han llamado la “banda de hule”, forma parte de otros tantos que no alcanzamos a describir aquí, pero que son los

coadyuvantes para perpetuar el mecanismo homeostático y hermético de un sistema familiar rígido.

Enfrenté, pues, un poderoso mecanismo de “banda de hule”, rígido como pocos y prácticamente impenetrable que no sólo me expulsaba cada vez que pretendía colarme a través de dicha barrera, sino que constantemente y con tenacidad me mantenía afuera y a buena distancia.

Opté entonces por esgrimir una actitud mimetizadora con la pareja que fuese menos amenazante, por ejemplo, el no atacar su red defensiva de colusiones, escisiones, proyecciones, mecanismos de negación y demás...

Dicha estrategia me funcionó por un tiempo, lo que permitió establecer un vínculo de alianza terapéutica.

Después intenté enfrentar la severa problemática con sesiones separadas con cada uno de ellos; en las que obtuve un mayor éxito con Carmen, puesto que ella logró expresar y conceptualizar su gran rabia y rivalidad hacia doña Elvira, la madre-poderosa de José su esposo y hacer al mismo tiempo conciencia clara de que era ella, doña Elvira, la que en realidad ejercía el dominio y control sobre la constelación familiar. Por su parte, don Juan, su esposo, padre de José, el pretendido rey absoluto, no era más que una marioneta de la gran reina que siguiendo sus designios desdeñaba y pretendía que los demás se comportasen como niños.

Al cabo de varias sesiones de difícil manejo terapéutico, se logró encontrar un punto de alianza que les ayudó a conceptualizar la necesidad de separarse de las familias paternas, e iniciar una relación independiente y madura que les permitiera pasar a la siguiente etapa del desarrollo familiar: el encuentro.

Intentaron iniciar maniobras de separación, que resultaron superficiales y débiles; por ejemplo, José preparó un par de arengas o discursos dirigidos a sus padres, los cuales se encontraban cuidadosamente preparados y neutralizados para no causar demasiada alarma en el sistema coludido de los padres (no aflojar el anclaje emocional simbiótico con ellos).

(En este momento vemos la entrada del terapeuta al sistema marital, y cómo José intenta incorporar elementos del *self* del terapeuta para poder enfrentarse a la colusión paterna.)

Dadas las circunstancias, era de esperarse que no sucediera nada; como en efecto así fue, y todo el enojo, la rabia y la frustración acumulada en esta joven pareja, se revirtió en el encuadre terapéutico..., ambos decían: “Esto no sirve, no pasa nada, no nos explica lo que está ocurriendo, no es científico, el tratamiento no tiene bases sólidas en qué sustentarse”.

En realidad, el propósito era desalentar mis intervenciones; sin embargo, intenté nuevamente acercarme a ellos y que ellos lo hicieran entre sí, con objeto de propiciar un encuentro. Intenté en lo instrumental sintonizar o armonizar las discusiones acerca de los días o semanas que planeaban pasar en Europa o en Nueva York, traté de echar a andar un contrato acerca de cuánto tiempo y cuándo debería prenderse la televisión o el tocacintas, cuándo y a cuántos restaurantes y centros nocturnos deberían acudir o cuántos y cuáles amigos debían frecuentar. (El ingreso del terapeuta al sistema marital es sentido como intensivo y amenazante para su precaria homeostasis.)

Pero todo fue en vano, mis intentos de formar parte del sistema no fructificaban; para ellos era más importante “escupirme” de nuevo fuera del sistema y consecuentemente cada uno se afirmó en su estilo defensivo, ahuyentando toda posibilidad de establecer un contrato que les permitiera el intercambio útil de sus deseos y necesidades.

Como esto no fue posible, el desplazamiento de rabia y enojo hacia mí no se hizo esperar, lo cual es indicador del mecanismo de transferencia colusiva, empleado por este tipo de parejas y descrito claramente por Salinas.

Pasemos al área emocional, donde la expresión de sentimiento es fundamental para lograr un contacto profundo con la pareja: ahí encontré también una férrea actitud resistencial compartida entre ambos esposos, la cual era sólo un ramal de la que existía con la familia de José. En otras palabras, ellos no mostraban emoción alguna para aquel que no perteneciese al clan familiar. José y Carmen no

podían comunicarse conmigo, y en verdad, ni entre ellos mismos, excepto dentro del vínculo simbiótico, de supervivencia, el cual se caracterizaba por su rigidez.

Ejemplo de ello son las palabras que él le dirigía a ella: “Carmen, eres muy superficial e inculta, no tienes noción alguna de lo que es la conversación y el diálogo, me resultas vana y aburrida y prefiero gastar mis energías platicando con personas que valgan la pena”.

Ella a su vez le respondía: “Lo que pasa es que tu rudeza y grosería no te permiten tratarme como merezco. Daría cualquier cosa por no hablar contigo. De hoy en adelante, me niego a escucharte nuevamente”.

Aquí se presenta otra área de *impasse* que revierte nuevamente la culpa y el ataque sobre el terapeuta.

Por lo tanto, decido modificar un poco la estrategia terapéutica e incido en el área sexual; la trabajo intensamente y es aquí donde obtengo la respuesta más fuerte al impacto de la terapia.

Carmen y José eran una pareja impotente y prácticamente sin vida sexual, lo que era esperado, dada su historia clínica. Según su relato, sólo en los primeros días de su luna de miel, les fue posible disfrutar de algunas relaciones sexuales, que su descripción hacía ver como plenas y satisfactorias. Al breve tiempo se transformaron en un receso absoluto y una relación de fraternal abstinencia, hasta el momento de la terapia, donde logré pasar a través del denso tejido de la “banda de hule” que tenazmente me rechazaba.

Yo pienso que la sexual era un área poco defendida que nunca pensaron que pudiese ser atravesada. No obstante, me colé y una vez del otro lado me permitió trabajar en un acercamiento sexual, aun cuando desprovisto de emociones, que se manifestó en una sola noche de amor donde se dio un coito. En el frío y técnico relato que de él hacían, aparecían las reacciones biológicas de humedecimiento vaginal, erección y penetración que duró minutos, y que él registró cuidadosamente y consideró como una proeza, donde ella logró varios espasmos orgásmicos. Sin embargo, él no eyaculó y esto les impactó como una nube negra que indicaba lo mal que estaban como pareja y

el error que yo había cometido al movilizar tales impulsos. Lo que yo consideré como un gran logro, produjo en ellos una respuesta de asombro y sorpresa desagradable, una mezcla de confusión, rabia, miedo y enojo. Yo sigo pensando que dicha reacción, en parte fue debida a la forma sorpresiva como traspasé el área prohibida: la “banda de hule”. Ellos lo sintieron como una penetración del sistema, que los obligó a enfrentar una grave situación. Situación que proyectaron sobre la ausencia de eyaculación, arguyendo que esto ponía en evidencia el problema emocional de José y, por lo tanto, el futuro incierto de su vida como pareja.

Al unísono apareció nuevamente el enojo, la rabia y el reclamo intenso hacia el terapeuta. Ambos declararon que hubiese sido mejor que no hubiera ocurrido nada, que no se hubiera tocado el área sexual, que hubiese continuado su vida de fraternal negación sin alteración alguna; que yo había provocado una severa alteración en la pareja y que se encontraban ofendidos y desconcertados.

(La sorpresa, el miedo y el enojo se debió a que sintieron el sistema penetrado por el terapeuta.)

Resultaba fácil reconocer que nos movíamos en terrenos muy delicados y peligrosos para la pareja y que su ansioso mensaje decía a las claras que una verdadera relación marital era imposible, que no estaban preparados para el pasaje de la separación y que era mejor “pretender” (*as if*) que formaban una simpática pareja que nunca se atrevería a amenazar a papá y a mamá con movimientos maduros de desprendimiento. Sabían coludidamente que había que esperar con paciencia hasta ser recompensados con dinero y permiso para ser grandes. Sabían que el tratamiento era una amenaza para sus secretas ilusiones. Por lo que ambos rehusaron continuar con la terapia.

Finalmente reconocí la gran dificultad para llegar a la etapa del desprendimiento y decidí trabajar para neutralizar la rabia y la agresión proyectadas en el tratamiento. ¡Tal vez en algún futuro se volverían a abrir las puertas para el cambio!

Decidí respetar los límites de su “banda de hule”, con lo que dejé de ser peligroso para ellos y se logró una amistosa despedida.

(Al ser expulsado del sistema nuevamente, mi decisión es no volver a penetrarlo sorpresivamente y dejarlo en posesión de las imagos parentales.)

Observaciones

Existe una inmovilidad severa en todos los subsistemas, el individual, el marital y el familiar.

Los fuertes mecanismos de homeostasis, ambigüedad y simbiosis indican que la amenaza sobre este sistema marital-familiar es muy grave.

Es en las familias paternas donde se genera la amenaza, principalmente en la vida de José, donde su madre, doña Elvira, por identificación y herencia, en el amplio sentido de la palabra, a través de su padre-magnate, controla y ejerce un sometimiento general en los demás.

El mecanismo defensivo de supervivencia trata de evitar varias situaciones al sistema familiar:

- La separación o divorcio de los objetos primarios (don Juan y doña Elvira, padres-gerarcas).
- Depresión, enfermedad física y muerte del padre.
- Soledad de la madre.
- Depresión y divorcio de los dos hijos mayores.
- Actuación de la homosexualidad y suicidio del tercero.
- Divorcio, depresión y tal vez suicidio de José.
- Soledad y fragmentación de Carmen.

La combinación de parálisis interna e inmovilidad del sistema familiar impide la activación de los mecanismos del desprendimiento, eliminándose así uno de los factores esenciales que podrían haber estimulado el crecimiento, la individuación y la maduración del sistema para continuar su paso a través del ciclo vital familiar.

De este modo se hace evidente el triunfo maniaco de la resistencia

en la transferencia colusiva.

Segunda fase: el encuentro

Aprender el rol del cónyuge no es de ninguna manera tarea sencilla. Presupone, entre otras cosas, haber renunciado ya a las ganancias emocionales que proporcionan las etapas anteriores de pretendiente e hijo, y tener la disponibilidad física y emocional para seguir aventurándose en el quehacer del vivir y de formar una nueva familia.

Partamos del punto de vista que, aunque sea obvio, no resulta fácil admitirse: en verdad ser esposo o esposa por primera vez es una situación desconocida de la cual no sabemos nada (sólo lo que vimos en los padres). La verdad es que el sintonizarse emocionalmente con un desconocido (para tales efectos) requiere de un gran valor y de una gran capacidad para limitar las propias necesidades en beneficio de una relación que empieza.

En esta nueva etapa se trata principalmente de lograr dos puntos: primero, cambiar todos aquellos mecanismos que hasta entonces proveyeron seguridad emocional. Y, segundo, integrar un sistema de seguridad emocional interno que incluya a uno mismo y al nuevo compañero.

Desde luego, lo primero que sucede en una relación de dos, es que cada uno intenta echar a andar los mecanismos ya conocidos y aprendidos en su sistema familiar de origen, los cuales difícilmente funcionarán con su nueva pareja.

Obviamente, esto no es muy fácil de admitir y por regla general todos llegamos al matrimonio convencidos de que si no somos unos expertos en la materia, en cuestión de segundos lo seremos. Se piensa, además, que el otro fácilmente captará y aceptará los viejos sistemas de funcionamiento emocional que cada quien consideraba infalibles y únicos.

Es conveniente insistir en que el encuentro con “una persona nueva” nos depara grandes sorpresas y que en el establecimiento y estructuración de un nuevo sistema estriba tanto la cualidad de la relación marital, como el bienestar familiar futuros.

Por lo tanto, resulta lógico asumir de acuerdo con el grupo de estudios de Sager (1972) que el análisis de esta etapa crucial del encuentro, donde se lleva a cabo el “contrato matrimonial” que va a regir la vida psíquica, emocional e instrumental de la nueva pareja, nos aclarará lo que de otro modo aparecería como una serie de comportamientos inexplicables e irracionales. Igualmente nos proveerá de una guía alrededor de la cual podemos organizar mejor nuestra intervención terapéutica cuando el matrimonio o la familia esté en peligro de enfermarse o destruirse.

Para esto tomaremos prestado el término “contrato matrimonial” de Sager (1972), para referirnos a todos aquellos conceptos individuales de naturaleza consciente o inconsciente que pueden ser expresados verbalmente o en alguna otra forma. Dichos conceptos tienen como tema principal lo que cada uno piensa acerca de sus obligaciones y deberes dentro del matrimonio, así como de los bienes y beneficios que espera recibir del mismo.

Es necesario volver a subrayar el concepto crucial de que dicho contrato está basado en aspectos recíprocos, acerca de lo que cada uno piensa dar y lo que espera recibir del otro.

El contrato abarca cualquier aspecto imaginable de la vida conyugal, ya sea que se trate de sexo, metas, relaciones con los demás, paseos, poder, dinero, los niños, los familiares, etcétera.

En verdad, la calidad del matrimonio depende en gran parte del grado de satisfacción y complementariedad que se le pueda dar a las

expectaciones de cada uno de los cónyuges, en las cuales intervienen todas las profundas necesidades y deseos del psiquismo individual.

En realidad, las expectativas de una persona están basadas en su historia, en las experiencias que ha compartido durante varios años dentro del seno de su familia con sus padres y hermanos. Todo esto pasa a formar parte de su equipo psicológico y se traduce en una serie de ideas, intercambios y necesidades que en un momento determinado se proyectan en la persona que va a ser su cónyuge.

Como tales, dichas necesidades pueden ser: a) saludables y realistas, o b) neuróticas y conflictivas.

Cada cónyuge percibe sus propias necesidades y deseos en grado diferente según su capacidad introspectiva y por lo general ninguno se percata de que sus esfuerzos por satisfacer al compañero están basados en la creencia inconsciente de que el otro es, siente y percibe las cosas tal como uno lo hace.

Cada uno en lo individual podría estar parcialmente consciente de los propios términos de su contrato y de sus necesidades, pero sólo en forma muy remota y vaga, si no es que del todo oscura, lo estará acerca de los términos en que funciona el contrato del compañero.

De hecho —y esto es una creencia generalizada— se asume que cuando se llega al matrimonio ya existe un conocimiento y, aún más, un acuerdo mutuo acerca de los términos en que dicho contrato va a sentar las bases para asegurar una paz y bienestar futuros. Y así, confiándose en que ya es materia conocida, se aventura cada quien en un viaje donde se espera que el otro cumpla con lo prometido.

Por lo tanto, tan pronto sucede lo inevitable como es que algunos términos del contrato individual no sean cumplidos, aparecen poco a poco la desilusión, el resentimiento, la sensación de haber sido timado o engañado y el enojo. Esto, de hecho, puede provocar problemas serios, como depresiones y discordancias maritales severas, que se basan en el falso presupuesto de que las reglas matrimoniales con que se iba a funcionar han sido violadas.

Dicha situación se vuelve aún más peligrosa para el matrimonio,

cuando uno de los dos sienta que él (o ella) sí ha cumplido con la parte que le corresponde de su propio contrato individual imaginario.

La razón por la cual resulta tan difícil ponerse de acuerdo con las diferentes pautas de los contratos, obedece a diferentes circunstancias.

La primera, simplemente, es por ignorarlo. A nadie se le ocurre pensar que algo tan sublime y romántico como el matrimonio o la unión de una pareja donde sólo el amor y la pasión deben existir como elementos principales requieran de algo tan materializado y prosaico como un contrato. Eso se deja para los negocios o cuando menos para otro tipo de asociaciones donde no intervengan los sentimientos. Y sin embargo, como veremos más adelante, sin contrato no hay matrimonio que dure.

La segunda circunstancia se presenta cuando los dos socios del matrimonio operan bajo dos contratos totalmente diferentes e incongruentes, tal como puede suceder entre dos personas con antecedentes culturales distintos. Nada más baste para comprenderlo, imaginar lo que sucedería si acaso se llevase a cabo un matrimonio entre un nativo de Oaxaca y una sueca.

La tercera causa es aquella donde las expectativas (lo que supuestamente se espera del otro) son imposibles de obtener, debido a situaciones irremediables, como por ejemplo poseer un bajo coeficiente intelectual o bien por algún problema emocional severo de tipo individual que no permita obtener lo esperado ni para el sujeto mismo ni para su pareja.

La cuarta y última causa sería aquella donde la fantasía sobrepasa por mucho a una realidad. Por ejemplo, los deseos de alcanzar riquezas desmesuradas o de encontrarse con un príncipe azul o con una reina por compañero.

Sager y Kaplan (1972) describen tres niveles en el contrato matrimonial:

- I. Un nivel consciente que se verbaliza y que incluye todo aquello que se comunica al compañero acerca de sus expectativas tanto en lo que se refiere a dar como al recibir; dicho además en forma clara y comprensible.

II. Un nivel, que aun cuando es consciente, no se verbaliza.

Existen un sinnúmero de creencias, planes, deseos, fantasías y demás que por temor o vergüenza no se comunican ni se verbalizan. Esto casi siempre ocurre debido a los temores inconscientes de ser víctima de un rechazo doloroso.

III. Existe otro nivel que va más allá de la percepción consciente y que se refiere a todos aquellos deseos y necesidades de naturaleza irracional y, por lo tanto, son contradictorios. Éstos, por ser desconocidos (inconscientes), pasan desapercibidos para ambos. Este punto se refiere a la problemática personal, que muchas veces es de naturaleza neurótica o psicótica. Inevitablemente se deposita en la relación con el otro y aparecen las necesidades no resueltas de competencia, dominio, destrucción, etc. Asimismo, muchas veces se utiliza al compañero como un medio para lograr una victoria irracional recurriendo a maniobras patológicas, como el rechazo emocional, el sadismo o el masoquismo.

La génesis de esta problemática es desde luego desconocida para quien la sufre y amerita las más de las veces de un tratamiento especializado, según sea el caso (psicoterapia, psicoanálisis), además del tratamiento matrimonial.

Cuando existe congruencia en el primer nivel, por lo general se formaliza una relación.

La falta de acoplamiento en el segundo nivel puede llevar la relación en forma latente hasta aproximadamente un año de duración (tiempo más, tiempo menos), después de lo cual aparece abiertamente la problemática en la relación marital.

Cuando hay problemas en el tercer nivel, debemos pensar en la posibilidad de que la selección del compañero se pudo haber hecho con base en necesidades neuróticas y que aunque la relación pueda durar varios años, puesto que se ignora lo que está pasando, tarde o temprano puede desembocar en una fuerte problemática que ponga en serios peligros al matrimonio.

Esta conflictiva muchas veces encuentra su expresión en situaciones conscientes absurdas del tipo de: "ya no te quiero porque no me gusta

cómo vistes”, “porque roncas” o “porque no tienes los pechos grandes...”, etcétera.

La fase del encuentro presupone el manejo adecuado de dos movimientos intrapsíquicos que desde luego tienen su proyección en el mundo real de las personas.

El primer movimiento implica el haber logrado una conciliación interna en el mundo de los objetos (y aquí deploramos el calificativo de objetos a situaciones que realmente se refieren a personas) donde principalmente la imagen de ambos padres deja de ser ambivalente y por lo tanto amenazante, para convertirse en el parámetro fundamental que le permita al individuo establecer una identidad consigo mismo, que a su vez le facilite el paso al segundo movimiento que requiere de la posibilidad de incorporar o introyectar un objeto ajeno a los objetos familiares incestuosos, con el cual pueda establecer una relación íntima con características de una genitalidad madura.

Lograr la incorporación o introyección de un objeto extraño a los familiares paternos y elegirlo como la base fundamental para formar una nueva familia tal vez sea sin temor a equivocarme una de las situaciones del crecimiento emocional que más problemas le causan al humano.

Resultaría algo así como si de pronto un adolescente ya maduro dijese a sus padres con los cuales todavía comparte el techo: “He encontrado una chica linda de la cual estoy enamorado, y he decidido traerla a vivir a la casa, por lo tanto, necesitamos una cama extra, un lugar en el comedor, otro baño, un nuevo clóset, otro espacio para su automóvil y lugar cómodo y amplio donde pueda sentarse plácidamente a leer y a tejer; además es necesario que tanto papá, como mamá y hermanos cambiemos varios de nuestros hábitos y costumbres para que no choquen con los de ella y desde luego habrá que deshacernos del perro puesto que no le gustan los animales”. Si ustedes ya pensaron en la reacción de los familiares de dicho adolescente, se podrán imaginar lo que ocurre en el interior de la mente en el mundo privado de los objetos donde existen desde el principio de la vida las imágenes de mamá y papá con todas las características de amor y

odio, de prohibiciones y permisos, elecciones y exclusiones que, como decía en líneas anteriores, le dan al individuo el sentido de ser quien es, y de pronto se requiera de hacerle un espacio a un objeto nuevo quien a su vez trae un mundo interno con las mismas características del que estamos describiendo. Nos podemos imaginar que no resulta fácil compaginar y armonizar lo que fundamentalmente tiene que ser contradictorio por más amor que se le tenga a dicho nuevo objeto, y por más que (como ya podemos suponer) dicho objeto tenga aquellas características que precisamente sean las que permitan que sea introyectado, de otra manera sería rechazado de inmediato, de aquí que la elección de pareja a la vez que es un asunto muy complejo, no permite al mismo tiempo que sean muchos los que puedan llenar las características personales del mundo interno de objetos de determinada persona. Por eso, uno no se casa o forma pareja con cualquiera, tiene que ser aquel que cumple con las características suficientes que le permitan ser introyectado e introyectar a otro sincrónicamente. Sin que esto quiera decir que una vez introyectado se pasee tranquila y plácidamente en medio del ya de por sí conflictivo mundo de objetos familiares que todos llevamos dentro. Sino que es aquí donde da comienzo un proceso de aceptaciones y rechazos, dádivas y ataques, luchas y batallas, concesiones y amenazas que lentamente van dando paso al segundo movimiento interno de formar un espacio para un objeto nuevo que va a entrar en choque con los ya existentes. Todo esto tiene un concomitante externo desde luego, que nos permite ver, por ejemplo, la agresión y envidia entre nuera y suegra o entre padre y yerno a la vez que las alianzas y partidos y coaliciones que se forman en los sistemas familiares.

La fase del encuentro presupone así una disponibilidad interna para aceptar al cónyuge como un objeto nuevo y extraño que, quiérase o no, va a producir una fuerte resonancia conflictiva que va a repercutir en el mundo interno de los objetos y se va a manifestar en las diferentes conflictivas que observamos en la interacción de las familias tratadas.

Otto Kernberg propone y sintetiza cuatro requisitos que yo considero útiles para la comprensión de la fase del encuentro, ya que junto con

algunos conceptos acerca de la modalidad que toma el erotismo tanto en hombres como en mujeres, nos ayudan grandemente a manejar el punto crucial del contrato que describiremos más adelante con todas sus características.

Los cuatro puntos que sintetiza Kernberg se enlistan a continuación:

1. La capacidad de ensanchar y profundizar la experiencia orgásmica durante el acto sexual a través de integrar el erotismo sexual que se expande mediante la integración de la agresión de la bisexualidad (identificación homosexual sublimada) hacia la relación erótica heterosexual.
2. El desarrollo profundo de la relación con el objeto, que incluye la transmutación general de los impulsos pregenitales y sus conflictos, hacia la ternura, el cuidado y la gratitud.
3. La capacidad de identificación genital mutua que no trastorne la estabilidad de la identificación sublimada predominante con la figura parental del mismo sexo.
4. El desarrollo de la despersonificación, abstracción e individualización en el superyó de tal forma que exista un cambio de la moral infantil a los valores éticos del adulto. Esto último proveyendo un sentido de responsabilidad y entrega moral que refuerzan los compromisos emocionales de cada miembro de la pareja hacia el otro.

Desde luego que la madurez emocional en un individuo no le garantiza la estabilidad y duración de su pareja, pero sí le permite con libertad y plenitud examinar las bases sobre las cuales ha funcionado y sigue funcionando su relación.

También es de importancia, durante la fase del encuentro en una pareja, considerar que así como existe el fenómeno regresivo de fusión entre ambos que puede alcanzar varios planos de profundidad (véase Vives y Tubert), también existe un paso hacia el proceso de la identificación que va más allá del propio *self*. Este paso tiene como objetivos principales la formación de un significado, de una razón de

ser, de un orden subjetivo del mundo externo que refuerce la experiencia individual tanto biológica como interpersonal y de sistema de valores. Dicho en otras palabras, éstas serían las bases de la experiencia subjetiva de trascender.

Es necesario tener en mente que cuando se establece una relación amorosa intensa, libera necesariamente la agresión reprimida o disociada en los objetos infantiles de ambos compañeros. Por lo que es necesario que exista una madurez e integración del superyó que proteja la relación con el objeto amado y estimule el amor y la entrega. Cuando no se ha logrado una suficiente madurez del superyó, entonces aquellos elementos rezagados de agresión producen culpa que en ocasiones puede ser tan intensa que obliga a la pareja a transgredir las barreras limitantes convencionales que la pareja ha creado para sí misma con el objeto de proteger la exclusividad de su amorosa relación.

Aquí resulta de mucha importancia introducir los conceptos que Bion y posteriormente Kernberg estudiaron acerca del grupo social y de cómo los intereses de este último están en una secreta oposición a los de la pareja.

La pareja brota del grupo como un minisistema que adquiere vida propia, pero que siempre está en peligro de ser nuevamente reabsorbida por las reglas inflexibles del gran sistema grupal.

El grupo utiliza diversos mecanismos para mantener su homeostasis funcionando; a la pareja le pueden afectar de diferentes maneras. Por ejemplo, el triangular la relación, con la aparición de un amante estable o, más grave, lo que ocurre en el matrimonio abierto, o el sexo grupal, donde la destrucción de la pareja es prácticamente ya un hecho.

Es precisamente el amor romántico lo que da lugar al amor sexual y al erotismo; a este punto en especial me referiré más adelante.

La capacidad de enamorarse y de llevar a cabo con una pareja relaciones estables y duraderas habla en favor de una estructura emocional fuerte y sana. Al mismo tiempo, el estar enamorado enriquece el *self*.

Stoller enfatiza la importancia del misterio para explicar la excitación

sexual y menciona varios factores anatómicos y fisiológicos que entran en interacción con los deseos y peligros de la encrucijada edípica, los cuales contribuyen a acentuar lo excitante y a veces frustrante del misterio de los sexos.

Igualmente Money ha descrito (14) puntos importantes mediante los cuales el individuo define su sexo y su género; sin embargo, no es motivo de esta presentación. Por lo que prefiero abordar otro tema sumamente difícil y lleno de elementos sutiles, que muchas veces son los que nos explican por qué algunas parejas llegan al encuentro y establecen relaciones profundas, maduras y satisfactorias, mientras que otras fracasan en su empeño.

Para el clínico resulta indispensable comprender por lo menos algunos elementos de ese misterioso estadio que llamamos intimidad. Cuando se comparten secretos y misterios con una pareja, se aumenta y fortalece la separación del mundo social que les rodea; y tanto los secretos como los misterios de cada uno mantienen y forman nuevos vínculos y barreras protectoras en la relación de la pareja. Mediante la comunicación y transmisión de uno al otro de dichos elementos de misterio y secreto, la vida y la existencia misma encuentran una forma de redefinirse constantemente y así los retos, las ambiciones, las frustraciones, los sueños, los conflictos y las soluciones establecen un puente entre presente, pasado y futuro que es precisamente la conjugación necesaria para darle significado a la vida.

Otro de los factores importantes que contribuye a la formación y permanencia, tanto del amor como de la pasión sexual, es la maduración del superyó, ya que esto provee la capacidad para el compromiso, la lealtad y el interés por el objeto amado; además se pasa de la inmadurez de la idealización de etapas anteriores a la idealización madura actualizada.

Estas importantes funciones del superyó protegen al mismo tiempo la relación de la pareja en momentos difíciles de problemática, de estrés o de la demanda que implica el cumplir con las diferentes tareas del ciclo vital.

Hernberg cita el libro de Henry de Motherlant *Les Jeunes Filles*

(1936), donde a través de su protagonista Pierre Costals habla del deseo que une a un hombre y una mujer y con amargura describe:

Para la mujer, el amor empieza con la gratificación sexual, mientras que para el hombre, el amor termina con el sexo; las mujeres enloquecen por un hombre, el hombre está hecho para la vida y para todas las mujeres. La vanidad es la pasión dominante del hombre, mientras que la intensidad de sentimientos respecto al amor por el hombre es la mayor fuente de felicidad para una mujer. La felicidad de la mujer proviene del hombre, mientras que la del hombre proviene de sí mismo. El acto sexual se encuentra rodeado de peligros, prohibiciones, frustraciones y nauseabunda fisiología.

Me parece útil el ejemplo para discriminar entre ideologías paternalistas culturales y problemáticas más profundas de tipo narcisista que impiden llegar a la encrucijada edípica saludablemente y que obligan a la mujer a adoptar posiciones masoquistas que la atan a hombres incapaces de satisfacerlas, al igual que puede sucederle al hombre atado a una mujer incapacitada.

Todo esto resulta de gran importancia para la segunda fase del ciclo vital, el encuentro, puesto que aprender el rol de cónyuge no es de ninguna manera tarea sencilla. Requiere de cambios importantes, como el de aquellos mecanismos que hasta entonces han dado seguridad emocional e integran un sistema nuevo que incluya al nuevo compañero, para lo cual junto con el grupo de estudios de Sager (1972) revisaremos algunos puntos del “contrato matrimonial” que nos ayuden a entender lo que sucede en esta etapa y por qué tantas parejas fracasan en su intento de armonizar su relación.

Los contratos han existido desde siempre y sólo cambian un poco de acuerdo con la época y con la cultura. La parte instrumental o práctica del contrato resulta menos difícil de comunicarse y ser entendida por ambos, siendo la emocional aquella que presenta más dificultades. Debido a que el humano funciona en su mayor parte movido por motivaciones inconscientes es de entenderse que la mayor parte del tiempo uno no sepa qué desea y qué puede ofrecer a su pareja e igualmente qué desea y espera de ella. Dichos contratos funcionan como lo describimos al principio bajo ciertas normas y reglas al igual

que bajo el principio homeostático que impide que la interacción de la pareja rompa el contrato, no importa si es sano o enfermo.

El grupo de Sager ha hecho un listado de las expectativas más comunes que las parejas piensan ofrecer al matrimonio. Debido a que coinciden con nuestros hallazgos, enseguida los enumero:

1. Un compañero leal, devoto, amoroso y exclusivo.
2. Un apoyo constante contra el resto del mundo.
3. Compañía y seguro en contra de la soledad.
4. Casarse y vivir felices el resto de la vida.
5. Obtener calma y orden en el caos de la vida.
6. El matrimonio visto como un compromiso de por vida.
7. Que garantice sexo rápido y a la mano.
8. Que garantice la formación de una familia y la participación en crecimiento y desarrollo de los niños.
9. Que la relación enfatice más el aspecto familia que el de compañero.
10. Que los otros sean incluidos o excluidos según sea el caso: padres, niños, amigos, sirvientes, animales, etcétera.
11. Una casa, un refugio.
12. Una posición respetable y un status social.
13. Seguridad económica.
14. Una unidad social. Un propósito en la vida.
15. Una justificación para trabajar, acumular riqueza, poder y posición.
16. Una fachada respetable para los impulsos agresivos.

Ignorar que existe un contrato, operar bajo dos contratos totalmente diferentes o incongruentes, tener expectativas imposibles de obtener o donde la fantasía sobrepasa por mucho a la realidad, son situaciones de gran peligro para el matrimonio.

Algunas de estas necesidades irracionales y contradictorias se deben también a la ignorancia de ciertas áreas del funcionamiento humano que son diferentes entre hombres y mujeres y que desde luego

son parte fundamental del contrato matrimonial, por ejemplo, el componente erótico de la sexualidad. Francisco Alberoni (1986) estudia las características del relato erótico masculino y ve que en la pornografía se señalan una sucesión de actos sexuales, sin que haya una historia; el protagonista masculino no debe hacer nada, sólo pasea por la calle y una mujer predispuesta lo arrastra a la cama. No es necesario seducir para conseguir, ni hay necesidad de ningún preámbulo; la mujer desea al hombre aun antes de que éste piense en tomar la iniciativa. La pornografía masculina imagina a las mujeres como seres poseídos por el sexo, empujadas por un impulso irresistible a arrojarse sobre el pene masculino, es decir, tal como los hombres, en su fantasía, se comportan frente a ellas. Piensa que las mujeres están dotadas de los mismos impulsos que los hombres y les atribuye los mismos deseos y las mismas fantasías. En los hombres, en general, después del acto sexual decae el interés por la mujer. La mujer interpreta esta conducta como rechazo, como desinterés y piensa que el hombre en realidad sólo quería descargar su tensión, que el interés por ella como mujer, en su integridad, no existió tampoco antes. Porque si él la hubiese deseado de verdad como persona, hubiera seguido deseándola. El deseo de la mujer de permanecer junto al hombre después de sus orgasmos, siempre existe, porque siente la necesidad de ser deseada, de gustar de manera continuada, duradera. El alejamiento del hombre interrumpe esa continuidad. Dice Alberoni que hay una preferencia profunda de lo femenino por lo continuo y una preferencia profunda de lo masculino por lo discontinuo; y el contraste entre esto es el eje alrededor del cual gira la diferencia femenino-masculino. El hombre, cuando piensa en la conquista, tiene *in mente* la relación sexual. La mujer, la emoción erótica que haga que se la recuerde y se la desee para siempre.

Para comprender mejor lo anteriormente expuesto, pasemos a revisar brevemente dos viñetas clínicas.

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

Se trata de una pareja de clase media. Ella es una mujer delgada y de buena presencia. Tiene 32 años de edad, y éste es su tercer matrimonio, no tuvo hijos en los dos anteriores; el primero fracasó porque él era alcohólico, perdió su trabajo y no pudo sostener ni económica ni emocionalmente la relación con ella; en el segundo matrimonio, ella decidió dejar al esposo a pesar de estar profundamente enamorada de él, porque no se sintió cuidada, apreciada ni comprendida; inclusive abortó voluntariamente un embarazo de 3 meses. Finalmente hizo pareja y se casó con su actual esposo desde hace cuatro años y medio. Él tiene 42 años de edad, es fuerte, buen tipo, deportista y con algunos comportamientos que recuerdan su adolescencia. Él estuvo casado anteriormente con una mujer a la cual quiso intensamente y tuvieron tres hijos (en la actualidad son ya adolescentes dos de ellos, y la más chica tiene ocho años de edad); todos viven con esta pareja, la cual a su vez tiene dos hijos, de tres y medio y dos años.

Hace ocho meses acudieron a la consulta porque sentían que su matrimonio naufragaba y como ambos tienen experiencias previas de fracaso, se sentían atemorizados por ello.

Después de varias sesiones conjuntas e individuales de trabajo logramos visualizar lo siguiente:

En la primera fase del contrato, ambos habían logrado verbalizar y entender lo que querían y esperaban uno del otro: compañía, lealtad, seguridad económica, apoyo para lograr una familia y una posición respetable.

En la segunda fase del contrato existían deseos y necesidades, que aunque conscientes no habían sido expresados; por ejemplo, ella deseaba que él estuviese junto a ella un largo tiempo después del acto amoroso, que la abrazara con ternura y que le dijese que era y sería siempre la única mujer amada y que después la admirara honestamente por sus cualidades creativas en la música y la literatura, las cuales ella en realidad poseía.

Él a su vez deseaba fuertemente que ella se sintiese arrebatada por su potencia sexual y que con admiración le permitiese entrar y salir del

acto amoroso con entera libertad, lo cual significaba que no le obligara a abrazarla tiernamente ni a dirigirle palabras amorosas que a él tanto trabajo le costaban. Además quería que ella le permitiese el intercambio de actitudes seductoras con algunas de sus amigas, sin reclamo alguno y aún más, pensando que esto ameritaba también cierta admiración de parte de ella.

Finalmente, en la tercera fase del contrato, había otro nivel más allá de su percepción consciente que logramos aclarar: ella sentía que cumplía con su parte del contrato, puesto que le cuidaba su casa y sus hijos, lo que le producía enojo, resentimiento y protesta, puesto que esa casa donde vivían, él la había planeado con su anterior mujer, y esos hijos adolescentes que tanto interferían, privándole a ella del tiempo que desearía pasar solamente con él, eran también de la otra. Dicha situación producía en ella constantes crisis de rabietas, demandas, quejas, lágrimas, súplicas, depresiones y prohibiciones que él sentía lo limitaban mucho y le empezaban a hacer la vida imposible. Sin embargo, ella estaba segura de que cumplía con su parte del contrato y de que él no lo estaba haciendo.

Él por su parte también estaba convencido de estar cumpliendo con el contrato, puesto que le daba a ella seguridad, status social, sexo, casa y comida y no sentía que ella correspondía en lo que eran sus verdaderas e inconscientes necesidades, ser admirado, como un chico quisiera ser admirado por su madre quien se siente orgullosa de que sea fuerte, guapo, atractivo y conquistador con las mujeres. Él sentía, por el contrario, que todas estas cualidades no eran aprobadas ni reconocidas por ella.

Cuando pudimos hacer consciente esta tercera fase fue posible reorientarlos en:

1. Área de identidad: para que mutuamente se ofreciesen un anclaje emocional que sustituyera al de los anteriores compañeros y con ello la sensación de fracaso que había dejado en sus vidas, y se trabajaron los problemas edípicos que dificultaban la relación con los hijos.

2. En el área de la sexualidad se buscó la armonía entre las necesidades femeninas y masculinas de ambos, lográndose que fueran capaces de darse mutuamente placer, sin el resentimiento que produce el pensar que el otro no está cumpliendo su parte del contrato.
3. En el área de la economía, lograron entender que una pareja es una unidad y como tal, todo estaba bajo el cuidado y la responsabilidad de ambos por igual.
4. En el área de fortalecimiento del Yo. Se logró que comprendieran que para aprender el papel de esposa y esposo era necesario una cierta libertad para expresar su propia personalidad sin que esto fuera sentido como una agresión. Además, están trabajando juntos para no utilizar a los hijos como vehículos de su conflictiva.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Hace diez años inicié el tratamiento de una pareja, donde él, un joven bien parecido, hombre de negocios de 28 años de edad, aceptó venir a sesiones matrimoniales a instancias de ella, una mujer joven y hermosa de más o menos 24 años de edad que se sentía infeliz y desgraciada, al ver que su matrimonio de tres años no le ofrecía las satisfacciones y felicidad que ella había imaginado y deseado.

El caso es que ella lo acusaba a él de ser frío, distante, poco cariñoso y centrado en sus negocios y ocupaciones la mayor parte del tiempo.

Él sentía que las cosas no andaban tan mal y que si no fuera por algunos exabruptos de su mujer, los cuales tendían a volverse más frecuentes, no habría en realidad ninguna razón para preocuparse. A decir verdad si asistía a las sesiones era solamente para darle gusto a ella con objeto de que no flotara en el ambiente el que él no había hecho todo lo posible por que marcharan bien las cosas.

Existía en esta pareja congruencia y acoplamiento en lo que se

refería al *primer nivel*, puesto que ambos provenían de familias donde la cultura, la educación y los medios económicos encontraban varios puntos en común.

Ambos aceptaban abiertamente que tenían los mismos derechos y obligaciones, el uno para con el otro. Los dos estaban de acuerdo en que él sería el encargado de ver por la economía para que ella recibiese seguridad y protección, dando a cambio de ello los mejores cuidados para sus tres hijos y el hogar en general.

Él pedía que ella lo apoyara y ayudara a sentirse importante, ya que una de sus grandes necesidades era sentir que ocupaba un lugar y un puesto de primera.

Ella solicitaba cariño, amor y comprensión, ya que pensaba que a través de ello lograría alcanzar sus más caros anhelos.

Se trabajó un buen tiempo con los dos, tratando de encontrar cuáles serían las partes del contrato que no se habían realizado y comunicado, o bien estaban fuera de su capacidad para verlas conscientemente.

En este caso sucedió algo que con frecuencia se presenta en algunas parejas: después de algunas sesiones, los dos, de común acuerdo, pidieron una suspensión del tratamiento, argumentando que ya habían logrado comprender la situación. Entraron entonces realmente en una ligera *folie a deux* donde nuevamente idealizaron su relación, tal como sucede en el noviazgo, y se retiraron del tratamiento por un periodo de dos años. Al cabo de este lapso regresaron; otra vez ella se sentía infeliz y él había empezado a presentar dolores de cabeza frecuentes y una úlcera duodenal. Aparecieron problemas y fricciones que se convirtieron en verdaderas peleas campales donde se utilizaba cualquier tipo de lenguaje insultante; habían llegado a arrojarse objetos a la cabeza y hasta se habían golpeado.

Esta vez, sin embargo, venían convencidos de que algo grave les impedía progresar en su matrimonio, condición que los motivó para entender y verbalizar clara y concisamente a través del tratamiento algunas de las pautas del segundo nivel que habían quedado escondidas o reprimidas por temor, vergüenza u orgullo.

Se logró que él expresara su temor de perder una cierta superioridad sobre ella, alimentada de su éxito en los negocios, así como también el poder hablar de la envidia e inseguridad que le producía saber que ella era hermosa y sumamente exitosa en sociedad. Tenía, además, muchas amigas y había logrado una buena comunicación con sus hijos: cosas todas que a él se le dificultaban.

Él estaba dispuesto a compartir con ella su dinero, a regalarle cosas, a llevarla de viaje, etc., esperando que con ello fuese feliz y sintiendo a la vez que él cumplía bien con su parte del contrato. Por lo tanto, pudimos entender que estaba sumamente resentido, pensando que ella (sobre todo a últimas fechas) no cumplía con la parte que él esperaba recibir de ella: no cumplía con alabarlo y hacerlo sentir seguro e importante.

Ella, a su vez, logró expresar su buena disposición para dar ternura y ser cariñosa. Sin embargo, hizo ver claramente que también existía un fuerte resentimiento y un enojo: pues, al igual que él, pensaba que habiendo cumplido con su parte del contrato, las cosas que él le ofrecía, como viajes y regalos, no eran suficientes para hacerla feliz y no daban esa seguridad emocional que carecía. Pudo expresar además que había dejado pasar varios años en espera de ver un cambio, que él desistiera de su forma fría y despegada de tratarla, con el pensamiento oculto de que de no ser así tal vez pronto lo abandonaría.

Trabajamos un buen tiempo sobre estas pautas, y aun cuando en un principio se observó alguna mejoría, las peleas, sin embargo, no cesaban, sino que tendían a volverse más ásperas y violentas. De tal suerte que llegó el momento en que ella buscó en un amigo ese calor y esa ternura que no brotaba de él, convirtiéndose el asunto en una especie de aventura amorosa de tales consecuencias, que él tuvo que abandonar su hogar por una temporada. Él, por su parte, también se encontraba alterado, aun cuando sus síntomas se manifestaban más a un nivel somático: úlcera, colitis, hipertensión y manchas en la piel.

Transcurrieron así algunos meses más de tratamiento, durante los cuales hubo ocasiones en que el matrimonio estuvo a punto de morir.

En las mentes de ambos se había sembrado ya la semilla de la destrucción.

Al no encontrarse forma alguna de llegar hasta aquellos profundos niveles que sin duda eran los responsables de tan seria problemática, fue necesario indicar tratamiento psicoanalítico individual para cada uno, además de sus sesiones de pareja, situación que, aunque ya había sido propuesta anteriormente, no fue aceptada sino hasta este momento crucial.

Pasó el tiempo y después de celebrar juntas clínicas con sus analistas y tras el trabajo continuado de pareja, logramos finalmente aclarar y comunicar los siguientes conceptos:

De niño, él había desarrollado un fuerte sentimiento de obligación y de dependencia emocional hacia sus padres, especialmente hacia su papá, quien valiéndose de mecanismos de sobreprotección, lo había controlado desde pequeño en sus juegos, en sus decisiones, en sus intentos de ser él, de ser más libre y, finalmente, en su trabajo. Aunque los dos trabajaban en cosas diferentes, el padre aún seguía ejerciendo un fuerte control. Todo esto, como consecuencia, había dejado un hueco en su vida, un área seca que le impedía alcanzar una verdadera individuación, un sentido de ser y una valoración de sí mismo.

Por tal motivo, durante sus últimos años se había devanado los sesos buscando la manera de encontrar eso que le faltaba. Pensaba que siendo fuerte, poderoso e importante obtendría la respuesta y pensaba también que haciendo con su esposa lo mismo que su padre había hecho con él, tal vez lograría llenar ese vacío y ser libre. Por lo tanto, era constante el enojo y la frustración con ella al advertir que no lograba sus deseos y propósitos. Ella no le daba lo que necesitaba y esperaba con tanto fervor: sentía rabia y enojo y al mismo tiempo miedo de perderla y con ello perder para siempre la oportunidad de obtener lo que le faltaba para sentirse completo, libre y feliz. Había aparecido en él inconscientemente la necesidad de controlar a su esposa y de limitarla, por consiguiente, en su individualidad y autonomía. La trataba como si fuese una parte de él mismo. La proveía en los aspectos materiales y casi nunca la abandonaba. Sin embargo,

se había cerrado y estrechado un círculo que a ambos los estaba asfixiando.

Ella por su parte había temido ejercitar su libertad y autonomía. El aspecto sexual le preocupaba y sentía el temor de que si daba completa expresión a sus pulsiones y necesidades, tal vez acabaría por abandonarlo buscando otros hombres. Se sentía débil e indefensa puesto que de niña no había contado con una figura paterna constante, fuerte y cariñosa. Su madre había sido una mujer débil y también abandonada emocionalmente por su esposo. Percibía las limitaciones de su cónyuge como los mismos rechazos y abandonos que sufrió de su padre y se sentía limitada y controlada por él, al igual que lo había sido por su propia madre. Debido a esto, había ido larvando un gran resentimiento y fácilmente entraba en estados depresivos que la aislaban emocionalmente, incapacitándola para ofrecer a su esposo sexo y ternura.

Además pensaba que ella había sacrificado su libertad sexual con objeto de no abandonarlo y que aún así, no se estaban cumpliendo las pautas del contrato esperado.

Ambos estaban confundidos y frustrados; se sentían engañados en las expectativas más profundas de los aspectos intercambiables del contrato matrimonial. Lo que es peor: estaban decepcionados porque no entendían cómo a pesar de ser inteligentes y capaces de estar fuertemente motivados y deseosos de mejorar su relación y de estar totalmente dispuestos a arriesgarse en una confrontación frontal, su relación no mejoraba en forma ostensible y duradera como ambos lo deseaban.

Podemos ver desde el punto de vista clínico, cómo él a pesar de estar seguro que ofrecía protección, comodidad y constancia, no obtenía en cambio su parte de valoración e importancia. Y cómo ella a pesar de su fidelidad y sacrificio no obtenía más que limitaciones y control.

Finalmente podemos decir que hasta que el *tercer nivel*, fue comprensible para ambos, se pudo empezar a trabajar en el establecimiento y renegociación de contratos emocionales más

realistas y viables. A decir verdad, la sola comunicación de dichos aspectos inconscientes de la relación les ayudó mucho a sentir confianza nuevamente en su matrimonio. Pudieron empezar a aceptar que las partes positivas de cada uno las podían compartir complementando así sus necesidades. Lograron detectar las partes negativas y peligrosas y comprender que no las habían ejercitado voluntariamente contra el compañero con afán de destruirlo. Comprendieron que desde chicos habían adquirido estos problemas con sus padres.

Hay un beneficio importante que no debemos olvidar: tan pronto se inició la terapia, los hijos quedaron fuera del conflicto paterno; estaban protegidos y no intervinieron en forma reactiva para agravar las situaciones, como ocurre con frecuencia cuando no se da tratamiento oportuna y efectivamente.

El esposo ha comprendido lo irracional de sus expectativas y está trabajando intensamente en sus problemas como algo que le pertenece, sin cargarlo injustamente a su pareja, sin atribuir la culpa al matrimonio. Se ha llegado a sentir menos dependiente de ella y menos enojado; no tiene ya por lo tanto la necesidad de limitarla en la expresión más completa de su personalidad.

Ella por su parte se ha percatado de su propia rabia y enojo, de sus necesidades de protección irracionales y de cómo todo esto no le había permitido producir su ternura hacia él; también empieza a despreocuparse por la expresión más espontánea de su sexualidad a sabiendas de que no necesariamente esto significa que un día va a abandonar a su esposo y su hogar, empujada por sus impulsos.

Por lo general, desde un enfoque clínico, cuando se trabajan estos puntos acertadamente, producen una mejoría de inmediato y hacen el tratamiento viable.

No obstante, debemos tener en mente que algunas otras veces, el desnudar los términos que han servido de base para el "contrato" puede dar como resultado la aparición de serias desilusiones e incompatibilidades que terminan por disolverlo.

Por ejemplo:

El llegar a percatarse en un matrimonio de que no importa cuánto se ofrezca nunca se obtendrá nada a cambio, o bien, el que la relación sólo pueda continuar con base en la limitación severa o a la destrucción de uno de ellos.

En estos casos, la disolución de una relación imposible tendría que ser vista sin fatalismos, sino más bien como la posibilidad de interrumpir algo que a la larga podría dañar a varios miembros de una familia.

Tercera fase: los hijos

Es un hecho que la más imprescindible y elemental de todas las relaciones es aquella entre hombre, mujer y niño. No puede existir ninguna filosofía de la vida (Lin Yutang, 1938) que pueda llamarse adecuada o que siquiera pueda ser llamada filosofía, que no maneje esta relación esencial. Si una relación profunda entre hombre y mujer no termina en niños, es incompleta.

La verdad de las cosas es que actualmente la decisión de tener hijos se ha ido separando cada vez más de la decisión de casarse, al igual que el sexo no requiere ya de una institución como el matrimonio para ser llevado a cabo en santa paz.

El problema es muy complejo e incluye varios aspectos entre los cuales el económico tiene el papel número uno, después tenemos el religioso, el ético, el social, el político y el cultural.

De cualquier forma la incógnita se encuentra a nivel de cuestionarse si el tener un hijo va a influir o no en la cadena secuencial que un individuo lleva en su ciclo vital, tanto familiar como personal.

Hay quienes sostienen el punto de vista de que no es necesaria la descendencia para completarse biológica y psíquicamente. Otros toman el polo opuesto y afirman que si la ausencia de hijos se debe a un problema físico, entonces el cuerpo está mal; que si se debe al alto costo de la vida, el alto costo de la vida está mal y equivocado; que si

se debe a la exigencia cada vez más grande del matrimonio en sus demandas económicas y emocionales, entonces dichas demandas están mal; que si se debe a una cierta filosofía del individualismo, entonces dicha filosofía está equivocada y que si la ausencia de hijos se debe a la conformación del sistema social por completo, entonces éste está mal.

El problema, como vemos, es muy complejo y delicado, lo cual indica cuan importante es la etapa de los hijos dentro de un sistema familiar que empieza, y todas las vicisitudes que esto acarrea.

Para empezar vemos que la llegada de un niño requiere de espacio físico y emocional. Esto plantea la necesidad de reestructurar el contrato matrimonial y las reglas que hasta ese entonces han venido rigiendo a este matrimonio. Vayamos a nuestras áreas:

Área de identidad

Es necesario que la pareja adquiera un nuevo anclaje de relación emocional con el niño, y que aparezca la capacidad de ayudar al compañero para que lo haga.

Se requerirá del apoyo mutuo para no perder el anclaje emocional entre ambos a pesar de la aparición de un nuevo miembro. De no ser así la tendencia a la regresión es muy frecuente; por ejemplo, cuando uno de los cónyuges de nuevo busca los anclajes previos con los padres.

Deberá contarse con la seguridad de que existan consideración y cuidados, en especial para la nueva madre y su bebé. Así como la posibilidad abierta para que las áreas de interés común que conciernen a la crianza y educación del niño, se vayan ampliando.

Área de sexualidad

Es necesario en este punto afirmar la importante experiencia de

realizarse a través de la reproducción. Obviamente que con el embarazo y las primeras semanas de lactancia se alterarán las relaciones sexuales, se echarán a andar nuevas funciones como las del amamantamiento o la simbiótica con el nuevo habitante y en gran escala se excluirá el sexo parental (de los cónyuges).

Un poco más adelante la situación planteará un problema de la mayor importancia: ¿A cuántos niños podremos educar?

La educación sexual y la planificación familiar juegan aquí un papel primordial.

La capacidad maternal no es inagotable; existen mujeres que tienen el equipo y la energía para ser madres de dos o de tres o de un solo niño, y hay mujeres que simplemente no poseen esa energía para ser madres.

Igualmente el ser padre representa un punto conflictivo, fenómeno muy poco estudiado y por lo tanto poco comprendido. Lo que es peor: se le confunde generalmente con un aspecto de identificación masculina personal, que nada tiene que ver con las posibilidades y cualidades emocionales que se necesitan para ejercer la función de padre, que se extiende no sólo al cuidado del niño, sino de la madre. Sabemos que ésta, desde el momento mismo de su embarazo, comienza espontáneamente a formar un nido emocional para su niño, por lo cual gradualmente se va sustrayendo del intenso mundo exterior y forma internamente imágenes, pensamientos, deseos y planes para el futuro desarrollo de su hijo. Cuando esto sucede queda en cierta forma desactivado su aparato defensivo que la adapta al medio ambiente. En consecuencia, requiere de alguien que la apoye, la ayude y en cierta forma la proteja, con objeto de que dicho nido emocional continúe progresando hasta el nacimiento y aún varios meses después.

Por eso es que la función del padre es de suma importancia en esos momentos, ya que, podría decirse, debe cumplir con ciertas funciones maternas para su propia esposa, antes de que tenga que actuar directamente con su hijo.

Resulta muy importante también considerar los aspectos físicos y

emocionales para saber a cuántas personas puede alojar ese “sistema familiar”; cuántos realmente van a caber en esa familia determinada.

El no tomar esto en cuenta sería ir a ciegas tratando inocentemente de ver si las piezas van a acomodarse por sí mismas, ver si logran adaptarse simplemente porque sí y formar lo que se imagina uno que debe ser la familia ideal, guiada y gobernada por el gran arquitecto del universo, según sea su santa voluntad. Estos pensamientos y creencias suelen resultar muy caros y peligrosos algunas veces.

En ocasiones tener un niño favorece la intimidad de la pareja, estimulando la diferenciación y elaboración de diversas facetas de la personalidad de cada uno. Puede producir y realizar además un sentimiento de continuidad; convertirse en la energía que mueve al humano a través del tiempo. El niño, en última instancia, puede hacernos pertenecer a los ancestros y unirnos a las generaciones futuras.

Además el niño facilita que penetre al sistema familiar el impacto social y cultural del ambiente a través de la escuela, de los amigos del niño, de las otras familias y de los otros grupos.

La madre, mucho más unida a su papel por la biología, se adapta más pronto a sus funciones, aun cuando hay que tener en cuenta que existe una imagen idealizada de madre que puede rigidizarse y empobrecer su espontaneidad en un momento dado, si no se reconoce tal problemática.

El padre establece el vínculo con el mundo externo, con la sociedad y sus constantes cambios. En principio es quien da el sentido y la pauta del “otro”, sirve de conexión con el mundo social y con los otros seres. También aquí existe un patrón idealizado de lo que debe ser un padre en nuestro medio. Es necesario identificarlo para no caer en él y obtener así la flexibilidad suficiente para lograr una movilización tal que permita intercambiar roles con la esposa cuando esto sea necesario. Es decir, así como ella actúa como madre del niño, el padre puede actuar como madre de su esposa; al final de cuentas, todos en un tiempo o en otro necesitamos de cuidados maternos. El padre puede y

debe desarrollar lo que se acepta como conducta maternal, sin temor al concepto.

No obstante, es muy frecuente que otras gentes y familias se acerquen a compartir con el grupo familiar a través de los niños; situación que representa un reto y una fuerte demanda de tipo social, que requiere de una gran movilización emocional y de una buena capacidad de adaptación si es que la familia va a continuar su crecimiento saludable.

El concepto de “anclaje emocional” resulta muy útil, puesto que en este paso del ciclo vital nos muestra cómo puede desplazarse de la pareja madre-bebé a cualquier otra situación que cumpla con las condiciones necesarias. Por ejemplo, se puede volver a buscar este anclaje emocional en los propios padres, en los amigos o en pasados amoríos. Éste es precisamente uno de los momentos del ciclo vital que da pie para que se presente la primera aventura extramatrimonial, puesto que ahora tanto los negocios como los deportes, los eventos sociales y las aventuras pueden convertirse en nuevos “anclajes”.

Área de la economía

Se sabe que actualmente un alto porcentaje de las separaciones y divorcios se debe a factores económicos.

Resulta cada vez más difícil acomodarse a las demandas que la sociedad impone a una familia: casa, vestido, transporte, educación, amistades, recreaciones y diferentes eventos resultan ser como jinetes del Apocalipsis que exterminan a los jóvenes esposos, especialmente en el momento de tener hijos. Educarlos y formar alguna especie de pequeño patrimonio no resulta tarea fácil y muchas veces es más sencillo vivir cada quien su vida. Las estadísticas muestran que la presión económica produce trastornos tan serios que las fricciones, peleas y agresiones destructivas no se hacen esperar; se rompe el matrimonio y muchas veces se acaba la esperanza de formar una nueva familia.

Resulta de gran importancia clínica identificar adecuadamente el área económica afectada para poder definir cuáles son las labores tanto del trabajo como del hogar y ayudarle a cada quien a cumplir con lo suyo, y no confundir la problemática real con falta de cariño, desinterés o con la pérdida del deseo y el propósito de formar una familia.

Esto es necesario para no culpar a los hijos consciente o inconscientemente por los fracasos de los padres, y para seguir adelante sin temor al rechazo o a la devaloración de uno mismo.

Área de fortalecimiento del yo

Es creencia popular que el papel de padre o madre se da simplemente porque sí, porque allí enfrente aparece un bebé. Tal vez esto resulte cierto en los animales pero el hombre, precisamente por su cualidad de tal, tiene que pagar un cierto precio por ello pues no posee la espontaneidad de la respuesta instintiva del animal. En su lugar, debe aprender una gran variedad de comportamientos.

Por eso, es necesario la mayor parte de las veces aprender el rol de madre al igual que el de padre y para esto es indispensable la ayuda y el apoyo del compañero, al grado de que inclusive sea posible intercambiar roles cuando esto sea preciso.

Convendrá que cada quien pueda mantener la capacidad de expresar su individualidad y su identidad, protegiéndose mutuamente de no caer en el problema de utilizar al niño como un medio para gratificar las propias fantasías infantiles de paternidad ni como un complemento patológico de la propia identidad.

Será conveniente además continuar reforzando las defensas sociales adaptativas, o sea, el manejo adecuado del medio ambiente para evitar ser diluido a través de su acción demandante.

Para ilustrar el impacto que desde el embarazo mismo hasta la aparición del nuevo ser se produce en el “sistema pareja”, describiré el caso de dos jóvenes esposos: él de 24 años y ella de 18. Ambos acudieron a buscar ayuda profesional después de un año y medio de casados, cuando prácticamente acababa de nacer su primer hijo.

Los síntomas aparecieron en forma de un estado depresivo que se inició en el esposo casi tan pronto como se enteró de que su esposa estaba embarazada, a pesar de que hacía poco acababa de expresar sus deseos de convertirse en un padre feliz y orgulloso. Conforme avanzó el embarazo y cuando se presentó el parto, se hizo más fuerte y aparente un sentimiento de soledad en el esposo, en contraposición con el gran entusiasmo que mostraba su esposa por el recién nacido. A tal grado llegó la intensidad con que ella acogió a su hijo, que él, sintiéndose solo y abandonado, tuvo el deseo intenso de regresar a casa de sus padres, cosa inaceptable para sus sentimientos de orgullo y valentía.

Decidió por ello buscar otro tipo de consuelo y acudió a su novia anterior para restablecer con ella un “anclaje emocional” que pensaba había perdido con la llegada de su hijo.

Ella, por su parte, estableció fuertemente un “anclaje simbiótico” con el niño dejando prácticamente fuera de lugar al esposo. Dicho anclaje simbiotizante en ella se había establecido primero con su madre, después con sus amigas y finalmente con sus novios anteriores. Tenía la sensación de seguridad y felicidad al pensar que la actual relación con su hijo sería algo perdurable, que nadie podría entorpecer y —sobre todo— que siempre podría controlar. (Tener control sobre el otro es un elemento muy importante en la simbiosis.)

El resultado inevitable de esta situación no se hizo esperar mucho y fueron las peleas, las demandas agresivas y la desesperación que apareció en ambos, lo que les hizo percatarse de que ni la novia anterior ni el bebé satisfacían las necesidades reales y las expectativas que ambos habían decidido buscar y encontrar en el matrimonio y en la formación de una nueva familia.

Esta joven pareja, abrumada por sus problemas, había decidido que

era el matrimonio realmente lo que no servía; llegaron a pensar que toda la idea de llegar a casarse había sido sólo una ilusión, una idea romántica basada en espejismos e ideas falsas y anticuadas. Además de que estaban fallando todas las áreas: el sexo, la economía y los intentos de encontrar y formar una nueva identidad.

La estrategia del tratamiento se basó en tres puntos esenciales, que se trabajaron en un buen número de sesiones.

1. Fue necesario encontrarle lugar y espacio tanto físico como emocional “al nuevo huésped” (de hecho, debido a la problemática tan seria, no habían ni siquiera pensado en el espacio físico, su cuarto, su cuna y sus cosas).

2. Se trabajó para orientarlos a encontrar un anclaje emocional mutuo con el hijo, sin que por esto perdiesen el de la pareja. Se evitó al mismo tiempo la búsqueda de anclajes previos o fuera del matrimonio.

3. Se buscó cómo desarrollar la capacidad del apoyo mutuo para aprender los nuevos roles de padre y madre, que implicaban por parte de ambos cierta separación entre sí y soledades momentáneas. Éstas podrían ser bien toleradas al llevar en mente la imagen de dar vida a un nuevo ser que iba a contribuir a que definieran mejor sus propias identidades y al mismo tiempo ofrecerles la oportunidad de perpetuarse y trascender en él a través de su amor y sus enseñanzas.

Finalmente hacerles comprender que no era la “institución matrimonio” el motivo de las fallas, sino los falsos conceptos que de ella tenían, más su problemática personal, lo que les impedía ver las ventajas de formar su nueva familia; lograron reconciliarse, amar a su hijo y proseguir su ciclo vital.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Relato este segundo ejemplo para subrayar cómo los hijos pueden ser utilizados en diferentes formas para cubrir algunas fallas emocionales de los padres, deteniendo así el progreso del ciclo vital en esta fase.

Cuando esta familia acudió a la consulta, la madre tenía 32 años de

edad y estaba embarazada de su séptimo hijo, el cual deseaban abortar.

El esposo, un exitoso arquitecto de 37 años de edad, había estado en contra de los embarazos desde que nació el tercer niño.

Llevaban ya cerca de 15 años de matrimonio, de los cuales los dos primeros habían sido buenos puesto que lograron establecer entre ambos un intenso anclaje emocional de tipo simbiotizante; igual al que ella había estado sujeta con su propia madre y al que él, mientras no hubo embarazo, fue capaz de responder positivamente a cambio de recibir por parte de ella grandes y meticulosos cuidados.

Los problemas se empezaron a presentar a partir de que apareció el primer niño, que en gran parte vino a desplazar al arquitecto de los grandes cuidados que su esposa le prodigaba; lo atendía, lo cuidaba y lo protegía como si fuera un niño. Al nacer el hijo, ella estableció de inmediato una relación simbiotizante con éste y el padre se sintió abandonado en el vacío y un tanto cuanto inútil en sus funciones hogareñas, solitario y como un verdadero estorbo.

Primero huyó hacia su trabajo en busca de anclaje emocional y refugio; después descubrió el alcohol como un mitigante temporal y finalmente buscó algunas aventuras amorosas que pronto perdieron su efecto anestésico.

Al continuar el crecimiento del hijo y sus demandas ya no resultó fácil para ella manejarlo a su gusto, como una "cosa" productora de placer, así que nuevamente buscó a su esposo. Al encontrarlo frío, distante y resentido, pronto se embarazó nuevamente y así consiguió continuar adelante con sus necesidades simbiotizantes.

Se repitió el mismo sistema varias veces, hasta que al cabo de seis niños, un nuevo embarazo y un esposo lejano y deprimido, la pareja decidió acudir a la consulta a punto ya de una ruptura familiar definitiva.

En esta ocasión la estrategia que se siguió en el tratamiento se basó en tres puntos esenciales.

Se trataba de un problema serio, crónico y ya muy deteriorado a estas alturas, que amenazaba seriamente con disolver las ligas

emocionales que hasta entonces habían logrado sostener al “sistema familiar”.

1. El primer punto fue rescatar al padre de su trabajo, donde se había refugiado. Afortunadamente no había progresado su uso del alcohol ni se encontraba emocionalmente comprometido con otras mujeres.

Se le dirigió en la búsqueda de un anclaje dentro de su propia familia ayudándole a que la percibiera en forma total, como una unidad, para después acercarlo progresivamente hacia las funciones de la pareja, inclusive las sexuales, que estaban muy deterioradas. Este hombre había olvidado, o tal vez nunca había aprendido a cultivar la sana ventaja y el provecho que da el rol de padre y no digamos ya el de esposo. Fue necesario mostrarle el camino escalón por escalón.

2. Como segundo punto, además del tratamiento familiar, ella fue enviada a un tratamiento individual para trabajar intensamente en las áreas deprivadas que le habían producido la incapacidad para desprenderse de sus hijos. De este modo lograría aceptar su individuación y ya en una forma madura establecer un “anclaje emocional” sano con su esposo primero y después con cada uno de sus hijos. Ella también había tenido una madre simbiotizante y por lo tanto rechazante a quien había tenido que compartir con siete hermanos.
3. El tercero y último paso consistió en motivar a la madre y soltar y a individuar a sus hijos permitiéndoles su independencia. Se le ayudó a que no acudiera a ellos como fuente de gratificación narcisista, así como a tolerar la ansiedad que le producía dejarlos ser libres sin que esto significara para ellos un abandono.

Se le apoyó continuamente en madurar su capacidad diferenciadora, para que lograra aceptar a su esposo como a un ser en sí mismo con necesidades propias, en quien podía confiar plenamente para establecer ese vínculo emocional tan necesario que en ella siempre

había sido motivo de conflictos serios, de múltiples abandonos y una fuente constante de inseguridad.

Al final aceptaron tener al nuevo niño y la familia continúa aún trabajando intensamente en mejorar sus funciones.

Su ciclo sigue caminando. El sistema está vivo.

TERCERA VIÑETA CLÍNICA

Hace tres años aproximadamente atendía a una joven pareja que acudió a consulta por sentir que su vida matrimonial no tenía sentido, puesto que no podían tener hijos, debido a un problema complejo de infertilidad que habían tratado de superar mediante consultas, análisis e intervenciones quirúrgicas en diferentes lugares del mundo. Habían desarrollado una relación basada en ataques mutuos y reproches que intentaban culpar al otro por no tener el hijo deseado, pensando que esto era el corazón del problema. Después de mucho pelear decidieron adoptar un bebé con la esperanza de que esto terminaría con la infelicidad y la agresión entre ambos. Trajeron un varoncito y efectivamente los apaciguó durante algunos meses; luego que pasó la idealización del momento volvieron las peleas y los reclamos, sólo que en esta ocasión ella se dedicó intensamente a sus clases de cerámica y a visitar a sus familiares y él renovó una intensa relación con su madre viuda, a la cual había descuidado desde que se casó. En realidad ninguno de los dos había logrado independizarse de sus familias paternas, y cada quien buscaba en el otro la renovación de vínculos familiares tempranos que les ofrecieran lo que sus padres no fueron capaces de darles. Ella había sido rechazada por su madre quien siempre prefirió a su hermana mayor, y él había perdido a su padre a muy temprana edad. La venida del niño los obligó a tomar responsabilidades y a efectuar cambios a los que no estaban preparados por lo que optaron por regresar a sus anclajes previos, refugiándose en sus familias de origen.

La terapia los ayudó a enfrentar estas limitaciones haciéndoles

conscientes de su nuevo rol y de lo importante que era hacerle un espacio físico y emocional al recién llegado, sin perder el anclaje emocional entre ambos, desechando el deseo de regresar a ser hijos nuevamente en lugar de aceptar su papel de padres. En el área del sexo se les apoyó en la importante experiencia de realizarse a través de formar una familia. Cabe mencionar aquí que el formar una familia debe incluir la conciencia plena de que la capacidad maternal no es inagotable, que la mujer no está hecha para tener hijos indiscriminadamente, sino que hay una cierta dotación para un cierto número de niños que raramente pueden pasar de tres a cuatro y que inclusive hay mujeres que no poseen energía suficiente para ser madres. Me refiero a ser madres verdaderas, capaces de educar adecuadamente a un ser humano. Independientemente de que existan aquellas mujeres que están dotadas por la naturaleza para ser madres profesionales de seis o siete o más niños en forma completa y satisfactoria. Igualmente la responsabilidad y capacidades de un padre deberán ser tomadas en cuenta, puesto que se requiere de una dotación y cualidades emocionales que logren no solamente sacar adelante a un niño, a un joven o a un adolescente, sino también capacidad de cuidar a la madre, en los momentos en que ésta se desprende un tanto del medio ambiente para volverse hacia sí misma para encontrar a su hijo y así formarle un “nido emocional”. El padre deberá estar consciente de su capacidad de apoyo, ayuda y protección, así como de sus posibilidades para intercambiar papeles con su esposa y en ocasiones ser capaz de adoptar actitudes maternas para con sus hijos o para con su esposa.

En ocasiones tener un niño favorece la intimidad de la pareja, estimulando la diferenciación y elaboración de diversas facetas de la personalidad de cada uno. Puede producir y realizar además un sentimiento de continuidad; convertirse en la energía que mueve al humano a través del tiempo. El niño, en última instancia, puede hacernos pertenecer a los ancestros y unirnos a las generaciones futuras.

Es necesario mencionar que el área económica es de gran

importancia en la fase de los hijos; se sabe que actualmente un alto porcentaje de separaciones y divorciados se debe a factores económicos. Resulta cada vez más difícil acomodarse a las demandas que la sociedad impone a una familia: casa, vestido, transporte, educación, amistades, recreaciones, impuestos, etc., son capaces de aniquilar a los jóvenes esposos, especialmente en el momento de tener hijos. Es de gran importancia poder identificar cuáles son las labores y cuáles los terrenos que a cada uno de los cónyuges corresponde para apoyarlos a cumplir con ello, sin dejar que esto trascienda el área práctica de lo económico e invada terrenos emocionales, como lo es el pensar que si alguien falla en su cometido es por desamor o desinterés en el otro. Ayuda también a excluir a los niños del problema.

Finalmente, en el área de fortalecimiento del yo, convendrá que cada quien pueda mantener la capacidad de expresar su individualidad y su identidad, protegiéndose mutuamente de no caer en el problema de utilizar al niño como medio para gratificar las propias fantasías infantiles de paternidad ni como un complemento patológico de la propia identidad.

Será conveniente además continuar reforzando las defensas sociales adaptativas, o sea, el manejo adecuado del medio ambiente para evitar ser diluido a través de su acción demandante.

Cuarta fase: la adolescencia

A pesar de que en materia de adolescentes es muy difícil asegurar algo, no creo estar muy lejos de la verdad si afirmo que de todos los eventos que en forma natural afectan a la familia, el advenimiento de la adolescencia es tal vez el que más pone a prueba la flexibilidad del sistema.

En esta encrucijada se combinan varios factores:

- a) En esta edad se presentan con mayor frecuencia los problemas emocionales serios.
- b) Los padres, aun cuando muchas veces ya se encuentran en la madurez, muy a su pesar se ven obligados nuevamente a revivir su propia adolescencia.
- c) La edad de los abuelos por lo general es crítica; se acercan a no poder mantenerse por sí mismos, y la soledad y la muerte se avecinan; esto es motivo de otra preocupación.

Para que el sistema familia logre manejar adecuadamente esta etapa y pase a la siguiente, es necesario tomar en cuenta varios factores; nuevamente es de mucha importancia que el adolescente logre madurez en su desarrollo y que sus padres igualmente lo logren para que se pueda llegar al momento del desprendimiento y los jóvenes puedan separarse y formar nuevas parejas. Erikson (1956) y Kernberg

(1971) dicen que un prerrequisito general para que el adolescente normal se enamore es el logro de la identidad del yo, que refleja la capacidad de relaciones de objetos completas. Erikson describe la adquisición de la intimidad en la primera etapa de adultez, y hace hincapié en que esto depende de que se haya adquirido un sentido de identidad en la adolescencia. Lo cual incluye el desarrollo de la ternura, gratificación genital completa y profundidad o encuentro consigo mismo. Esto sucede cuando se reestructura la organización primitiva del Yo, en la cual los procesos de escisión son preponderantes. El adolescente normal presenta crisis de identidad, pero no difusión de identidad. Las crisis obedecen a que el sentimiento interno de identidad, de pronto y con los cambios físicos del adolescente, no corresponde a la confirmación del medio ambiente, que ya lo empieza a tratar como joven adulto. En cambio, la difusión de identidad habla de síndromes psicopatológicos severos que se caracterizan por estados disociativos. Las siguientes características ayudan a diferenciar lo anterior:

1. La capacidad de sentir culpa y preocupación y el deseo genuino de reparar el comportamiento agresivo, el cual se reconoce después de una crisis.
2. La capacidad de establecer relaciones duraderas, no abusivas, con los amigos, los maestros y otros adultos, así como tener una percepción profunda de lo que son los otros.
3. Expandir y profundizar constantemente en una serie de valores y conceptos, ya sea que vayan o no de acuerdo con la cultura del entorno.

La falta de ello estará hablando de una difusión de identidad. Si el adolescente es normal, sus relaciones amorosas personales le producirán un sentimiento de trascendencia, adquirirá nuevas percepciones y conciencia de sí mismo, de su cultura y del entorno.

Isaías López, en su libro *La encrucijada de la adolescencia*, dice que la relación total de pareja se realiza en adultos jóvenes cuyas

relaciones objetales alcanzaron una diferenciación propicia a través del prolongado e intrincado desarrollo, que tiene lugar durante el proceso adolescente. También la relación de pareja implica un ordenamiento de todas las motivaciones emocionales, que en el curso del desarrollo, se superpusieron al núcleo, motivacional inicial con que el individuo nace. La relación de pareja requiere de una firmeza que tolere el golpeteo de las motivaciones instintivas que fueron surgiendo en cada etapa del desarrollo. Sin la realización de la relación de pareja, no se alcanzará el establecimiento de las funciones antes descritas, ni se alcanzará la posición adulta.

No será posible tampoco entregarse libremente al amor, sin temor a la regresión y a la fusión con el objeto, como cuando se ha logrado la liberación de la amenaza del incesto y se ha logrado una representación mental nítida que corresponda a la figura amada, real y actual (Vives y Tubert, 1980).

Revisemos lo que ocurre en las diferentes áreas de la familia:

Todo esto se conjuga en un solo momento para poner a prueba el sistema familia en varias formas.

Una de ellas está en la tendencia de los padres a regresar a etapas anteriores del desarrollo, donde aún no se recibían los impactos de estos múltiples problemas. Mediante mecanismos de sobreprotección, por ejemplo, es posible mantener a un adolescente sin crecer indefinidamente, muchas veces es un afán inútil de los padres por no abandonar su propia adolescencia. Esto se debe a algún problema que les impide pasar a las etapas subsecuentes de madurez y adultez.

Las consecuencias pueden ser, según el área, las siguientes:

Área de identidad

En este terreno vemos que pueden aparecer fuertes dificultades, por ejemplo, la rivalidad que un padre siente hacia su hijo varón cuando éste crece más fuerte o más inteligente que él o bien los sentimientos

de inferioridad y minusvalía si el hijo no logra alcanzar las expectativas de los padres.

Es éste, sin duda, un punto crucial con innumerables facetas, como lo muestra la demanda que, por otra parte, el muchacho hace a sus padres cuando los compara con sus maestros, amigos, líderes, ídolos y demás modelos de identificación. La mayor parte de las veces el padre se ve confrontado en sus propias áreas de identidad, por ejemplo, en su capacidad de trabajo, su fortaleza física y moral, su inteligencia, su capacidad de tolerar el cambio hacia la madurez, a más de su “status social” que a veces no es tan bueno como el de los padres de algunos amigos de sus hijos.

No resulta fácil para los padres pasar con gracia y ecuanimidad estas pruebas; y como resultado vemos que se antoja pensar que es más fácil conservar el estado anterior donde el trono indiscutible pertenece al padre o a la madre, sin necesidad de compartirlo con nadie, y menos con los hijos.

En otro nivel, las madres en esta etapa encuentran de pronto que existen otras mujeres que tal vez ofrecen mayor atractivo y más estímulo para sus hijos que ellas mismas. Su hija adolescente ya no la encuentra tan hermosa e inigualable; ni su hijo la ve tan bella e inteligente... señales todas que preludian una despedida, un paso más del crecimiento de la familia.

Los hijos se van y con ellos la propia juventud. Primero se van desde el punto de vista emocional: se separan y cambian y esto requiere que todo el sistema familiar inicie un drástico movimiento en la distribución de las corrientes emocionales que hasta ese entonces habían cumplido su misión satisfactoriamente.

Se vuelve necesario renovar el contrato matrimonial y se requiere de un fuerte apoyo mutuo en este momento en que se inicia el climaterio de los padres.

Se necesita una gran capacidad para expresar los sentimientos de pérdida y de tristeza, además de la seguridad absoluta de poder seguir compartiendo un espectro amplio de intereses en la pareja, como

compensación por la ausencia de los niños que se empiezan a transformar en adultos.

Por ello se hace necesario que los padres en esta etapa se aseguren de recibir las consideraciones, el respeto y el cuidado de los otros miembros de la familia, mediante el comportamiento maduro y la aceptación del cambio.

En este momento resulta muy importante renovar el contrato matrimonial, se requiere de un apoyo mutuo entre ambos padres, que tendrán que renovar sus votos de marido y mujer que les permita elaborar el duelo por el hijo que se va y les estimule a seguir compartiendo un espectro amplio de interés en la pareja. Serán de gran ayuda, el comportamiento maduro y la aceptación del cambio de los otros miembros de la familia.

Área de sexualidad

El organismo de los padres sufre cambios, entre los cuales está el cambio en las funciones sexuales. Estos fenómenos, si bien cambian nunca desaparecen y es necesario estar conscientes de su presencia. La madurez en la experiencia sexual es el premio moral de aquellos que lograron cuidarla adecuadamente.

También es muy importante saber que existe atracción física y sexual hacia los hijos, lo cual tampoco se pierde. Puede ocultarse, dispersarse o mitigarse, pero no perderse. Tanto es así, que gran parte del rechazo y la rebelión en los adolescentes se debe precisamente a esto: a la necesidad de negar y de cambiar el curso de estos impulsos con objeto de lanzarlos fuera de la familia en búsqueda de nuevos compañeros con quienes se pueden formar otros sistemas familiares que perpetúen el ciclo vital del individuo.

A algunos padres les cuesta trabajo soltar a sus hijos adolescentes. En ocasiones se echan a andar mecanismos de seducción entre madre y adolescente varón que en mucho recuerda el romance de los amantes, e igual sucede entre hija y padre. No es fácil separarse

después de tantos años y experiencias compartidas; ni resulta sencillo ceder la propia creación que ahora se manifiesta en forma de un hermoso joven que va en búsqueda de una persona extraña. Sin embargo, la presencia de esta persona extraña es la única promesa de una etapa nueva que no detenga el ciclo vital y que no destruya el ritmo de la vida.

El mecanismo, indispensable y difícil, de saber soltar a tiempo a los hijos debe ser una función de la familia; no es posible que lo logre uno solo de los padres, es necesario contar con la ayuda y el apoyo del compañero. Es necesario que alguien le muestre al otro cuándo flaquea en el camino, y le ayude a remediarlo. Se tiene que restablecer el “anclaje emocional” de la pareja con objeto de tolerar las regresiones temporales del compañero, a etapas de comportamiento anterior.

Muchas veces a estas alturas se han olvidado ya los roles de esposo, puesto que se han transferido exclusivamente al de ser padres. En muchas ocasiones los hijos no permiten a los padres tomar sus papeles de esposos; es tal la carga y la demanda que vierten sobre ellos, que les impiden obtener nuevamente su libertad e independencia.

Área de la economía

De todas, en muchos casos es el área menos comprendida por los padres. La mayor parte del tiempo les ofrece grandes ventajas y sin embargo si no se aprovecha se puede volver como un *boomerang* en contra de ellos mismos.

Puesto que a estas alturas casi siempre existe ya una seguridad económica con la que no se contaba en un principio ya sea porque se logró reunir algo, o bien porque ya no se tienen las demandas tremendas de la crianza, es posible estructurar mejor la división de labores. En esta etapa se cuenta con más tiempo y es posible lograr aquello que en un principio fue sólo ilusión: continuar los pasatiempos que se interrumpieron, las aficiones que se dejaron, los viajes que no

se hicieron, las conversaciones que no se tuvieron, son ahora posibles realidades. Es en verdad el momento de recoger la cosecha.

Desgraciadamente en un gran número de casos el hombre se siente desamparado frente a una situación desconocida y así, cuando de nuevo es libre, encuentra difícil aceptarlo, es más dueño de sí mismo y no puede explorar nuevas formas de vivir. La tendencia a repetir lo pasado y añorar lo perdido, idealizarlo y recordarlo como la única forma de encontrar seguridad y felicidad está siempre presente. Lograr una reorientación en esta área, puede ofrecer muchas ventajas.

Área de fortalecimiento del yo

Por lo anteriormente expuesto, vemos que resulta necesario obtener ayuda y apoyo en el compañero si es que se quiere lograr el cambio de roles. La abdicación al trono, y con ello a las funciones de rey y reina de los padres frente a sus hijos adolescentes, llega a ser tan seria que puede amenazar la identidad de la pareja. La abdicación para muchos significa una importante y dolorosa derrota, un grave fracaso que inclusive en algunos siembra los primeros deseos de llegar a la muerte.

Cuando los hijos se van la pareja adquiere otra dimensión en el área social y es necesario, por lo tanto, continuar apoyando las defensas sociales adaptativas, con objeto de seguir funcionando en el seno de la exigente sociedad, siempre en transformación.

Veamos dos ejemplos para enfocar ahora estos conceptos desde un punto de vista más práctico.

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

La familia de esta madre de 40 años de edad nos puede mostrar cómo, dentro de la constelación familiar, los fenómenos emocionales y aun los fisiológicos encuentran una repercusión en los diferentes eslabones que interconectan un sistema familiar con otro.

En este caso, la descripción debe empezar por una abuela de más de 60 años de edad, sin duda alguna neurótica, pero al mismo tiempo tremendamente inteligente que a través de “mensajes emocionales” logró movilizar a toda la familia según sus propósitos y necesidades.

Desde luego los mensajes nunca fueron directos y comprensibles sino encubiertos y subrepticios, razón por la cual resultaron más dañinos y efectivos. Si su mensaje se pudiera traducir en palabras diría algo así como lo siguiente: “He sido una mujer muy desdichada porque de joven desprecié a mi primer novio al que amaba con locura, para casarme por error e ignorancia con el pobre hombre que ahora es mi esposo y el padre de ustedes”. Todo esto además, acompañado de un ritual histriónico que consistía en acudir todos los años a la iglesia donde vio por última vez a su primer novio con la idea de volver alguna vez a encontrarlo. (Se puede deducir la angustia y la amenaza que con esto producía en su esposo e hijos.)

La madre, primera hija de esta abuela, en la actualidad tiene 40 años de edad, nació en un ambiente donde fue rechazada desde pequeña principalmente por su madre. (Tuvo dos hermanas con quienes estableció desde un principio una gran competencia por ganar las atenciones de la madre.) Nació además con un defecto congénito que empeoraba su situación. Al mismo tiempo las tres hermanas habían pasado su vida haciendo esfuerzos inútiles por reparar y compensar a la madre por la infelicidad, según clamaba, de haber aguantado durante 40 años a su padre, a sus ojos, un pobre diablo.

Este hombre, efectivamente, nunca había pasado de ser un burócrata mediocre, cuyos méritos más grandes habían sido el nunca haber faltado ni haber llegado tarde a su casa.

Sin embargo, para esta abuela-reina el motivo principal de su vergüenza e infelicidad había sido su hija, ahora madre de 40 años, quien además de no haber sido bonita de niña (requisito indispensable para ser querida), se había manifestado más en ella el citado defecto genético.

Con todo esto, esta mujer estableció una relación con su madre que la llenaba inmensamente de culpa. Lo que le impidió acercarse a su

devalorado padre, dejando como consecuencia en su proceso de identificación, grandes fallas que después se manifestarían en su relación de pareja y luego con sus hijos, como veremos más adelante.

Encontró por compañero a un hombre proveniente de un bajo estrato social que, de acuerdo con la abuela-reina, era prieto, vulgar y feo; aunque inteligente y audaz en su negocio. Este hombre, por su parte, fue abandonado por el padre desde muy temprana edad; su madre fue una mujer solitaria y rara, que en la actualidad dependía de él en casi todos los aspectos a pesar de tener varios hijos. Logró, sin embargo, (puesto que es muy listo) hacer un buen negocio y desde joven se superó en la escuela y en los deportes. La relación con su esposa había fracasado principalmente en el área sexual y se encontraba basada necesariamente (por ambas características de los cónyuges) en un modelo simbiotizante (o sobreprotector). Solamente se lograba un ambiente de paz y estabilidad en esta familia cuando él se prestaba a ser como uno más de sus cuatro hijos o cuando reforzaba y apoyaba el rol de madre-reina que ella había tratado de implantar en su casa, emulando a su propia madre.

Naturalmente que para su esposa él representaba un objeto devalorado sin méritos y sin autoridad que era aceptado con base en sus grandes necesidades de dependencia, las cuales le venían a ella simplemente como anillo al dedo.

Claro está que se le reconocía el mérito de ser un buen proveedor, inteligente y leal, por lo que se le toleraban sin refunfuñar sus ocasionales parrandas y el que de vez en cuando hablara mal de la abuela-reina.

Los cuatro hijos que tienen han representado cuatro episodios de fuerte angustia durante los embarazos de la madre, por la preocupación de que lucieran blancos, rubios y bonitos para lograr la aprobación de la abuela-reina, además del miedo a la posible transmisión congénita del defecto ocular hereditario. Todas estas situaciones sirvieron para acelerar los mecanismos de control y sobreprotección en esta familia, que al llegar la pubertad y

adolescencia de los hijos produjeron las crisis que amenazaron seriamente con exterminar este sistema familiar.

En forma muy curiosa, pero obedeciendo a un dictamen común, se estableció en todos ellos desde un principio, la idea fija de que ser sano y fuerte era el factor más importante para ser bien aceptado por los demás. Por tanto era necesario comer bien, en el amplio sentido de la palabra, sobresalir en el deporte y respirar aire suficiente y puro. Desde luego la idea era que todo esto producía gente más bonita.

Primero nacieron los tres hijos varones y luego una mujer, prácticamente seguidos uno del otro y en medio de una gran angustia de la madre, que sufría enormemente pensando que el susodicho defecto se podría presentar en cualquier momento en uno de sus hijos.

El primero de ellos nació feo y con el defecto congénito bastante ostensible, de modo que de inmediato se estableció el fuerte mecanismo sobreprotector de la madre.

Haremos un breve paréntesis para aclarar que si analizamos a fondo este mecanismo de sobreprotección, encontraremos que no es otra cosa, en última instancia, que un reflejo psicológico de la madre para impedir que el nuevo ser crezca y se reproduzca. A este respecto he observado cuidadosamente dicho mecanismo en niños que nacen con defectos de ambigüedad en sus genitales (hermafroditismo), lo cual es una señal tan poderosa que la sobreprotección se despierta no sólo en la madre, sino en todos los familiares y llega a tal grado, que absolutamente nadie fuera de la familia (ni aun los médicos) se enteran jamás de tal situación.

En el caso que nos ocupa, el defecto congénito no revestía gravedad alguna, en realidad era más su significado emocional. El gran temor que esta madre sentía por el rechazo de la abuela-reina hacía que el mecanismo operara intensamente, por lo que estableció con el primogénito una fuerte relación sobreprotectora y simbiotizante. Esto impedía que el padre se acercara al hijo lo suficiente, como para ofrecerle un buen modelo de identificación. Además de que tampoco podía acercarse a su esposa, puesto que el —ya entonces— adolescente reaccionaba inmediatamente con celos y se producía una

pelea entre padre e hijo. La madre protestaba ante esta situación y criticaba fuertemente a su esposo, a quien calificaba de ser un macho, bruto e insensible.

Obviamente, el padre fue desarrollando resentimiento y enojo contra su esposa a la vez que rechazo hacia su hijo.

En la actualidad este muchacho es un adolescente frustrado, enojado, irritable, inseguro y con grandes problemas de adaptación a su ambiente escolar tomando ya el rol del vago de la familia.

El segundo niño nació rubio, bonito y sin ningún defecto. Representó el orgullo de la madre-reina, y también se llevó de inmediato bastante bien con el padre a pesar de que no gustaba mucho de los deportes. Aun cuando actualmente va bien en la escuela, su personalidad muestra algunos rasgos de pasividad y dependencia.

El tercer niño, como era de suponerse, se esperaba que fuera una niña por lo que desde un principio su debut en este mundo produjo un tanto de decepción en sus padres; a pesar de que también era blanco, rubio y bonito, sin señal alguna del temido defecto congénito que tanto angustiaba a la madre y que era la preocupación de todos ellos.

A este niño la madre le prodigó todo tipo de cuidados y atenciones. En verdad fue extremadamente solícita, pero en su mente lo había programado para que fuese la niña hermosa, la niña de mamá, siempre buena y siempre obediente.

El padre logró percibir desde un principio que algo no marchaba bien en esta relación y tradujo su protesta y desesperación en una actitud dura y severa para el hijo, con el fin de volverlo "hombrecito", como debería de ser.

Esta situación estimuló que se produjese una fuerte ambivalencia por parte de este niño hacia sus padres. La sintomatología pronto apareció en forma de bajo rendimiento escolar, ineptitud para los deportes, aislamiento emocional y además algunos síntomas fisiológicos como frecuentes gripas que le obligaban a guardar cama faltando así a sus labores en la escuela.

Finalmente, después de él vino al mundo la tan esperada niña que de inmediato acaparó la atención de todos. ¡Claro! En forma distinta

cada quien mostraba su interés; la madre la adoraba, el padre se sentía inadecuado para relacionarse sanamente con ella, los dos mayores la odiaban y al tercero le era indiferente, al menos en apariencia.

Sin embargo, el tiempo transcurría y por alguna parte era necesario que reventara este problema que se venía gestando en la familia.

Las cosas sucedieron de la siguiente manera:

Cuando apareció la adolescencia, el tercero de los hijos se percató claramente de la angustia que se acentuaba en la madre cuando él enfermaba de gripa. También percibió que el padre se preocupaba y molestaba, puesto que faltaba a la escuela. Y sucedía que en estos momentos clave, la pequeña hermanita pasaba momentáneamente a un segundo término así como los problemas con los que el más grande sacudía el ambiente familiar. Así pues, el tercero se convertía en el epicentro de la familia por unos días. No pasó largo tiempo para que esas gripas se convirtieran en bronquitis, sumamente apreciadas por él, puesto que lo hacían pasar a un primer plano. Pronto apareció el primer ataque de asma, a renglón seguido de que sus padres tuvieron una fuerte discusión debido a alguna escapada del padre que duró más de dos días. Para controlar este ataque de asma hubo que hospitalizarlo durante un tiempo, lo cual requirió de la presencia de ambos padres y logró suspender la agresión entre ellos, mientras acompañaban al hijo en su curación.

Para ese entonces ya se había asentado el siguiente mecanismo, que funcionaba de maravilla.

- a) Aparecía el problema familiar. Peleas entre los padres casi siempre motivadas por el mayor de los hijos. Insatisfacción de la madre. Enojo y culpabilidad del padre. Depresión y ansiedad de todos.
- b) Ataque de asma.
- c) Concentración de angustia y atención en el asma del tercero.
- d) Calma, temporal y pasajera.
- e) Aparición nuevamente del problema familiar. Golpes entre padre e

hijo mayor. Histeria de la madre. Agresión y rechazo al padre.
Depresión.

f) Asma.

g) Calma temporal... y así sucesivamente.

Naturalmente los espacios de calma se acortaban progresivamente y los ataques de asma se hacían más intensos y peligrosos.

Estrategia del tratamiento

En este caso en especial, sólo la madre logró asistir al tratamiento por un tiempo limitado, puesto que el padre no aceptaba que la psicología pudiera ayudarle con sus problemas.

Mediante sesiones con la madre se trabajaron los siguientes puntos:

- a) Hacerla consciente de su tremenda necesidad de ser como la abuela-reina, admirada, única, poderosa, indispensable. También se percató de su constante sensación de haber fracasado, puesto que nunca había logrado ser aceptada; primero por su falla física congénita y luego por haber elegido un esposo no aceptable para su madre... después, porque los hijos que con él tuvo nunca fueron del agrado de la abuela-reina.
- b) Ayudarle a comprender la tremenda sobreprotección que había desarrollado hacia sus hijos, precisamente por sus necesidades de ser imprescindible y a la amenaza que la adolescencia de sus hijos representaba para ella en términos de ser abandonada.

Resultados

La paciente se percató de su dificultad para abdicar al trono de reina-madre y el daño que eso producía.

Entendió la imagen devaluada que tenía de su esposo, y la proyección de sí misma que sobre él hacía, por sentirlo culpable de la

poca atracción y satisfacción que sus hijos brindaban a la abuela, situación que la hacía sentirse inútil, ineficaz y frustrada.

Se logró un gran adelanto en la resolución de la conflictiva edípica de la paciente con sus padres, que contribuyó a que pudiese liberar a sus hijos adolescentes, en quienes también ya la conflictiva empezaba a ser importante.

Entendió el rechazo inconsciente que sentía hacia su esposo e inició el acercamiento hacia la siguiente etapa del reencuentro.

Finalmente logró hacerles comprender a sus familiares el papel tan importante que para todos ellos tenía la enfermedad asmática del tercer hijo, con objeto de no seguirla reforzando.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Se trata de un matrimonio que ha durado 15 años. Cada uno de los esposos está iniciando la cuarta década de la vida.

Tienen dos hijos. Una niña de 10 años con la cual aparentemente todo marcha bien; y un muchacho de trece años y medio, entrando a la adolescencia, que es quien manifiesta la sintomatología de esta familia.

Los síntomas se pueden sintetizar en dos categorías; el adolescente presentó 1) una rápida y sorpresiva falla en su rendimiento escolar y 2) aparecieron manierismos que día a día se hacían más fuertes y marcados.

La madre es una mujer de buena presencia e inteligente, muy apegada a su propia madre, aunque con fuertes sentimientos de ambivalencia hacia ella y con un fuerte y claro sentimiento de odio hacia su padre. Este sentimiento se proyecta en cierta medida hacia todos los otros hombres de su vida (principalmente esposo e hijo), sobre los cuales ha ejercido un tremendo control y dominio con matices agresivos, disfrazados de bondad y sacrificio personal.

El padre, un exitoso ingeniero, presenta a su vez una seria conflictiva con sus propios padres de la cual resulta un fuerte resentimiento y desapego hacia su padre, quien ha sido sumamente

agresivo con él. Esta situación le ha producido una seria conflictiva con su identidad sexual y ha desarrollado tendencias pasivas e importantes áreas de inseguridad. Su esposa ha sido para él, su padre y madre idealizados; esto junto con un gran éxito en la construcción enmascararon por algún tiempo su problemática. La llegada a la adolescencia del muchacho, con sus múltiples demandas, puso a prueba la estabilidad del sistema familiar que amenazó con derrumbarse.

Los síntomas del adolescente principiaron por alarmar a la madre que, hasta ese entonces, había sido la encargada de velar por sus progresos tanto en la escuela como en todas las demás áreas de su crecimiento. Al ver que su hijo reprobaba las materias y ella tenía que acudir a la escuela a enfrentarse a los profesores pensó en pedir ayuda del papá quien al sentir amenazada su artificial seguridad, decidió tratar de reprimir a su hijo valiéndose de maniobras desesperadas como golpes y castigos encaminados a recuperar la anterior homeostasis que tanta tranquilidad le había ofrecido hasta entonces.

Naturalmente, la problemática arreció y el adolescente se las arregló para hacer sentir a la madre impotente e incapaz de seguir utilizando su mismo sistema de control pasivo-agresivo. Ella entró en una fuerte reacción depresiva que le impedía continuar ofreciendo a su esposo el rol de madre y padre idealizados, que hasta entonces le había sido posible desempeñar.

Esto contribuyó enormemente a que el padre a su vez presentara también sintomatología depresiva; se sentía solo y abandonado por su esposa, quien para él era su seguridad y apoyo. Así pues, descargó toda su ira y odio contra el adolescente, quien al final de cuentas se atrevió a retar toda autoridad paterna a todos los niveles, y además, se fue de la casa.

Al quedarse esta madre sin su hijo y este padre con una esposa deprimida, obviamente el matrimonio se vio seriamente afectado y la familia entera se encontró al borde del derrumbe.

Estrategia del tratamiento

- a) Se envió al adolescente a un tratamiento personal intenso, puesto que presentaba ya una problemática homosexual profunda.
- b) Se inició al mismo tiempo un intento fuerte de reorientación de roles en ambos padres. De reyes absolutos que habían sido se les ayudó a aceptar el crecimiento y las necesidades progresivas de sus dos adolescentes.
- c) Se les impulsó en la necesidad de abdicar al trono.
- d) Se apoyaron las defensas de la madre para reprimir sus fallas edípicas con el hijo varón, al cual mediante maniobras sentimentales le impedía crecer, por temor a perderlo y con ello perder también su posición de reina: lo seducía inconscientemente para que no abandonara el hogar.
- e) Fue necesario apartar un poco al padre de su trabajo, donde ya había encontrado su refugio y una enorme fuente de gratificación. Esto fue necesario para que el padre enfrentara su propia depresión, y su incapacidad de ser buen padre y esposo, y para que se diera cuenta de que ya no le correspondía el lugar de hijo. Se le apoyó para que venciera sus temores de viajar y disfrutar así, en compañía de su esposa, de su economía cada vez más boyante.
- f) Se trabajó en la elaboración de los duelos generados por la pérdida de roles, de la juventud y de los tronos.
- g) Se les hizo un lugar a los jóvenes y se trabajó intensamente en la reestructuración de un nuevo contrato matrimonial para los padres. Esto les dio la pauta a ambos para enfrentar la nueva etapa: la del reencuentro.

TERCERA VIÑETA CLÍNICA

Referiré un caso en el cual la llegada de la adolescencia hace que los padres, en vez de unirse y abdicar de sus papeles de rey y reina y dejar

a sus hijos la libertad suficiente para crecer, madurar e irse desprendiendo, optan por pretender que sus adolescentes los sigan viendo con la misma idealización con que un niño necesita verlos.

En este caso, la madre de 45 años de edad necesita ser vista como víctima de las circunstancias y en cierta medida pasar como una mártir que da todo por sus hijos y esposo.

El padre de 51 años de edad es un ingeniero obsesivo y puntilloso que ha adoptado el papel del bueno, cumplido y pundonoroso que a todos fastidia con su crítica, supervisión y control, puesto que de acuerdo con él, no falla casi en nada.

La hija mayor, de 23 años de edad, aparentemente tiene éxito en todo, buenas calificaciones, un novio como debe ser, buena figura y popularidad aceptable entre su grupo. Sin embargo, se encuentra sumamente preocupada y angustiada por su status social; piensa y de hecho teme que todos en su familia vayan hacia abajo dentro de su escala social y esto la tensiona y le produce dolores de cabeza frecuentes y tensiones menstruales agudas.

El segundo es un muchacho fuerte y robusto, casi lindando en lo obeso, de 21 años de edad. Bonachón y simpático que cuando uno habla con él acerca de su familia, se le llenan los ojos de lágrimas sin que él entienda exactamente el porqué.

La más chica, de 18 años de edad, es en este caso el chivo expiatorio de la familia; en un principio, sus padres pretendieron que fuese la más lista, inteligente y capaz. De hecho, ella estuvo a la altura de las expectativas paternas, lograba los primeros lugares de sus clases, era obediente, buena y servicial. Sin embargo, llegando a la adolescencia, no pudo iniciar su etapa de separación de los padres debido a la sobreprotección de éstos. Aparecieron los primeros vómitos y desapareció su menstruación; en otras palabras, le invadió el miedo a crecer. Estos síntomas preocuparon grandemente a todos y se estableció un sistema de angustia y vigilancia en la familia, donde ella era la protagonista central puesto que perdía peso, y podía ser peligroso para su salud. Los padres habían basado en gran medida su felicidad en que sus hijos fueran buenos, obedientes y aplicados y les

hicieran sentir con esto ser buenos padres. El papel de esposos lo tenían olvidado y prefirieron afianzar nuevamente el papel de padres vigilantes y protectores frente a los alarmantes síntomas de su hija.

En una de las sesiones pude observar lo siguiente: Mamá se ofrece como víctima: “Yo soy la culpable de todo”. Todos reaccionan para defenderla y acusar como responsable a la más chica.

La más chica acepta su papel de culpable (*scapegoat*).

Todos se sienten más tranquilos. Al mismo tiempo, el *scapegoat* se manifiesta como poseedor de poder y control sobre el grupo familiar. De pronto la grande dice que se siente nerviosa pensando que a la mejor lo que pasa es que la economía anda mal y se ven amenazados de bajar su status social.

El muchacho rápidamente dice que la culpable es la chica porque come mucho, luego vomita y él tiene angustia de que un día les falte de comer, que por el desperdicio del alimento no le pueden comprar a él un Volkswagen.

El padre confiesa sentirse muy angustiado porque la construcción, que es su negocio, ha descendido mucho. Dice que lamenta no poder darle más a su familia y que eso lo deprime, pero que trata de compensarlo dándoles atención y cuidado a sus hijos (sobreprotección).

En este momento mamá se enoja con papá y le empieza a reclamar que por sus preocupaciones tontas, ellos no pueden tener tranquilidad. Que es por eso que todos se sienten angustiados y que ella ya no sabe qué hacer para proteger y tranquilizar a sus lujos.

En este momento la hija chica agrade al padre diciéndole que no los deja en paz; e inmediatamente todos se confabulan para contraatacar a la chica, haciéndole ver que ella es la causa de todos los problemas.

Ella lo acepta y solamente arguye que lo hace porque no es feliz.

En este momento vemos cómo el *scapegoat* salva nuevamente la situación ofreciéndose como culpable e impidiendo así que surja una pelea entre los padres.

En esta forma queda el sistema familiar inmóvil, puesto que lo anterior se repite una y otra vez incesantemente. Nadie puede moverse

de sus puestos, los hijos no crecen y papá y mamá jamás llegan a encontrarse como pareja para reorientar sus problemas y necesidades.

En sesiones posteriores encontré cómo existía entre ambos esposos una gran desilusión y una gran rabia, por no haber renovado sus convenios entre hombre y mujer, por no haberse atrevido a explorar nuevos caminos en el ciclo de una pareja, por no haber abdicado al trono de padres-reyes absolutos y por no haber fortalecido sus defensas para reprimir las fallas edípicas con sus hijos. En la actualidad, la aparición de la adolescencia los empuja fuertemente a la confrontación.

Quinta fase: el reencuentro

Esta fase es generalmente conocida como la del “nido vacío”. Fue Mc Iver (1937) quien popularizó este término. Se debe a que para estas fechas casi siempre los hijos ya se han ido a formar otras familias, lo cual propone algunos cambios. En primer lugar, los padres se encuentran ya cercanos a los 50 años de edad o más. Si las cosas han marchado bien en las etapas precedentes, les será más fácil aceptar los cambios de una biología que tiende a declinar; igualmente, como pareja podrán enfrentar los cambios familiares y sociales que se presentan: por ejemplo, el hacer un espacio emocional y a veces físico para aquellos que van formando las nuevas familias de los hijos. La aceptación de los nietos, que no resulta tan fácil como se pudiera pensar puesto que aquí nuevamente se remueven conflictos con matices edípicos, no resueltos, y hay quienes sienten fuertes rechazos hacia alguno de los nietos.

Igualmente la aceptación del rol de abuelo, el cual requiere haber madurado adecuadamente algunos puntos conflictivos narcisistas, concernientes a la vejez que está en puerta, a la muerte de las generaciones anteriores, a los problemas de la jubilación. Es de tomarse en cuenta que aquí abre fuertemente el conflicto con las nuevas generaciones (la brecha generacional), y que en ocasiones aparecen problemas económicos debido a los hijos que inician una

carrera, un oficio y otra familia. Es necesario explorar nuevos caminos y horizontes y a la vez, aunque resulte paradójico, independizarse de hijos y nietos con objeto de nuevamente formar una pareja. Recordemos que el padre o madre requieren de un gran esfuerzo, constancia y fortaleza para lograr solucionar todas las tareas de la crianza, la adolescencia y el desprendimiento, por lo tanto los roles de padres frecuentemente hacen que se olviden o por lo menos que pasen a un segundo término los de esposos, y es de suponer que éstos simplemente por omisión, hagan que el reencuentro sea una etapa difícil.

Podríamos continuar enumerando las situaciones importantes que confrontan al individuo en esta encrucijada existencial donde se tiene que encarar el pasaje de la edad madura hacia la vejez. Por lo general, aquí aparece clara la percepción del lugar que se ha ocupado en la vida y las limitaciones inherentes a uno mismo, que anteriormente había sido posible postergar o negar. Otra vez aquí la naturaleza exige que se haya logrado una individuación definida o de otro modo se tendrá que pagar un precio, como es cerrar la posibilidad de continuar renovándose o de disminuir la posibilidad creativa de la propia vida con las consecuencias de vacío y depresión que esto frecuentemente trae consigo.

En esta fase del reencuentro, cuando ya se han ido los hijos, ya sea porque se casan o porque se da el cambio emocional que produce su independencia, no queda otra salida que enfrentarse nuevamente con uno mismo y con el compañero.

Se reeditan los viejos problemas y aparecen también las viejas artimañas para controlarlos. Para este entonces el rol de esposo, si no ha desaparecido en su mayor parte, sí ha pasado a un segundo término debido a que las demandas que exige el rol de padre por lo general han sido fuertes. Es necesario volver a recordar lo olvidado; a ser esposo y compañero del otro, como en el principio, como cuando se empezó a formar la familia.

Nosotros, como clínicos, también debemos recordar que la pareja es el corazón de la familia y como tal nunca pierde esa posición.

Recordemos nuestras cuatro áreas de reorientación en este peldaño del ciclo vital.

- a) En el área de la identidad: es ahora más necesario que nunca el apoyo mutuo entre los esposos, para continuar en la búsqueda de nuevos estímulos y nuevas metas para el matrimonio. Debería existir, más que antes, la capacidad de permitirle al compañero que exprese su ser tal como es, sin la existencia limitante que tal vez en un principio se estableció en los primeros contratos matrimoniales. Cada quien deberá poder ejercer su derecho de ser más libre en todas las áreas sin que esto sea sentido por el compañero como una injuria o como un rechazo. Cada quien deberá irse preparando para ser fuerte en la etapa final, y sacarla adelante.

Deberá existir en esos momentos la seguridad de seguir recibiendo cariño y cuidados del otro, aun cuando cada quien tenga intereses diferentes.

- b) En el área de la sexualidad, deberá buscarse un apoyo incondicional a las dificultades que produce la edad misma. Tendrán que encontrarse o inventarse los caminos para sentir y compartir la satisfacción de haber producido y ayudado a salir adelante a otra generación, tal vez mejor que la de uno mismo.
- c) En el área de la economía, será necesario contar con el apoyo y la comprensión en los arduos cambios de la jubilación, con la capacidad de aceptar un manejo de menores responsabilidades, tanto en el trabajo como en el hogar.

Deberá existir la capacidad de afrontar las deudas y el temor por la economía, o bien el saber aprovechar las mejorías obtenidas durante la vida de intenso trabajo y producción. También será necesario aprovechar mejor el tiempo que ahora estará más disponible.

- d) En el área del fortalecimiento del yo, es de la mayor importancia la ayuda mutua para tolerar los duelos debidos a las pérdidas que se han sufrido en el transcurso de la vida y las que se avizoran en

el futuro. Inclusive para prepararse a la soledad y aceptar el envejecimiento.

Se requiere de un apoyo importante para sostener con fuerza y dignidad el rol de viejo que la sociedad aún no ha logrado visualizar, comprender y apoyar, tal vez por estar demasiado ocupada en resolver los problemas que conciernen a la juventud.

Es necesario estar preparado para manejar adecuadamente los sentimientos de culpa que aparecen con frecuencia como fantasmas del pasado por los errores cometidos con los demás, especialmente con los hijos y por los deseos de la propia muerte, que a esta altura empiezan a filtrar la barrera de la represión. Todo esto hace de la etapa del reencuentro una de las más demandantes para el “sistema familiar”. El fracaso que las parejas sufren precisamente a este nivel del ciclo vital es mucho más grande de lo que comúnmente se piensa. De hecho, uno de los casos más impactantes que han llegado a mi consulta es el que se describe a continuación; en él vemos con claridad lo que ocurre con tanta frecuencia.

PRIMERA VIÑETA CLÍNICA

Una mañana recibí una llamada telefónica de una mujer de 55 años angustiada, quien me pedía con urgencia aunque fuesen unos breves minutos de entrevista. Tenía una carta muy importante que quería que yo viera, que por sí misma explicaba todo su grave problema... ya después yo le ayudaría a hacer algo al respecto.

En realidad hablé con ella sólo unas frases, pues estaba sumamente agitada, triste y confundida. Me entregó la carta y no volví a verla nunca más; después me enteré que se había ido a vivir a otro país.

La carta había sido escrita por su esposo y, efectivamente, la misiva no podía ser más transparente y ejemplar.

La transcribo tal cual es:

Ximena:

Son las 6 de la mañana y ya no podía seguir durmiendo, como me ha estado pasando estos últimos días, inclusive tú has observado cómo en mi sueño he hablado y en general he estado sumamente inquieto, intranquilo, preocupado, etcétera.

Ayer en la obra de teatro, he descubierto la verdadera forma de plantear nuestra situación, mi situación ante ti, quizá se revuelva un poco la forma de plantearlo, pero de cualquier manera ahí te va.

Esto no es sólo cuestión de cariño, atracción, etc., es probable que en el fondo de todo no sea cuestión de amor como tú afirmas que estás segura que yo te quiero pero a mi modo, aquí todo es cuestión de adaptación, anoche confirmé una vez más que el meollo del asunto, es cuestión de adaptación, definitivamente hemos llegado a la etapa de adaptación en que vivimos mundos diferentes tenemos una distancia tan, pero tan grande de ver las cosas que ahí es donde viene mi rechazo. El de pensar y concebir la vida en forma distinta ha hecho que mi amor se enfríe, se congele y no sienta nada, el atractivo se ha perdido, el rechazo ha surgido desde hace años y, repito, se ha perdido todo interés.

No es posible vivir sin alicientes, sin tener una mente libre sin prejuicios, sin temores a enfrentarse a la vida, ver ésta con el optimismo necesario de saber que tras la pared de lo establecido hay mil cosas, no es posible quedarse a vivir en el pequeño pueblo, hay que ir a vivir a la gran ciudad donde no todo es lo mismo, hay siempre algo nuevo, pero hay que decidirse a romper, la vida es para los que se deciden (no creas que estoy filosofando a lo loco) yo he sido tocado desde hace años por la varita mágica del hada que quiere hacer de mí algo diferente; el miedo a ti me ha hecho esperar, pero ahora ya no es lo mismo, debo proyectar todo lo que tengo adentro, no es posible retenerlo más, siento que me ahogo, no puedo seguir viviendo en el "status" establecido, así lo único que hago es daño a todos los que me rodean.

Debes comprender que mi verdadera personalidad, mi forma de ser y pensar han sido coartadas durante mucho tiempo y esto no es posible permitirlo más, me siento mal, nervioso, muy intranquilo, debo ser yo con mis verdaderos defectos y mis verdaderas cualidades, considero ya haberme encontrado, con la seguridad suficiente para no fracasar. No deseo seguir haciéndote daño, es tiempo de quitarse la careta y de ser verdaderamente quien soy. Lo peor en la vida es vivirla con engaños, quiero desenvolver mi verdadera personalidad, propia, mía sin ese temor de quedar bien contigo para tenerte contenta, todo lo he hecho para tenerte lo más contenta posible, te pido nada más que me devuelvas mi forma de ser, que me devuelvas y dejes encontrar mi propia personalidad que durante tantos años ha estado muerta. No se puede vivir coartado, perdí la paz, la seguridad y la libertad; a un individuo, puedes no darle de comer, de beber, golpearlo, pisotearlo, pero no puedes quitarle la libertad, no puedes forzarlo a que piense de manera distinta a su verdadera forma de ser.

En este momento siento un desahogo, siento que por fin he dicho gran parte de mi problema, nuestro problema, quiero que lo entiendas así de claro, tranquilo y sencillo como yo lo he expuesto.

Entre más tiempo pase, sólo encontraremos rencores y odios, no permitamos caer

en ello. Quiero que leas esto con mucha calma, lo analices bien, con la profundidad y la sinceridad que lo he expuesto.

Siento la necesidad de tener esta noche libre, no vendré a dormir hoy a la casa pero no te espantes, no voy a andar de vago, simplemente lo hago con el fin de pensar un poco más y de que tú también pienses. No me pasará nada, mañana te hablaré desde la oficina. Al hijo puedes decirle entre otras cosas que me voy a la cena de generación y llegaré muy tarde. Tú ya sabrás.

Te suplico no ponerte mal después de leer esto.

Pepe

Este hombre, que tenía más o menos 55 años de edad, se fue y no regresó más.

Ella, más o menos de la misma edad, me lo comunicó más tarde por teléfono y decidió hacer un largo viaje antes de cambiarse para siempre de ciudad.

En la breve plática que habíamos sostenido me relató que habían tenido cuatro hijos, y que todo marchaba bien, hasta que el último hijo contrajo matrimonio y pudo irse a estudiar a otro país. Entonces repentinamente y sin previo aviso, simplemente apareció la carta y se acabó la familia. Podemos resumir lo siguiente: Cómo al irse los hijos:

- a) Volvieron los viejos problemas y temores con el reencuentro.
- b) Nunca hubo la posibilidad de lograr una libertad individual.
- c) No se reeditaron las nuevas reglas del contrato.
- d) No se abdicaron los derechos al trono. Los padres nunca bajaron de su pedestal para establecer una verdadera amistad con sus hijos adolescentes.
- e) No se orientó ni el sexo ni la economía de los cónyuges para buscar juntos el descanso.
- f) Entre ambos no existió una permisibilidad, dentro de la cual cada quien pudiera desplegar su personalidad.
- g) No hubo una preparación para el cambio de vida y la soledad.
- h) Ella se detuvo en su papel de madre-reina narcisista y él continuó siendo un hijo-adolescente.

SEGUNDA VIÑETA CLÍNICA

Se trata de una familia de cuatro miembros, papá de 47 años de edad, exitoso en sus negocios y muy apegado a su familia paterna, los cuales son muy conservadores; él es obsesivo, pesimista y poco sociable. Siempre ha estado preocupado por sus dos hijos adolescentes, de 21 y 19 años, y constantemente en pugna con su mujer, de 45 años de edad, a quien le gustan mucho los eventos sociales. A él le gusta el alpinismo y acampar en las montañas, a ella los buenos restaurantes y el teatro. Difícilmente coinciden en sus gustos y actividades, excepto por la gran atención y cuidado que han puesto en sus hijos. Ella proviene de una familia problemática, sus padres están separados, él es solitario y gruñón y ella histriónica y alcohólica por rachas. Ambos han estado en tratamiento psicoanalítico y han acudido en diferentes temporadas a tratamiento familiar donde hemos visto cómo les ha sido difícil apoyarse como esposos, cómo uno no tolera lo que el otro hace y menos sus gustos y caprichos como el otro quiere, y si no lo logra aparece el castigo en forma de silencio e indiferencia. Sólo el cuidado a sus hijos para que éstos hagan un buen papel en la vida y lo necesario que es para todos proyectar una buena imagen social es compartido como meta común para todos.

Desde luego el área sexual se había deteriorado, ella no sentía deseos hacia él y tenía un gran enojo porque nunca era objeto de ternura y mimos. Él resentía mucho el desapego de su mujer y atacaba y recriminaba en el área económica, donde sentía que ella era despilfarradora y poco organizada.

Hasta aquí el tratamiento había logrado ayudarles a permanecer juntos y cumplir satisfactoriamente con algunas de sus tareas maritales y familiares. Sin embargo, llegó el día en que los muchachos tuvieron que salir a estudiar a universidades del extranjero. Sus padres se encontraban próximos a celebrar 27 años de matrimonio. Apareció un primer choque fuerte entre ambos cuando ella se negó a seguir acudiendo a las juntas sociales de sus negocios y él a su vez no quiso saber más de teatros ni restaurantes. La ausencia de los hijos había sin

duda agravado la situación. Sin embargo, no fue esto lo más serio, sino la enfermedad grave del hijo de 21 años, quien debido a una neoplasia maligna falleció en unos cuantos meses.

Los padres, amargados y confundidos, no pudieron ponerse de acuerdo para atender adecuadamente, como pareja, al moribundo; al contrario, arreciaron los ataques, las demandas y las quejas de uno al otro, de tal suerte que al morir el joven no pudieran apoyarse mutuamente para resolver el duelo. El otro hijo decidió no regresar al hogar paterno y ellos decidieron separarse días antes de llegar a su vigésimo sexto aniversario.

Podemos resumir lo siguiente:

Cómo al irse los hijos se propicia sin remedio un reencuentro sumamente difícil porque nunca hubo la posibilidad de lograr una relación sin demandas agresivas y en ocasiones absurdas (por ejemplo en la economía). Nunca existió la posibilidad de estructurar un buen contrato matrimonial. Los padres, aunque trataron de abdicar al trono de reyessupremos sobre sus hijos, no lo lograron del todo puesto que la pareja sin consumarse no permitía una individuación adecuada de todos. Nunca orientaron el área del sexo y la economía para haber conciliado algunos intereses y disfrutado su tiempo y su capital; y nunca existió la suficiente flexibilidad y permisividad para que cada uno hubiese desplegado y madurado su personalidad. Nunca previeron que la salida de los hijos, en esta ocasión trágica, los llevaría a un reencuentro que acabó con la familia.

Sexta fase: la vejez

La vejez es una de las etapas menos conocidas, menos aún que las que a simple vista se antojan casi imposibles de ser estudiadas y que sin embargo se han llegado a comprender mejor. Por ejemplo, la etapa fetal. La vejez, con sus grandes complejidades llenas de misterio y amenaza, no es todavía asequible a la mirada de frente del investigador; la muerte, el más grande de los imponderables, se encuentra a sólo unos pasos de ella. Además, los viejos por lo general no buscan tratamiento psiquiátrico ni mucho menos desean ser estudiados. La fuerza vital centrífuga se invierte para ese entonces y en su impulso contrario, se vuelca hacia el viejo mismo y se traduce en un ensimismamiento y un despegamiento del mundo exterior.

Las nuevas generaciones no pueden entender ni percibir el fenómeno y sus problemas. Se tiende a ignorar a los viejos, a sentir impaciencia con ellos o a negarlos. Por consecuencia, no resulta fácil enfrentar la etapa decisiva y su inevitable fin, el misterio de la nada, de la eterna quietud.

Sin embargo, el viejo está tan vivo como cualquiera y siente y se entristece por el acerbo rechazo del que es víctima. Por lo general, tomar un rol crítico o de consejero para con el viejo resulta menos difícil que aceptarlo como parte de uno mismo, una parte desconocida pero

cierta. Una familia sin viejos es una familia sin complemento histórico, una familia mutilada.

En todos nosotros, en mayor o menor grado, existe el temor de llegar a viejos, casi tan fuerte como el temor de no vivir lo suficiente para llegar a serlo.

Pocos son en realidad quienes aprecian las arduas batallas de los viejos para adaptarse a la pérdida y retos que la edad presenta; la búsqueda de una nueva identidad, de una compañía que produzca placer, así como de una experiencia significativa y genuina.

Uno de los problemas que frecuentemente se encuentra es aquél de dos esposos ya viejos, cuando él es jubilado y regresa a su casa, esta vez regresa para siempre, e invade los terrenos que antes sólo fueron el dominio de su esposa. Parece imposible, para el que desconoce esta etapa, que este simple hecho represente una situación amenazante a la individualidad y diferenciación de ambos. Esta situación sólo puede ser aliviada mediante el límite claro de los espacios en donde cada quien pueda funcionar independientemente. De lo contrario, existe el peligro de que se lleguen a perder la estima y el respeto y aparezcan la ansiedad, la tensión y los estados depresivos.

Otra problemática que se presenta en las parejas de viejos es aquélla en que los mismos hijos no les permiten tener una intimidad adecuada. Frecuentemente se establece una sobreprotección de hijos a padres en donde no se les permite vivir en libertad.

Bajo pretexto de cuidarlos, se cuelgan de ellos imponiéndoles cargas emocionales muy fuertes. El viejo así muchas veces se siente aprisionado y puede desarrollar estados depresivos.

Es necesario para el clínico tomar en cuenta esta eventualidad.

El ser abuelo, dice Margaret Mead, nos involucra a distancia con el nacimiento de un descendiente biológico... dando lugar al extraordinario sentimiento de haber sufrido una transformación, no por un acto propio, sino por el acto de un hijo.

Ser abuelo ofrece un nuevo horizonte en la vida.

a) Enciende el deseo de sobrevivir, al aceptarse la propia mortalidad.

- b) En presencia del nieto y el abuelo, pasado y futuro se funden en el presente (Mead, 1972).
- c) Se da la oportunidad de experimentar una nueva relación, diferente a la de padre, con los nietos.

Resulta ser a final de cuentas un papel sumamente importante para lograr redefinir y reintegrar no sólo los propios roles emocionales sino también para ayudar a apoyar los de los otros familiares.

Se necesita, en esta etapa, tener la habilidad suficiente para aceptar realistamente las propias capacidades así como las limitaciones. Igualmente es importante poder cambiar de rol y aceptar la dependencia cuando esto sea necesario (aceptar el rol de hijo nuevamente).

Por lo general, los problemas funcionales de una familia que están relacionados con la vejez permanecen ocultos o negados. El clínico está acostumbrado a ver sólo las dos primeras partes del espectro vital. Es pues de la mayor importancia tener conciencia de lo que en esta etapa sucede, con objeto de investigarla cuidadosamente.

Es importante igualmente retirar los marbetes de senilidad, inutilidad, estorbo, carga, etc., para lograr entender y ayudar a las parejas de viejos.

De hecho, intervenir terapéuticamente con los viejos resulta muchas veces más fácil y responden mejor que muchos de los jóvenes.

El clínico deberá estar siempre en guardia hacia su propio miedo a la vejez.

Lin Yutang, el sabio poeta, dice en uno de los capítulos de su libro *La importancia de vivir*:

Aunque parezca extraño los viejos son aún más dependientes que los niños puesto que sus miedos son más definidos y sus deseos mucho más delineados y limitados.

¿Por qué, pues, la tendencia a negar la vejez y a no hacer caso de ella? Ningún problema se ha solucionado negándola o ignorándola. Yutang menciona un viejo proverbio chino que dice “el agua flota siempre hacia abajo, nunca hacia arriba”; y deduce por lo tanto que el

afecto por los padres y los abuelos necesita ser enseñado y reforzado por las instituciones y la sociedad.

¡Un hombre en forma natural ama a sus hijos, pero un hombre culto ama a sus padres! Para un caballero chino la pena más grande es no tener la oportunidad de ofrecer a sus padres sopa caliente y medicinas en su lecho mortuorio o no estar presente a la hora de su muerte; y este penar está expresado en un pequeño pensamiento que dice:

El árbol desea reposar, pero el viento nunca para.

El hijo desea servir, pero sus padres se han ido.

Por lo cual se asume que si el hombre viviese su vida tal cual se expresa en este pensamiento, tendría en el ocaso de su vida el periodo más afortunado, y nunca trataría de negar o detener la llegada de los años.

Describe Lin Yutang una actitud diferente hacia los viejos en la cultura oriental. Nos dice que en Oriente existe entusiasmo y veneración por alcanzar una mayor edad. Dejarse crecer la barba es, por ejemplo, una prerrogativa especial de aquellos que han llegado a ser abuelos, y si algún hombre lo hace sin haber alcanzado las calificaciones necesarias, se encontrará en peligro de ser objeto de burla.

El resultado en general es que, en China, el joven trata de imitar la pose y dignidad que le son propias al viejo. El deseo de ser viejo se entiende en relación con la recompensa que esto merece. En primer lugar, se tiene el privilegio de hablar mientras los demás escuchan. Un joven en China tiene oídos pero no boca para hablar.

No podemos desde luego dejarnos llevar por esta idealización. Simone de Beauvoir ha hecho estudios interesantes de casos en que no todos los viejos llegan a ser sabios, tranquilos y sensatos, ni mucho menos a disfrutar de sus últimos años.

Hacemos notar lo diferente que esta etapa puede ser manejada en otras culturas y las importantes implicaciones que esto puede tener.

No es lo mismo sentir la seguridad de que al llegar a viejo se va a ser respetado y atendido como afortunadamente todavía sucede en

algunas partes de este extraordinario país, en vez de tener que esconder los años vergonzosa y temerosamente puesto que se va a ser descalificado del juego tremendo de la vida tan pronto aparezcan los primeros signos. Por otra parte, si no se logra visualizar que la edad de oro se encuentra siempre muy adelante en la vida, entonces sin remedio alguno se tendrá que establecer una insensata batalla en contra de lo irremediable, del paso del tiempo. Se instalará un gran temor hacia el futuro y desde un principio se presentarán el fracaso, la depresión y la desesperanza.

Nadie puede dejar de envejecer; solamente se puede pretender burlar a la naturaleza en un vano y doloroso intento de torpe omnipotencia, que dura lo que el humo.

Es mejor y más útil saber crecer, madurar y envejecer “graciosamente”; casi se podría decir, con arte; el arte natural que da la vida al que no la intenta detener.

Lin Yutang nos dice:

La gran sinfonía de la vida deberá terminar en un gran final de paz y serenidad, de seguridad material y emocional así como atención espiritual; y no con el golpe estridente de un tambor que se rompe o unos címbalos que se estrellan.

Al hombre se le mata no sólo en su infancia desde los primeros rechazos maternos, ni en las guerras ni en las hambres, ni en el aborto; sino en el hecho importante y cada vez más frecuente de negar esta última etapa con todas sus consecuencias inexorables.

En un artículo periodístico, leía recientemente: “La gente no envejece, mejora. Nadie debería avergonzarse de sus años, sino enorgullecerse de ellos”. La juventud es un don de la naturaleza, la edad es una obra de arte, la edad en sí no trae consigo sabiduría pero sí aporta experiencia. La edad avanzada es una grata aceptación de las lecciones de la vida, de lo bueno y lo amargo, de la felicidad y de las lágrimas.

La edad podría dar ciertas prerrogativas si ésta no estuviese en algunas culturas tan fuertemente negada.

Tal vez se niega porque en esta fase aparece la soledad, sobre todo

la soledad interna producida por las pérdidas irremediables que se han sufrido.

De acuerdo con la experiencia, se comprueba que es mejor haber compartido con alguien la vida, puesto que a la larga puede llegar a ser favorable el efecto que uno ejerce sobre el otro. Es mejor que la alternativa terrible y desoladora de nunca haber compartido nada.

Erik Erikson nos hace notar sagazmente que aquel que ha pasado por triunfos y fracasos inherentes al ser, el que ha originado a otros seres y dado vida a otras ideas, gradualmente va integrando y madurando las etapas de su ciclo; adquiere un orden del mundo y un orden espiritual; acepta su ciclo vital completo y el de su compañero y defiende la dignidad de su vida.

Sabe que su ciclo es sólo un segmento de la historia, que el estilo de su cultura y de su sociedad son el patrimonio de su alma.

Calderón el poeta nos dice: “El honor es el patrimonio del alma”.

El que así se organiza reconoce la madurez en cualquier individuo ya sea en el príncipe, el indígena o el campesino y llega a participar y a aceptar el liderazgo que en su propio campo le corresponde... y sobre todo... no termina, no desemboca en la nada. Sabe que la integridad del adulto se relaciona con la confianza básica del niño y que en él se continúa su ciclo vital.

“Los niños sanos no temen a la vida, si sus abuelos han tenido la integridad suficiente para no temer a la muerte”, dice Erikson (1963).

Tener un compañero, un esposo, hasta el final, tal vez sea una de las formas en que el trágico y complejo asunto del vivir encuentre, si no la razón y la lógica, por lo menos la esperanza.

Sería necesario en otra ocasión tratar temas tan interesantes como el de la familia sin hijos o sin abuelos, sin hombres o sin mujeres, dentro de las diferentes capas y estratos sociales, en las distintas culturas y a través de la historia...

VIÑETA CLÍNICA

Se puede tener todo en la vida; salud, éxito, riqueza, compañía, reconocimiento y demás y, sin embargo, sentirse solo, con esa soledad que destruye el alma, sobre todo si ya no queda mucho tiempo por delante. No hace mucho consulté a una pareja donde él, un hombre fuerte y varonil de 75 años de edad había pasado más de 50 años casado con una mujer que aún conservaba su belleza y lozanía, tenía cerca de 70 años de edad y aparecía vital y activa, en realidad eran una hermosa pareja, todo lo tenían, salud, riqueza, hijos, educación y cultura y, sin embargo, sus vidas eran miserables de acuerdo con su descripción.

Él era un individuo muy conservador, ortodoxo y religioso, con un fuerte apego a sus hermanos, a quienes procuraba constantemente y dedicaba a ello la mayor parte de su tiempo.

Ella se había dedicado a viajar por el mundo y a seguir cuidando a sus hijos. En realidad la relación con su esposo se limitaba a unos simples hechos sencillos del diario vivir, como darle los buenos días y en ocasiones desayunar a la misma hora. Por cierto que los hijos, cuatro casados y uno todavía con ellos, no se despegaban de su madre, pensando que se encontraba sola y en cierta medida descuidada por su padre; de hedió los vigilaban a ambos y no les permitían una intimidad.

A él le molestaba que ella fumara porque contaminaba el ambiente, al igual que tomara clases de historia, pintura y meditación trascendental.

A ella le molestaba que él fuera meticuloso con sus horarios y alimentos y sólo estuviese pendiente de los dineros.

Él se enojaba porque la consideraba dispendiosa y desorganizada y porque, de acuerdo con su percepción, no respetaba su espacio.

Vivían en cuartos separados y efectivamente trazaron una línea entre lo que era su terreno y el de ella.

Decidieron así, partir en dos sus vidas a medida que fueron envejeciendo, y vivir como si no se conocieran, a pesar de que habían tenido cinco hijos y compartido la vida por más de 50 años.

Transcurría el tiempo en medio de la indiferencia o de constantes

argumentos triviales; se habían perdido la estima y el respeto y habían aparecido la ansiedad, el nerviosismo y la depresión. La intervención vehemente de los hijos hacía más difícil la resurrección. Todo esto hacía que ambos hubiesen adelantado el final de la pareja, prácticamente habían muerto antes de tiempo y antes de acudir a la consulta deseaban intensamente separarse. Se encontraban prisioneros de las circunstancias y no lograban crear un espacio donde ambos, sin resentimiento ni agresiones, se permitieran arribar con calma a la vejez y al eterno descanso. Los nietos eran percibidos como una interferencia más y no lograban amarlos y aceptarlos. En realidad no lograban aceptar la realidad de la etapa final que transcurría.

Puntos de análisis

Para terminar, diremos solamente junto con Pollak (1965) que el profesionalista necesita llevar en mente los siguientes puntos:

- a) Identificar la dimensión, el área afectada y la fase en que se presenta la problemática en la relación marital.
- b) Identificar el obstáculo que impide el proceso natural de crecimiento, por ejemplo los puntos de detención entre los viejos ideales y la realidad actual que demanda el papel social.
- c) Trabajar siempre en asociación con la edad y fase apropiadas por la que se atraviesa en el ciclo vital, sin desconocer la problemática que presenta la fuerza de la ambivalencia, que invita constantemente a detenerse o a regresar ofreciendo soluciones ilusorias.
- d) Llevar en mente la idea de que, hasta donde sea posible, será necesario para el profesionalista idear nuevos diseños y modelos que permitan el manejo adecuado y la asimilación de los nuevos ideales que van presentando los cambios incesantes de la cultura a las diferentes generaciones.

Epílogo

Hemos hecho una división artificial del ciclo vital de la familia con fines didácticos. Es necesario nuevamente ensamblar sus partes, observando serenamente la totalidad del fenómeno: el continuo movimiento de la vida compartida. Sólo así podremos apreciar cómo cada uno de nosotros representa una mínima partícula interactuando constantemente dentro de una constelación familiar, la cual, a su vez, gira en los múltiples elipses de la gran galaxia universal. Esta metáfora puede ayudarnos a la reflexión.

El humano necesita terminar sus tareas fundamentales de adaptación y supervivencia para luego entregarse a meditaciones de tipo psicológico, filosófico o existencial. De igual manera, el adolescente debe convertirse en un hombre maduro para terminar de cristalizar su sistema individual y familiar. Entonces, aumenta su capacidad de observación de percepción, permitiéndole visualizar aquellas leyes universales que gobiernan al ser humano.

No ha sido posible, sino hasta este momento histórico en que se ha trascendido el enfoque exclusivo del individuo que se puede comprender mejor la complejidad de las fuerzas que producen no sólo la enfermedad, sino la salud en el hombre.

No podemos dejar de insistir en la necesidad de seguir reevaluando constantemente los principios de la higiene mental: la historia nos ha llevado a examinar con especial cuidado los rasgos patógenos de la estructura social adulta, el fenómeno de tensión en el grupo, el papel

del conflicto y de la ansiedad en las relaciones interpersonales y la psicopatología social de la vida familiar. El principio antropológico de la relatividad de la conducta nos obliga a una revisión constante de estos postulados.

Actualmente sabemos más de las pulsiones que se depositan en la compleja interacción con los demás seres. Recibimos con mayor fuerza las luchas y esfuerzos por conservar un espacio vital. Comprendemos lo difícil y complicado que resulta aceptar que otros compartan dicho espacio y lo comprobamos cuando aparece un nuevo hijo o cuando un ser pretende unirse con otro.

Hemos aprendido que la esencia de un buen matrimonio estriba en la combinación de ambas personalidades, incluyendo la intimidad profunda, tanto física como mental y espiritual, para que se convierta en un amor serio entre hombre y mujer, que ofrezca lo mejor de las experiencias humanas. Tal amor, como cualquiera de las cosas grandes del hombre, demanda esfuerzo y sacrificio, los cuales deberán ser voluntarios y deseados para no destruir la naturaleza misma de la fibra que les da sostén. Así, el individuo podrá encontrar su desarrollo completo dentro del contexto de una relación vital.

En conjunción con esto, resulta importante saber que existen los métodos y los medios para diagnosticar -y si no en todos los casos obtener la curación-, por lo menos recibir ayuda y guía que la constelación familiar pueda requerir en su camino.

Propuesto lo anterior, nuestras reflexiones pueden dirigirse hacia resaltar la necesidad de pedir y obtener la intervención experta y oportuna con la idea de preservar el equilibrio emocional saludable para recorrer, sin tropiezos, el intrincado camino del ciclo vital.

Bibliografía

- Ackerman and Behrens, M.L., *Child and Family Psychopathy; Problems of Correlation Psychopathology of childhood*, ed. Paul H. Hoch and Joseph Zubin, Grune and Stratton, New York, 1955.
- Ackerman, Nathan A., "Adolescent Problems: a Symptom of Family Dissorder". *Family Process* (2), 1962 *The Psychodynamics of Family Life*, Basic Books, Inc., New York, 1961.
- Ackerman, Norman J., *The Canon of Family Systems*, Gardner Press, New York.
- Bateson, G., Jackson, D.D.; Haley, J.; Weakland, J.: "Towards a Theory of Schizophrenia", en *Behav. Sc. I*, 1956, pp. 251-264.
- Belanger, Robert; Chagoya, Leopoldo: *Techniques de Thérapie familia* LE. Montreal Les Presses de l'Université de Montreal, 1973, 158 pp.
- Belleville Titus P., Raths, Otto; N. Belleville, Carol J.: "Conjoint Marriage Therapy with a Husband-and Wife Team", en *Amer. f. of Orthopsychiatry*, abril 1969, vol. 39, núm. 3, pp. 473-483.
- Bion, W.R., *Experiencias en Grupos. Human Relations*, 1: núms. 3, 4, 1948, 2: núms. 1, 4, 1949, 3: núms. 1, 4, 1950: 4: núm. 3, 1951.
- Bion, W.R., *Attention and Intepretation*, Tavistock Publication. Londres, 1970. Trad. franc., París, Payol, 1974, 217 pp.
- Boszormenyi-Nagy, Ivan, ed.: *Intensive Family Therapy. Theoretical and Practical Aspects*, New York, Harper and Row, 1965, XIX, 507 pp.
- Boszormenyi-Nagy, I., and Spartk, G., *Invisible Loyalties*, Haper and Row, Hagerston, Md., 1973.

- Bowen, Murray, *Family Therapy in Clinical Practice*, Jason Aronson, New York, 1978.
- Bowlby, John, *Maternal Care and Mental Health*, World Health Organization Monograph Series No. 2. Geneva: WHO, 1952.
- Cárter, A. y Mc Goldrick, M., *The Family Life Cycle*, Gardner Press, Inc., New York, 1980.
- Cotinudad, Olivier: *Groupe et analyse institutionnelle. L'intervention psychosociologique et ses dérivés*. París, Centurión, 1976, 235 pp.
- , *Les couples* (obra colectiva), París, Jules Taillandier, 1972. *La Nef*, 46, 47, febrero-mayo 1972, 247 pp.
- Chiland, Collette: "Question sur l'orgasme", en *Rev. franc. psychanal.*, 1977, núm. 4, t. XLI, pp. 553-562.
- Erenwald, Jan, *Neurosis en la Familia*. Siglo XXI Editores, 1967.
- Erikson, Erik, *Childhood and Society*, Rev. ed. Norton, New York, 1963.
- Freud, Sigmund, *Primeras Aportaciones a la Psicología de la Vida Erótica*, Tomo 13, Edic. Santiago Rueda.
- , *El Análisis Profano*, Tomo 12, Ediciones Santiago Rueda.
- , *El Final del Complejo de Edipo*, Tomo 14, Ediciones Santiago Rueda.
- Glick C., Paúl, *The Life Cycle of the Family*, American Sociological Review No. 12, 1947.
- Glick, Ira D.; Kessley, David R.: *Marital and family Therapy*, New York, San Francisco, Londres, Grune and Stratton 1974, 181 pp.
- Haley, Jay, *Estrategias en Psicoterapia*, Ediciones Tiray, Barcelona, 1971.
- Horney, Karen, *The Flight from Womanhood*. *Internat. J. Psycho-Anal.*, 1926.
- Huxley, Julian. *Man in the Modern World*, New American Library, New York, 1952.
- Jackson, D.D.: "The Question of Family Homeostasis", en *Psychiatr.* 1957. Supl. 31, 1, pp. 79-90.
- Kernberg, Otto F., *Mature Love: Prerequisites and Characteristics*, *Journal of the American Psychoanalytic Association*, Volume 22, núm. 4, 1974, New York.

- Kernberg, Otto F., *Boundaries and structure in Love Relations*, *Journal of the American Psychoanalytic Association*, volumen. 25, núm. 1.
- Kernberg, Otto F., *Love, the Couple, and the Group: A Psychoanalytic Frame*, *Psychoanalytic Quarterly*, XLIX, 1980.
- Klein, Mélanine: *Envy and Gratitude*, 1937. Trad. franc. *Envie et gratitude et autres essais*. París NRF, Gallimard, 1968, 231 pp.
- Laing, Ronald D.: *The Divided Self*, Londres, Tavistock Publications, 1960. Trad. franc. *Le moi divisé*, París, Stock, 1970, 187 pp. Hay edición FCE.
- Lemaire-Arnaud, Evelyne, Lemaire Jean-G.: *Les conflits conjugaux*, París, Editions sociales francaises, 1966, 207 pp.
- Lemaire, Jean-G.: *Les thérapies du couple*, París, Payot, 1971, 268 p. 2a. edición con advertencia final, 1978.
- Lidz, Théodore: Cordelison, A.: Terry, D.: Fleck S.: "Intrafamilial Environment of the Schizophrenic Patient". VI. "The Transmission of Irrationality", en *Arch of neuro, and Psychiatr.* 1958, 79, pp. 305-316.
- López Isaías, Manuel, "La encrucijada de la adolescencia", Ediciones y Distribuciones Hispánicas, 1988.
- Mahler, M.S., "On Childhood Psychosis and Schizophrenia: Autistic and Symbiotic Infantile Psychosis". *The Psycho-analitic Study of the Child*, Vol. II, International University Press, New York, 1952.
- Mahler, Margaret: *On Human Symbiosis and the Vicissitudes of Individuation*. Vol. I. Infantile psychosis. Nueva York. International Universities Press. 1968. Trad. franc. *Psychose infantile*. París Payot, 1973, 252 pp.
- Marcuse, Herbert: *Eros and Civilization, a Philosophical Inquiry into Freud*. Trad. franc. *Eros et civilisation. Contribution a Freud*. París Editions de Minuit, 1963, 239 pp.
- Masters, William H.: Johnson, Virginia E.: *Human Sexual Inadequacy*, 1970. Trad. franc. *Les mésententes sexuales*. París. Robert Laffont, 1971, 413 pp.
- Mead, Margaret, *Culture and Commitment*, Columbia University Press, New York, 1978.
- Minuchin, Salvador: *Families and Family Therapy*, Londres, Tavistock

- Publications, 1974, 268 pp.
- Pollak, Otto, *Sociological and Psychoanalytic Concepts in Family Diagnosis*. The Free Press, New York, 1965.
- Rappoport, R.: "Normal Crisis in Family Structure and Mental Health", en *Family Process*, 1963, 21, pp. 58-80.
- Riviere, Joan, Klein, Mélanie: *Love, hate and reparation*, Londres, Hogarth Press. Trad. franc. *L'amour et la Haine*. Paris, Payot, 1968, 152 pp.
- Sager J. Clifford, J.: "The Marriage Contract", *Family Process*, Vol. 10, núm. 3, septiembre 1971.
- Sager, Clifford J.: *Marriage Contracts and Couple Therapy, Hidden Forces in Intimate Relationships*, Nueva York. Brunner/Mazel 1976, XIII, 335 pp.
- Satir, Virginia: *Conjoint Family Therapy*, Science and Behavior Books, 1964-1967. Trad. franc. *Thérapie du couple et de la famille*. París, L'Epi, 1971, 253 pp.
- Searles, Harold. *Diversos textos traducidos al francés: L'effort pour rendre l'autre fou*, París, Gallimard, 1977, 441 pp.
- Selvini Palazzoli, Mara: "Le barrage du conditionnement linguistique dans la thérapie de la famille du schizophrène", en *L'Evolution psychiatr*, 1975, Tomo XL, Fasc. II, pp. 423-430.
- Stoller, Robert J.: "L'excitation sexuelle et les secrets", en *Nouv. Rev. Psychanal*, 1976, núm. 14, pp. 159-182.
- Stream, S. Herber, *The Extramarital Affair*, The Free Press New York, 1980.
- Toman, W., *Family Constellation*, Springer, New York, 1978.
- Watzlawick, Paul; Beavin, Herlmick, Janet; Don. D. Jackson: *Pragmatics of Human Communication A Study of International Patterns, Pathologies and Paradoxes*, New York, N.W. Norton, 1967, Trad. franc. *Une Logique de la Communication*, París, Le Seuil, 1972, 286 pp.
- Westiey, A. William y Eptein B. Nathan, *The silent Majority*, Jossey Bass, Inc. Publishers, 1969.
- Wyne, L.C., "Pseudomutuality in the Family Relations of

Schizophrenics", en *Psychiatry*, 21: 205-20, 1958.

Yutang, Lin, *The Importance of Living*, Heinemann, London, 1970.

El ciclo vital de la familia

Primera edición digital: julio, 2012

D. R. © 1997, Lauro Estrada Indra

D. R. © 2006, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Random House Mondadori, S. A. de C. V.
Av. Homero núm. 544, colonia Chapultepec Morales,
Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11570, México, D.F.

Diseño de portada: Random House Mondadori

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@rhmx.com.mx

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copy right*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-607-312-148-4

Conversión eBook:

Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.

 /megustaleermexico

 @megustaleermex